



UNA ESPOSA PARA UN LORD

CAMILA WINTER

©2024 febrero

©Una esposa para un lord

©Camila Winter

Novela original e inédita del género romance histórico con toques de misterio.

Ficción histórica.

©2024 Camila Winter -Una esposa para un lord. Novela de romance histórico victoriana ambientada en Cumbria, Inglaterra finales del siglo XIX.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

©2024 Maria Noel Marozzi Dutrenit

©Todos los derechos reservados.

Título original: Misterio en Craven.

Tabla de contenido

Una esposa para un lord

[Camila Winter](#)

[Primera parte](#)

[El accidente](#)

[La misteriosa señorita](#)

[Melody](#)

[Los secretos de Craven](#)

[La sombra de Craven](#)

[La historia de Madeleine](#)

Una esposa para un Lord

Camila Winter

Primera parte

El accidente

La mansión de Craven se alzaba en lo alto de un promontorio y estaba rodeada de una espesa vegetación, arboles inmensos eran como gigantes que alzaban sus brazos para tocar el cielo con sus ramas como garras, todos en ronda como si formaran un grotesco círculo de protección y espesura.

Lo mismo ocurría con la vegetación, las plantas exóticas que sus ancestros habían cultivado con tanta paciencia pero que luego se convirtieron en plantas agrestes, inarmónicas y molestas como si estuvieran de acuerdo con el carácter de su actual dueño de no querer recibir visitas. Y mucho menos intrusos.

El conde de Craven se había encargado de prohibir que nadie extraño tuviera acceso al estanque ni al pequeño río que atravesaba la propiedad donde se pescaban anguilas y algunos bagres. Mucho menos permitía que cazaran urogallos con escopetas.

La mansión tenía ahora un aspecto oscuro y sombrío, tan solitario que decían que estaba maldito.

Luego de perder a su esposa, al ángel de Craven, el mismo conde pensaba que quizás las historias fueran ciertas y hubiera algo siniestro en la mansión.

¿Por qué tantas esposas habían muerto al dar a luz en Craven?

—Son tonterías Kendall, eso suele pasar con frecuencia, algunas mujeres mueren en los partos y eso ha sido así desde los principios de los tiempos.

Miró a su padre furioso entonces, pero no dijo palabra, lo que lo alentó a continuar.

—Tú te volverás loco pensando que esta mansión está embrujada solo porque has tenido la mala suerte de perder a tu esposa. Mejor búscate pronto una esposa, hijo. La necesitas. La que se fue no te dejó ni un hijo... por desgracia. Fue mala suerte... solo eso. Mala suerte. Seguro que tu suerte mejorará la próxima vez.

Su padre solía decir esas cosas y era inútil decirle que estaba equivocado y que además él no pensaba casarse.

Apretó los labios al pensar en ese momento.

Porque acababa de perder a su esposa encinta luego de que diera a luz un niño débil y enfermo que murió horas después. Annabelle no había vivido mucho más. Luego de perder a su hijo la tristeza la invadió y, además, había sido un mal parto, o eso decía el doctor.

Lo que menos pensaba entonces era en buscarse otra esposa.

Tampoco años después de la tragedia que dejó que todo creciera alrededor de la mansión sin ningún control volviéndose un hombre taciturno y amargado. Aunque por momentos todo le daba igual.

No derramó ni una lágrima cuando su padre falleció el año anterior.

Ni tampoco cuando uno de sus amigos de infancia se cayó del caballo alcanzado por un rayo meses atrás.

Llevaba años sumido en el dolor y por momentos solo sentía que todo le daba igual.

Esa casa era un recuerdo constante de su dolor y ahora se encontraba mirando el retrato de su esposa preguntándose si podría buscar una dama que se pareciera a ella. Aunque fuera imposible la echaba tanto de menos... quizás si buscara una esposa entonces dejaría de culparse y de pensar que nunca debió llevarla a esa casa embrujada.

¿Pero cómo iba a saberlo?

Esa casa tenía algo funesto podía sentirlo por momentos, pero luego se decía a sí mismo que eran tonterías. No eran más que supersticiones. Su esposa había muerto porque era un ángel y punto.

El conde de Craven se encontraba contemplando el retrato de su amada esposa Annabelle en soledad cuando sintió pasos y se crispó. Odiaba que interrumpieran un momento tan privado, pero sabía que si el mayordomo invadía la sala era porque tenía que decirle algo importante.

—Sir Kendall, lo siento mucho...

Cuando su criado le decía esa frase era porque luego le daría una mala noticia y el conde lo miró molesto y cansado.

—¿Qué ha pasado ahora, señor Anderson? ¿Acaso hay visitas?

—Me temo que sí, es que sus amigos de Londres tuvieron un percance o eso dijeron y... están aquí. Han traído maletas y al parecer esperan pasar la navidad. —sonrió de forma forzada mientras esperaba ver algo de felicidad en el rostro de su señoría, pero eso no ocurrió.

Solo vio una máscara de rabia contenida.

No, no lo alegraba para nada enterarse de que sus amigos de Londres que eran unos cuantos habían ido a visitarlo ese día, en otra ocasión habría sido diferente pero ahora no estaba de humor para visitas.

—¿Entonces han llegado, están aquí? Rayos... ¡qué contrariedad! ¿Acaso han olvidado que hace tiempo que no festejo la navidad—se quejó el conde inquieto?

Desde que fue un hombre casado y feliz. Desde que años atrás había perdido a su esposa e hijo, y luego a su padre que una mañana despertó muerto. La vida del pobre caballero era una sucesión de trágicos eventos y todo lo que tenía de hermosa esa casa, toda su fortuna, su herencia la desgracia lo perseguía sin tregua y ahora con solo treinta años se consideraba un viudo triste y amargado que prefería la soledad a la compañía.

Excepto la compañía de sus amigos. A sus amigos siempre los agasajaba pues lo distraían

mucho sus tonterías e historias, sus correrías de ciudad... Siempre lo habían arrastrado a las fiestas, y a la compañía de hermosas y pecadoras damas.

—¿Entonces están aquí? ¿Quiénes han venido? —suspiró cansado.

—Oh no, solo tres, sir. Sir Andrew, Richard Trenton y sir Francis.

El señor de Gray suspiró. “Al menos solo son tres” pensó.

—¿Y traen equipaje?

—Me temo que sí, su señoría.

Vaya, no podía hacer nada. Nada más que aceptar lo inevitable, que tendría visitas en navidad, aunque nada en la casa recordara esa fecha tan especial, ni muérdago, ni acebo, ni adorno alguno en la casa.

—Bueno, avisa a la señora Wells que prepare las habitaciones de huéspedes de inmediato, intuyo que se quedarán hasta que pase la navidad. Con este tiempo dudo que puedan ir muy lejos. ¿Dijo que sufrieron un percance?

El caballero no parecía afectado sino súbitamente animado lo cual era extraño. En realidad, solo lo animaba la visita de sus amigos y de algunos parientes lejanos a quienes recibía en ocasiones.

—Bueno, iré a verlos...

No tardó en reunirse con sus amigos, los tres amigos de Londres que acababan de llegar de la ciudad y no dejaban de hablar y reírse mientras tomaban asiento en el gran salón.

Andrew, Richard y Francis. Tenían edades distintas y eran menores unos pocos años, el mayor era Francis y tenía veintinueve y los otros veintisiete y veintiséis. Los dos primeros eran hermanos y Francis un primo lejano de estos y los tres eran parte de un grupo de pícaros de Londres. Formaban una especie de clan secreto junto a tres amigos perdidos en batalla luego de haberse casado el año anterior. Sus esposas parecían retenerlos prisioneros en las mansiones o estos quizás perdieron interés en el club de amistad...

Lo cierto que solo quedaban cinco, los presentes y un cuarto que al parecer había decidido pasar la navidad en familia.

Pero esos tres eran enemigos de la navidad y todavía llevaban en sus equipajes alguna botella de buen vino, ropas de fiestas y alguna prenda de amor de alguna joven hermosa de Londres.

—Vaya, qué agradable sorpresa. Supongo que saben que no festejo la navidad—les dijo de entrada luego de saludar a cada uno, por si acaso planeaban hacer una fiesta en su mansión.

Hacía mucho frío y nevaba y los tres parecían estar congelados por eso se acercaron al fuego uno a uno.

—Oh claro que no... si no nos agrada la navidad. Fiestas familiares con primas que se nos pegarán como lapas—dijo Andrew.

Francis se rio y dijo que sería muy feliz si no festejaba la navidad.

—Por eso hemos venido, Kendall, sabíamos que aquí no habría festejos ni bellas damiselas para cortejar... mis padres esperan que encuentre pronto una esposa, están disgustados por mi conducta licenciosa—respondió.

—¿De veras? ¿Y se han enterado de que eres todo un pícaro? No puedo creerlo—respondió su anfitrión.

—Sí, maldita sea... ¿por qué no nos dejan en paz? ¿Quién rayos quiere caer bajo el yugo del matrimonio?

—Nadie mi amigo.... por eso estamos aquí. ¿Sabes que muchos romances ocurren en navidad? —respondió Andrew.

—Pues yo no caigo en ninguna trampa—aseguró Francis con un gesto de rabia.

—Por supuesto habéis llegado al lugar adecuado, no habrá pudding navideño, ni primas ansiosas de ser invitadas al baile, solo charla de solterones, oporto y poco más.

Se oía algo triste y los amigos pensaron que el anfitrión estaba bromeando.

—¿De veras no habrá pudding? —preguntó Francis con gesto desvalido.

Los demás rieron.

—Podemos pasar una navidad sin pudding. Qué tontería.

—No habrá festejos este año.

Los tres se miraron cuando su anfitrión se marchó.

—Lo siento, creo que olvidé que Kendall no festeja la navidad—dijo Francis. —fui un bruto, no sé cómo lo olvidé.

—Bueno, estábamos en un atasco y no había salida, era pasar la navidad aquí o ser castigados por nuestras familias—dijo Andrew con más practicidad.

—Tampoco moriremos si no probamos el pudding navideño. Pero será extraño, una navidad que no será navidad. Estará bien...

Esa misma noche se reunieron en el comedor principal para cenar y beber ponche caliente mientras le contaban a su callado anfitrión sus correrías en Londres.

Las fiestas, los picoteos y las aventuras amorosas de las que se jactaban. Hasta que hablaron de las mejores tertulias de la gran ciudad y asuntos mucho más serios. Leyes del parlamento y hasta algunos problemas legales de cierto abogado amigo del grupo.

Algo relacionado con el asesinato de una dama de alta sociedad en la cual se culpaba a su ama de llaves.

—Eso es absurdo—dijo su anfitrión.

Ellos hicieron silencio.

—Dicen que le tenía envidia, era su criada y demasiado joven para convertirse en ama de llaves de su mansión—dijo sir Andrew.

—¿Así? ¿Y qué pruebas presentaron contra la pobre mujer?

El conde parecía sentir especial compasión por las mujeres en apuros así había conocido a su esposa y le parecía injusto acusar a una pobre mujer del servicio.

—Bueno, dijeron que envidiaba a lady Rosalie por ser joven, hermosa y muy rica y tener todo lo que ella deseó tener un día—dijo Andrew.

—Oh no puede ser verdad. ¿De veras han dicho eso? —replicó el anfitrión.

—Bueno, todavía no han deliberado, pero fue enviada a prisión.

—Qué triste. ¿Y qué hay de su marido?

—Su esposo es un hombre muy respetable, amigo. Adoraba a su esposa y está muy afligido, solo pide que se haga justicia.

El conde bebió oportó y preguntó más detalles del triste crimen.

—La dama murió mientras dormía, alguien la envenenó y dicen que fue una mujer una mujer que era quién atendía a su señora. Ella se había sentido mal los días anteriores y llamaron a un doctor, pero dijo que era algo que le había sentado mal...

—Los venenos suelen ser empleados por personas que saben de hierbas y curan... enfermeras o ayudantes de doctores.

—Y supongo que la doncella no era ni lo uno ni lo otro.

—No... pero ella fue quien le dio ese té porque la dama no se había sentido bien.

—¿Una dama de qué edad?

—Treinta años.

—¿Tenía hijos?

—Solo uno y murió... no podía quedar encinta.

—¿Y era una mujer muy rica?

—Sí, lo era, ¿cómo lo sabes?

El conde había estudiado leyes y debatido en las clases magistrales donde aprendían cada

detalle de los crímenes expuestos en los archivos y de los que nadie debía hablar fuera de clase, aunque nunca se daban los nombres reales.

—Bueno, los crímenes se cometen por dos motivos o quizás tres grandes motivos amigo mío: codicia, celos o en un ataque de locura. Pero la muerte de una dama tan encumbrada o fue accidental o fue cuidadosamente planeada. Por lo que me habéis contado la pobre no era prolífica, tenía treinta años, una edad en la cual no se podía considerar joven ni tampoco vieja, pero el móvil pudo ser el odio, una pelea con su esposo o el dinero. Por codicia.

Todos se quedaron boquiabiertos y Francis protestó.

—¿Insinúas que un caballero como sir Clayton pudo cometer un acto tan horrendo? —dijo horrorizado.

—Amigo mío, cualquiera pudo hacerlo. Su esposo, su amante, su amigo de toda la vida que la amaba en secreto. Pero ciertamente me cuesta creer que fuera su criada ¿pues qué ganaba ella con su muerte? Nada... por el contrario, su muerte era su ruina pues sabía que lo perdería todo, dejaría de ser la criada de confianza.

Se hizo un extraño silencio y luego repasaron los hechos y convinieron en que lo que planteaba su anfitrión tenía cierta lógica pues fue capaz de ordenar los hechos, de buscar motivos, ventajas y desventajas del asesinato.

—ES un caso complejo—dijo sir Andrew y se acomodó las gafas—porque no se sabía que era un asesinato, se dijo que fue una muerte rara, accidental pero luego fue el doctor quien denunció que la dama había sido envenenada.

—Qué asunto tan horrible. Matar a su propia esposa... no puedo creerlo. Es horrible. Una dama que era su familia su posesión más querida y preciada—dijo Francis visiblemente espantado.

Sus amigos lo miraron perplejos y casi a punto de reírse.

—Sabias palabras del solterón que juró nunca casarse y que además no cree en el amor.

El aludido sonrió.

—Si tuviera una esposa sería mi amor y mi devoción, sería hermosa y delicada como un ángel y jamás pensaría en hacerle daño... Y creo que todos aquí comprenden de lo que hablo, que un hombre ha de ser muy ruin por hacerle eso a su esposa. Una esposa es lo máspreciado que tiene un hombre en esta vida. No es una dama común, no es una prima latosa ni una niña casadera, es la dama que hemos elegido para convertirse en nuestra amada esposa y en nuestra nueva familia—dijo Francis con mucho orgullo.

—Es verdad... pero tú todavía eres soltero así que supongo que solo repites lo que has aprendido en vuestro hogar, pero no esperáis llevarlo a la práctica todavía.

El joven caballero se sonrojó.

—No tengo una esposa, pero si la tuviera por supuesto que sería un marido modelo... solo que todavía no he encontrado a la joven adecuada para casarme y los esfuerzos de mis padres solo me han hecho huir del matrimonio, pero mi opinión es solo para remarcar la crueldad de ese caballero si acaso es culpable de haber dado muerte a su esposa.

—Pues entiendo que os horrorice amigo mío, el problema es que temo que no se ha hecho justicia y se castigará a un ser inocente.

—Bueno, tengo dudas sobre su inocencia.

—¿Solo porque es una criada?

—No... pero el abogado Steven Bernstein...

—Es un buen abogado por supuesto.

Era ideal que ellos hablaran y su anfitrión se distrajera con otros asuntos y evitara hablar de sí mismo. El asunto del asesinato casi consumió la mitad de la velada, luego de la cena y de beber oporto en la sala contigua todos se sintieron satisfechos y felices de que pronto fuera navidad y estuvieran lejos de sus familias.

Hablando y charlando en esa espléndida mansión alejada de todos, contando historias

antes de irse a dormir y disfrutando ese momento de camaradería antes que tener que partir.

La nieve comenzó a caer a media mañana y entonces fue la navidad perfecta de los cuatro caballeros solitarios viendo nevar y helar afuera mientras ellos estaban cerca de una estufa contemplando el helado paisaje sin preocupaciones, sin contratiempos.

Solo tendrían un budín, ponche y más charlas frente al fuego.

Quizás podrían contar historias pues tenían todo el día por delante y nada mejor que hacer pues ni siquiera podían dar un paseo a caballo.

Lo mejor serían las historias que se contarían y el día transcurrió sin prisa, entre tragos, recuerdos y deliciosos bocadillos.

Al final el conde ordenó a sus criados a primera hora que preparasen un pequeño banquete navideño para sus invitados. No habría brindis ni villancicos ni adornos, solo un pudding, y carnes asadas y tiernas y algunas confituras, las que se servían esos días. No quería que pensaran que era un amargo.

Su mayordomo asintió muy contento como si aprobara su decisión.

—Así se hará milord.

—Imagino que tendréis esas cosas en la alacena para elaborar el pudding y lo demás. —dijo su amo que era un hombre práctico y siempre pensaba en todos.

—Oh sí, milord, la cocinera tiene confituras y muchas nueces y almendras guardadas, sabe que son sus favoritas y adora usted la pastelería y las buenas carnes. Nada faltará para agasajar a sus invitados, se lo aseguro, puede estar tranquilo. Su bodega también está llena.

—Estupendo—aprobó el conde. —Pero no deseo festejos, solo algo decente para agasajar a mis amigos pues con este tiempo presiento que se quedarás más tiempo del que había imaginado y es menester atenderles como corresponde.

No era necesario hacer esa aclaración, pero el conde estaba inquieto, molesto en parte al pensar que las visitas se prolongarían, pero tampoco quería que pensarán que era un viejo amargado que no celebraba la navidad y que además trataba muy mal a sus visitas.

Los modales y la educación estaban primero.

Y era navidad, aunque para él fuera una fecha triste.

Al final la navidad se imponía, se salía con la suya de nuevo, era celebrar, comer pudding o ser tildado de viejo amargado y miserable.

Sin embargo, el anfitrión comenzó a sentirse inquieto a media tarde.

Tenía que alejarse para sentir un poco de soledad y paz porque a pesar de todo era navidad y era una celebración que lo entristecía desde hacía años y por eso prefería ocultarse, esconderse, alejarse todo lo posible. Solo que no podía hacerlo, no hasta que llegara una hora más razonable, antes de las diez campanadas cuando pudiera decir con propiedad: “amigos míos, es hora de irme a descansar, demasiadas emociones para un solo día” o una frase similar que fuera una manera agradable de despedirse.

Pero todavía faltaban muchas horas, demasiadas horas.

Hacía tiempo que no soportaba un día tan largo como ese. Y por más que intentara ignorarlo, era navidad y sus amigos comenzaron a contar historias.

Viejas historias de navidad, navidades pasadas cuando eran niños y él notó ese dejo de nostalgia, de amor fraternal y de todos esos pequeños detalles que guarda la navidad y que él encontraba tristes e irritantes.

Y fue durante el almuerzo que les dijo que tal vez debían regresar a sus casas.

Su comentario amable los dejó a todos callados, sin habla.

—Amigo, lo siento... quizás os conté algo que os entristeció—dijo sir Andrew.

Los demás también se disculparon pensando que tal vez su anfitrión se había sentido ofendido o triste por alguna anécdota.

Él en cambio dijo que lo lamentaba.

—No fue vuestra culpa, solo me pregunto si tal vez no deseéis estar esta navidad con vuestra familia. Os echarán de menos. Tal vez todavía estéis a tiempo.

—OH claro que no... no queremos pasar la navidad en nuestra casa, ni tampoco en Londres, por eso estamos aquí.

El conde guardó silencio y de pronto hubo pasos que se acercaron al gran comedor y él escuchó voces, voces muy cerca de allí. —Sir Kendall, lo lamento. Es que hubo un lamentable accidente cerca de aquí y los mozos han ido a auxiliar a los desafortunados viajeros.

—¿Viajeros? —repitió el conde y palideció.

—Sí, se trata de una dama y dos criados al parecer. Su carruaje ha colapsado por la incesante nieve y me preguntaba si podría...

El mayordomo se veía incómodo. Como si pidiera perdón por haber rescatado a los desconocidos.

—Oh por supuesto, debemos ayudar... vaya por los criados y llamen al doctor por si hay algún herido.

El conde no dudó en prestar auxilio a los desconocidos, aunque no muy convencido de que entraran en su mansión y de pronto le dijo algo al oído del mayordomo.

—Primero, debes llevar a los más diestros. Id armados. Puede tratarse de una redada de bandidos intentando robar algo en Craven.

El sirviente no pareció escandalizarse, había oído de una banda de asaltantes de caminos que robaba los carruajes, pero no creía que fueran tan osados de entrar en

Craven house. En realidad, le parecía una ocurrencia extraña pero su amo era así, tenía mucha imaginación y además parecía molesto, incómodo, lo cual era extraño porque siempre había sido solidario con los vecinos de su propiedad.

—Muy bien, así lo haré milord—respondió.

—Bueno, id armado con palos y cuchillos...

—¿Y si solo es un accidente? ¿Qué haremos si hay heridos?

El caballero notó que afuera había caído nieve y que la temperatura habría bajado.

—Atended a los heridos por supuesto, traedle a la casa... mañana temprano los llevaremos a las habitaciones del pabellón.

No le agradaba meter a intrusos en Craven. Todo ese asunto lo ponía muy tenso.

Sus amigos se miraron estupefactos.

El conde aguardó bebiendo su oporto muy tranquilo mirando la lumbre. Sus pensamientos viajaban al pasado, en otra navidad en compañía de su esposa y sus parientes.

Ella tan delicada y etérea como un ángel. Dulce rubia y ardiente, mirándolo con tanto amor... odiaba que hubiera visitas, la amaba tanto que habría deseado que todos desaparecieran en el mundo excepto ellos. Jamás había tenido esas ideas en la cabeza y le sorprendió...

Su dulce y bella Annabelle... tenían toda la vida por delante, toda la vida para amarse y ser felices pero su amada partió días después de dar a luz un niño y desde entonces nunca más había celebrado la navidad ni ninguna otra festividad del año. Porque cada navidad le recordaba algo que él no tenía, cada año que pudo ser feliz pero no lo era porque había perdido a la mujer que había adorado. Y aunque sus parientes le aconsejaron que se buscara una esposa para mitigar su pena y tener un heredero él no

quería herederos pues sabía que nunca más amaría tanto a otra mujer como amó a su bella y dulce Annabelle. Y ni ninguna mujer podría jamás ocupar su lugar ni en su vida y mucho menos en su corazón.

—¿Realmente crees que sean bandidos, amigo mío? —le preguntó Andrew.

Él lo miró atontado, el vino y sus recuerdos le hicieron alejarse tanto que no sabía de qué le hablaba su amigo.

Fue Francis quien mencionó el horrible accidente entonces pudo regresar al presente.

—No sé qué pensar—le confesó y era verdad—Hay bandidos merodeando estas tierras, los caminos no son seguros y no sienten respeto alguno por la navidad.

Media hora después los criados irrumpieron en la sala de música para hablar con su señoría. Uno de ellos tenía sangre en las ropas y el cabello revuelto como si hubiera peleado con un león.

—No traemos buenas noticias, milord... hemos hecho lo que podíamos, pero necesitamos más brazos. Ha habido un horrible accidente y dos ancianos han muerto y una joven dama pide ayuda a gritos. Solo hay sangre y con este frío...

—Llevad todos los criados y avisad al doctor Murray... avisad al ama de llaves.

Al ver que su amigo no parecía alentado a ir a ver qué pasaba Francis decidió ir a ayudar a los desafortunados viajeros.

—Iré con vosotros, hay que salvar a los heridos y traerlos aquí.

Su ímpetu fue imitado por los otros dos caballeros que no dudaron en ir a ayudar a la señorita y a los ancianos que tal vez no estaban muertos como decían esos criados sino heridos. Pues nadie podría sobrevivir un día así herido y a la intemperie.

El conde vio irse a sus amigos con sorpresa, pero no hizo nada por acompañarlos.

Criados y sirvientes fueron a ayudar a los accidentados del camino y al llegar Francis vio un panorama desolador. El carruaje patas arriba como un animal moribundo tenía las ruedas girando a gran velocidad mientras en su interior una joven sollozaba pidiendo ayuda.

Había restos del carruaje esparcidos y un hombre muerto, boca arriba.

Pero ahora debían intentar rescatar a la joven mientras veía que llevaban a los dos ancianos al interior de la mansión. Estaban vivos al parecer.

Se preguntó si serían los padres de la joven, aunque parecían dos sirvientes de edad.

Rayos, no fue sencillo rescatar a la dama del interior, la puerta estaba atascada y no hacían más que intentar abrirla mientras la nieve caía lentamente y lo cubría todo. Fue él en un impulso desesperado que pidió un tridente para clavarla en los engarces y arrancar la puerta que estaba retorcida y cerrada. Tuvo que golpear y golpear hasta que cedió y entonces la puertezuela se abrió hacia un costado y tiró de ella con cuidado para que las astillas no lastimaran más a la mujer.

Pero luego de que le acercaran un farol vio una figura blanca acurrucada en un rincón. Inmóvil. Ya no gritaba. Parecía dormida. Como si hubiera muerto... sintió que su corazón se paralizaba, era una mujer joven y vio con horror que tenía algo pequeño en su regazo...

—Necesito más luz aquí, alcanzadme un farol—gritó.

Dos amigos lo ayudaron a llegar hasta la joven y luego tuvieron que atarla a una soga y sacarla. Para su alivio no había ninguna criatura en su regazo. Era solo una maleta de cuero que la joven tenía allí cerca.

Fue una odisea sacarla de allí y también llevarla hasta la casa pues no habían llevado mantas y estaba helado, ella apenas tenía un ligero vestido de muselina azul como si hubiera ido a un baile y una pelliza en los hombros. El cabello oscuro ensortijado le cubría el rostro, pero no pudo ver si tenía una herida, solo que respiraba, no estaba muerta pero sí sumida en un sueño profundo. Quizás se había desmayado.

La cubrió con su abrigo y la llevó en brazos hasta la casa.

Debía ponerla a salvo cuanto antes. La nieve caía de forma incesante y de pronto se dio cuenta de que la joven estaba muy fría y pálida pero quizás estaba dormida.

—Tráigala aquí, milord—lo llamó la señora Stuart mientras pedía a gritos una cobija para envolver a la muchacha. Con el frío que hacía fuera se congelaría y si estaba herida...

Francis obedeció y colocó a la joven en una de las habitaciones de huéspedes.

La señora Stuart, comadrona, enfermera y curadora tenía mucha experiencia atendiendo enfermos y de inmediato se dio cuenta de las heridas y pidió ayuda a las criadas para que le alcanzaran vendas y agua para limpiarlas.

Uno a uno los curiosos se marcharon mientras la señora Wells se movía frenética de un lado a otro y le rasgaba el vestido para ver qué tan profundas las heridas de los brazos.

—Acercadme las vendas, el agua y un buen farol. Con esta escasa luz no veo nada.

Francis pensó que debía marcharse. No podía hacer más, acababan de arropar a la joven y ahora le curaban las heridas. Estaría bien... al menos lo habían intentado. Con los cuidados necesarios tal vez pudieran salvarla.

—Los ancianos han fallecido, señor—le avisó entonces un criado cuando preguntó por los demás.

—Qué tragedia... qué sucedió?

—Tenían muchas heridas y eran mayores... apenas pudimos envolverlos con cobijas. La señora Stuart dijo que habían perdido mucha sangre y eran mayores... se quedaron dormidos y no despertaron.

Qué navidad tan trágica y extraña pensó el conde.

—Y la señorita?

—Está viva, pero ahora la está atendiendo la partera, milord. Es joven y al parecer no tiene huesos quebrados, pero sí una fea herida en la cabeza.

Eso tampoco era alentador.

—¿Vaya, qué desgracia... a dónde iban con este tiempo en navidad? Debieron extraviar la ruta.

—Ese carruaje quedó destrozado milord, se ve viejo. Tal vez el cochero había bebido y erró el camino.

Cuando el conde regresó a la sala se sintió abatido y sin ánimo. Los presentes guardaron silencio sin hacer más preguntas.

Francis sabía qué hacía años que su amigo no celebraba la navidad y que seguía amando a su querida esposa, aunque ella estuviera muerta. Al comienzo había temido que cometiera una locura, bebía demasiado y su carácter se había agriado. O le ocurría como ahora que permanecía completamente impasible a un suceso desafortunado y trágico. Cuando un criado avisó que dos ancianos que acompañaban a la señorita en el carruaje habían fallecido apenas movió la cabeza. Pero no oía, ni parecía importarle. Sabía cuánto había sufrido, por eso no lo juzgaba. Entendía.

La joven recibió todos los cuidados, pero la señora Wells dijo a su señoría que debía verla un médico de inmediato.

—Tiene una fea herida en la cabeza y ha perdido mucha sangre... no se ve nada bien. Aunque sea una joven fuerte ha sido demasiado.

El conde asintió sin darle importancia, como si no la hubiera escuchado y siguió caminando rumbo al comedor cuando volvió sobre sus talones y la miró.

—¿Dónde rayos creen que encontraré un médico hoy, señora Stuart? Es navidad.

—Está muy débil, y no me atrevo a moverla. Por la herida en su cabeza, temo que sea más grave. Necesita que la vea un médico cuanto antes, hoy o mañana...

Los ojos oscuros del conde miraron a la mujer con una expresión de incredulidad.

—Usted sabe cómo curar heridas, señora Stuart. Es experta en eso. Solo hay que dejar que la joven descanse y reciba los cuidados. ¿Acaso tiene fiebre?

—No... y eso es una buena cosa. Pero al menos creo que ...

—¿Qué es lo que cree, señora Stuart? Dígalo, ¿teme que la joven se muera?

—No, pero... necesita que la vea un doctor, milord. Me preocupa la contusión que tiene en la cabeza.

—Entiendo... veré qué puedo hacer. ¿Ha despertado?

—Sí, pero no sabe dónde está, se ve confundida y muy asustada. He tenido que suministrarle un tónico para los nervios y los dolores porque le dolía todo el cuerpo.

—Es lo mejor ahora, mantenerla dormida y quieta. El médico se lo dirá. Reposo absoluto, pero no se inquiete tanto, le pediré al doctor Murray que venga a verla, aunque no sé si pueda encontrarle hoy.

La expresión de alivio de la señora Stuart fue inmenso. No sabía qué le sucedía a la antigua comadrona de Craven, pero era extraño que ella no supiera lidiar con una joven herida, ella había traído a casi todos los bebés que nacieron en Craven y también los del pueblo, había atendido partos muy difíciles, curado hemorragias restaurado

brazos quebrados, etc.

—¿Qué sucede, señora Stuart?

La mujer se sonrojó.

—Estoy preocupada, milord, eso es todo. Los golpes en la cabeza no son buenos y la joven puede morir si no recibe los cuidados adecuados y no me atrevo a tomar ninguna decisión sin preguntarle a un doctor en estos momentos.

—Entiendo... pero es usted casi una doctora, señora Stuart, tiene mucha experiencia y sabiduría, y un instinto especial así que deduzco que ha notado algo en la joven que la tiene preocupada.

—Así es milord. Es su herida en la cabeza, el golpe es muy grande y feo... temo que...

—Sé lo que piensa señora, calma... mantenga la calma y rece... oremos porque el señor salve a esa pobre señorita. Pero no tema, por mi parte iré en busca del doctor y usted haga todo lo posible. Está en manos del señor ahora.

—Lo sé, pero es tan joven, tan injusto...

Y sin más la señora Stewart corrió a cuidar de la joven.

El conde ordenó que fueran en busca del doctor con urgencia, aunque no sabía si a esa hora lo encontrarían. Empezaba a oscurecer y la visión era mala.

Qué navidad tan trágica.

—Sir Kendall...

El mayordomo se acercó para preguntarle qué harían con los cuerpos de los accidentados. ¿Debían avisar al alguacil?

Sir Kendall no sentía simpatía alguna por el alguacil y sus gendarmes. No iba a avisar para que se llevaran a la señorita y le hicieran daño. Eran tiempos difíciles.

Ninguna dama sensata fuera casada o soltera se aventuraba a dar un paseo sin una escolta suficiente. Pero esa joven lo había hecho... era extraño.

—Señor Anderson, por favor mejor será que enterréis a esos forasteros en el cementerio de la propiedad, por desgracia los accidentes suceden en esos caminos cuando hay mal tiempo. La nieve pronto lo cubrirá todo y quizás quedaremos aislados. No es bueno llamar la atención... no quiero recibir visitas indeseadas. Primero debemos salvar la vida de la muchacha, si se muere la enterraremos aquí con los demás.

El mayordomo dijo que haría los arreglos necesarios. Sin funeral, enterrados con prisas por el frío que hacía...

Esperaba que al menos la jovencita se salvara, la pobre muchacha se veía guapa y sana y demasiado joven para morir.

La misteriosa señorita

El doctor llegó horas después y revisó a la joven en su habitación.

Dormía profundamente y no quiso despertarla.

La señora Wells le enseñó las heridas que más la preocupaban entre ellas la de la cabeza, pero el doctor no vio nada alarmante.

—Déjela dormir, no la despierte. ¿Ha estado así desde el accidente?

La mujer vaciló.

—Solo despertó unas veces, pero estaba muy asustada, no dejaba de mirar a todos lados. Creo que no recuerda nada, no sabe quién es ni dónde está.

—Eso es normal luego de haber recibido un fuerte golpe en la cabeza. Pero la herida no es profunda. ¿La joven pudo caminar, mover los brazos?

—No lo sé porque la trajeron aquí en un camastro, doctor. Creo que debe revisarla.

El doctor vio con alivio que no había huesos quebrados pues mientras examinaba brazos y piernas la joven no se quejó, tampoco parecía tener más que magullones, aunque la herida de la cabeza era lo más grave al parecer.

—No tiene heridas graves, solo magulladuras, señora Wells. Ha hecho un buen trabajo y la felicito. Continúe como ahora y evite que la joven reciba visitas, nada debe alterarla ahora. Es normal que esté asustada, pero es mejor estar atentos, pero no agobiarla con preguntas. Luego recordará, estoy seguro. Es una joven fuerte y robusta. Lo principal ahora es que descanse y no se mueva. Reposo absoluto. Le dejaré medicina para las heridas y un tónico por si siente dolor. ¿Se ha quejado de algún dolor?

—Al principio sí, le dolía todo, pero creo que eran los nervios... estaba muy alterada porque no sabía dónde estaba. Pero luego creo que se quejaba de dolor de

cabeza. Curé sus heridas y le di una tizana que la alivió mucho y luego se durmió.

La mirada del viejo doctor regresó a su paciente.

—Bueno, hay que esperar... todo parece ir bien, pero eso no significa que el golpe le cause la muerte en unas horas. Deben estar preparados... todos murieron. Fue un horrible accidente. Es un milagro que esté viva.

—Oh doctor creí que estaba fuera de peligro.

—Pues todavía no podemos saberlo. No tiene heridas, pero sí una fuerte contusión en la cabeza. Es una herida que parece poco profunda pero no sabemos si tiene otros golpes... hay que dejarla descansar. Reposo. Pero es más joven que el resto, y se ve fuerte, quizás logre sobrevivir.

Luego de palabras tan positivas, el doctor fue a hablar con el señor de Craven.

Conocía su tragedia y por eso no le sorprendió que se mostrara indiferente y que fuera su amigo, sir Francis quien hiciera preguntas sobre la salud de la señorita desconocida.

Era una historia extraña, una joven vestida de fiesta en navidad huyendo en un carruaje viejo sufría un accidente y se salvaba por milagro en la carretera que solo podía conducir al sur... pero no había trenes un día como ese ni con ese tiempo. ¿Iría a visitar a un pariente?

—No la conoce usted ¿no es así?

El conde dijo que nunca había visto a la muchacha en su vida y sir Francis tampoco la conocía.

—Quizás no sea de esta zona.

—¿Cómo está, doctor? ¿Cree que se salvará? —preguntó sir Francis preocupado.

—Bueno, no tiene huesos quebrados al parecer, pero lo malo es que tiene una

herida en su cabeza y ha perdido la memoria. Está aturdida o eso dijo el ama de llaves.

—Cree que ha perdido la memoria?

—Es seguro que sí, pero debe descansar. Dejen que descanse y solo cuando la vean tranquila hagan preguntas. A lo mejor se fugó de su casa o tuvo problemas familiares... sean discretos. Es muy raro que alguien huyera en navidad y tal vez solo fue un viaje que sufrió un contratiempo... aunque quería saber cómo fue el accidente. Quisiera ver el carruaje por favor.

—El carruaje dio varios giros y volcó doctor. Los ancianos y el cochero murieron al instante—se apuró a decir Francis.

Él dijo que el carruaje había sido llevado al granero porque era una cosa horrible para la vista. No quería que nadie lo viera además y que fueran a preguntar qué había pasado. Lo fastidiaban los vecinos curiosos.

—Lo llevaré, doctor—dijo el conde de Gray.

—Por supuesto, lo acompaño, sir Kendall.

Francis lo siguió intrigado.

Era como un niño siempre quería saber todo.

Estaba deseando que se marchara porque había tenido demasiadas visitas en navidad.

—Quiero saber dónde cayó el carruaje, sir Kendall eso es todo. El lugar exacto y la posición.

Los tres fueron hasta el lugar y vieron la carretera estaba cubierta de nieve y sabía que tardarían días en despejarla así que ... no sería fácil librarse de su amigo.

Bueno, quizás le haría bien tener a alguien con quien conversar.

—Estaba hacia allá y la rueda en el lado opuesto... creo que al perder un caballo

el coche perdió el equilibrio y luego de girar se fue hacia un costado y quedó destrozado.

—Vaya, debió ser terrible, es un milagro que sobreviviera. ¿Dónde guardaron el carruaje?

—En el granero, doctor.

—Es verdad, pero quería ver qué rayos hacían esos viajeros en navidad a esa hora. No pasa por aquí ningún tren y no imagino a dónde podían dirigirse. No hay vecinos cerca de aquí.

—Bueno, tal vez equivocaron el camino o huían de alguien, pero... no había nadie ese día, al menos no recuerdo haber visto a nadie.

—Quizás huían de los bandidos. Han estado asolando esta zona buscando damas indefensas a quienes robar. Los pagos desolados como éstos son sus favoritos, pero ¿cómo es que convencen a las personas de pasar por este camino? Es el más largo a la estación.

—Tal vez se perdieron. La visión era escasa en navidad—observó Francis mucho más atento a los detalles que su amigo el conde.

—Puede ser, pero es extraño. Dicen que los ancianos vestían como personas pobres, campesinos, pero la joven llevaba un vestido de fiesta.

—No, llevaba un vestido sencillo doctor y no llevaba pendientes ni anillos ni tenía abrigo, eso me pareció raro un día tan frío. A lo mejor se trataba de una dama viajando con sus sirvientes.

—Una dama casada huyendo de su marido luego de sobornar a sus sirvientes. Pero me pregunto a dónde pensaba ir.

Al llegar al granero guardaron silencio y todos vieron el vehículo roto en un rincón y sir Kendall pudo ver que se trataba de un carruaje sencillo y con mucho uso. Demasiado uso. Como los que se usan para auxiliar a las diligencias o transportar heno

o lana.

Luego revisó su interior para saber qué pertenencias podía encontrar, pero todo estaba muy limpio, aunque destrozado por completo.

—El golpe que tuvo esa joven debió ser mortal, es un milagro que esté viva— dijo el conde sombrío al ver el estado del vehículo.

Luego buscó al señor Anderson para preguntarle qué pensaba de lo sucedido. No había hablado con él en ningún momento, pero ahora sentía curiosidad.

—El carruaje estaba en mal estado, tal vez la joven quería llegar a casa de algún familiar y alquiló una berlina o una diligencia y por alguna razón terminó en ese vehículo viejo y gastado. Todas las ruedas estaban gastadas y por supuesto que puede que se atravesara algún animal o una simple piedra que el cochero no pudo esquivar.

Kendall imaginó el horrible momento del accidente y se estremeció. Habían perdido la vida casi en el acto y ella era la única sobreviviente.

Volvió a mirar el carruaje accidentado y preguntó por las pertenencias de los viajeros.

—No lo sé, milord. Quizás los criados llevaron todo a la mansión. Este vehículo llegó tal cual lo ve, vacío, destrozado y cubierto de nieve. —replicó su cochero y se rascó la cabeza.

El doctor se marchó y dijo que volvería en unos días a ver a la paciente.

—Si su estado se agrava estaré cerca—anunció.

El conde lo miró consternado.

Esperaba que la joven no se muriera. Era tan joven...

El conde se alejó y le preguntó a Francis qué recordaba de ese día. Casi lamentaba no haber estado presente, no haber visto la escena con más detalle pues sus

amigos estaban más pendientes de salvar a los accidentados que de ver si había alguien cerca.

—¿Qué sucede amigo? ¿Qué os preocupa? ¿Crees que alguien perseguía a la joven y por eso se estrellaron contra el camino?

—Tal vez, si ella huía seguramente alguien los siguió o pensó que alguien los seguía. Su esposo o prometido o su familia.

—Pero supones que ella huía y no sabemos si eso es verdad. A lo mejor fue a una fiesta de navidad a unas millas de aquí...

—Conozco a todos los habitantes de Craven, amigo mío, mi bisabuelo fundó este lugar, construyó no solo esta mansión, sino que compró las mejores tierras. Haré algunas preguntas en cuanto pueda moverme de aquí, seguramente sabrán si una joven se escapó de su casa.

—No te apures, Kendall, no sabes si podrás salvarla.

—Se salvará, es una joven fuerte, todos lo dicen. Espero que así sea, además. Lamento no haber estado atento entonces, pero como sabrás las navidades son muy difíciles para mí y ese día estaba de muy mal humor.

—Lo recuerdo bien.

Entraron en la mansión y el caballero quiso saber dónde estaban las pertenencias encontradas en el carruaje.

Su mayordomo dijo que iba a averiguar.

Buscaba pistas, buscaba saber quién era la misteriosa damisela fugitiva, pero para su desilusión, la maleta que encontraron no contenía más que vestidos de una criada, un par de botas viejas y medias.

—¿Qué talla es esto? —le preguntó a una criada.

—Es para una joven baja y delgada.

—¿Y cree que pertenecen a la joven que sufrió el accidente?

—La señora no es tan delgada milord—dijo una de las criadas—estas ropas no le pertenecen.

—¿Y dónde está el equipaje de la misteriosa señorita?

—No debía llevar uno, a lo mejor iba de paseo ese día.

El conde se sentía cada vez más intrigado, pero no quería que su amigo lo notara. Pronto se marcharía y entonces podría investigar con más libertad.

La joven despertó del largo sueño y se sintió como la bella durmiente solo que no había un apuesto príncipe esperándola sino una mujer anciana que la miraba consternada.

La había visto antes, era la criada que curaba sus heridas y le preguntaba su nombre. Quería saber cómo se llamaba.

—¿Se siente bien? ¿Le duele la cabeza señora? —le preguntó la señora Stewart.

La joven trató de incorporarse, pero estaba débil y pensó que hacía días que estaba en esa habitación, pero no podía recordar nada.

—Ya no me duele tanto, solo a veces... gracias, señora, por cuidar de mí.

Los ojos de la chica eran tan dulces y luminosos, era como si un ángel la mirara y notó algo familiar en esa mirada, pero no pudo recordar. Se estaba haciendo vieja, aunque no quisiera admitirlo. Tenía unos ojos color zafiro de espesas pestañas, tan grandes y dulces y su cabello castaño y la carita redonda...

Era hermosa y pensó que por eso el joven Francis la rondaba como un moscón.

—No tienes nada que agradecer, señorita... ¿Recuerda su nombre? ¿Sabe por cómo llegó aquí?

Eran pocas las veces en que podía interrogarla y no perdía oportunidad.

El señor conde ordenó de forma insistente que averiguaran algo de la desconocida pues no quería que apareciera un marido furioso con una escopeta preguntando si sabían algo de su esposa.

Mucho se hablaba en Craven sobre la señorita misteriosa, mucho se decía sobre si era una joven que había huido de una reunión familiar navideña por alguna pelea, o porque se había disgustado con su esposo.

La joven se quedó mirando al ama de llaves como aturdida y luego miró la habitación.

—No puedo recordar nada... ¿qué pasó? Me duele mucho la cabeza, pero no logro recordar. ¿Dónde estoy señora? —preguntó y se incorporó despacio y la señora Stewart, la comadrona notó que tenía más colores y eso la alegró. Se estaba recuperando.

—Soy Rose Stewart, querida, la partera y sanadora de la mansión y no tienes nada que agradecer. Te encuentras en la mansión de Craven y sufriste un grave accidente. Pero el doctor dijo que ya pasó lo peor y estaréis fuera de peligro.

Eso era un alivio por supuesto.

Porque era joven y fuerte. Se repondría.

El doctor había ido a verla ese día y la encontró mejor, pero dormía mucho y eso le preocupaba.

—Debe hacer que despierte y hable, hacedle preguntas, procure que se mantenga despierta—le aconsejó —también puede agregar este tónico para fortalecer sus huesos.

El tónico la había mejorado bastante pero no podía lograr que se mantuviera mucho despierta, estaba siempre con dolores y muy cansada.

—No recuerdo nada... no sé mi nombre ni cómo llegué aquí...—le confesó la joven con lágrimas en los ojos. Y luego lloró afligida.

La señora Wells le dijo que se tranquilizara.

—Debes ser fuerte querida. Y no te angusties, pronto recordarás lo que pasó. Necesitas tiempo y cuidados.

Y dejar de sufrir esas pesadillas.

La señora Wells creía adivinar lo que había pasado.

Esa pobre mujer había escapado de su esposo que debía darle palizas o despreciarla, pues ninguna mujer sensata huía de un marido bueno, a menos que estuviera loca. Había visto las marcas en sus brazos y las mordidas en su cuello y eso sabía, no tuvo que ver con el accidente. El doctor también lo había notado.

Había oído historias absurdas de vampiros, una de sus nietas le contó algo de una historia así, le parecía una locura que un vampiro existiera y solo los hombres mordían a sus mujeres... en especial a las que eran puras, para distraerlas del dolor que sentirían cuando perdieran su virtud. Era una costumbre vieja, casi medieval. En los tiempos de su abuelo cada doncella que caía en las garras del hijo del patriarca lucía una marca en su cuerpo, era la prueba de que había entregado su virtud al guapo hijo del señor de Craven. En esos tiempos inmorales era un honor llevar en el vientre al hijo bastardo de un lord. Por eso se decía que los habitantes de Craven habían heredado de ese ancestro los ojos pardos, la tez pálida y el cabello muy oscuro. Todos tenían algo de sangre del viejo patriarca porque él se había dedicado a tomar la virtud de las más guapas del pueblo. Solo las más guapas y jóvenes.

Pero a juzgar por las marcas de los brazos esa pobre chica no había cedido de buen agrado a su enamorado, quizás le dieron esa opción para el amor que las dejaba atontadas... era horrible. Pero esas cosas siempre habían pasado. No había nada que detuviera a un hombre poseído por las más horrible crueldad y lujuria, nada le impedía lograr su cometido.

Por eso había que cuidar mucho a las muchachas cuando llegaban a la edad difícil porque muchas eran embaucadas con falsas promesas de matrimonio y luego, las abandonaban con un bastardo en la barriga.

Suspiró al ver que la desdichada fugitiva se quedaba dormida de nuevo.

Necesitaba descansar.

Solo esperaba que el demonio que le dejó esas marcas no se presentara en Craven. Y que ella no tuviera algo en su barriga porque eso sí le arruinaría la vida.

Milord ya tenía demasiado con su dolor como para proteger a esa pobre dama de un demonio.

Días después el conde pidió a sus criados de confianza que fueran a investigar al pueblo para saber si alguien había perdido una hija o una esposa en esas navidades. Suponía que a esa altura debían saberlo. Habría algún rumor. Pero les pidió que fueran discretos.

—El doctor no cree que debemos divulgar la presencia de la joven en Craven y cero que es lo más sensato. Pues no recuerda nada y no sabemos nada de ella.

A sir Kendall le sorprendió enterarse que nadie echaba de menos a ninguna muchacha desde navidad. Era raro.

—Entonces la joven es como un fantasma—dijo en voz alta.

Su mayordomo dijo que tal vez era de otro condado.

—Pudo venir de visita para pasar las navidades y nunca llegó a destino porque su carruaje se estrelló y pensaron que al final había desistido de viajar.

Sí, era una posibilidad por supuesto.

Pero seguía siendo algo inusual en un condado donde nunca pasaba nada.

Tenía que ver a la joven y saber si su rostro le era familiar.

Pero no podía entrar en su cuarto.

La pobre se asustaría y pensaría lo peor de él.

Y eso era muy malo para resolver ese asunto.

Tenía que verla de forma natural, avisarle primero quien era y que las criadas estuvieran presentes.

El problema que la dama misteriosa nunca salía de su habitación pues sufría jaquecas y una debilidad que la mantenía cerca de la cama. Mareos constantes por el golpe...

Al menos sus heridas habían sanado.

—Milord, supongo que es cuestión de tiempo, la dama recordará.

—Por supuesto... por favor llame a la señora Wells y pídale que vaya a la biblioteca.

La señora Wells estaba algo tensa cuando entró en la biblioteca, conocía bien la inquietud de su señoría. No estaba nada contento con la presencia de la señorita allí, quería ayudarla a regresar a su casa en cuanto se pusiera bien.

—Señora Wells, ¿ha podido hablar con la señorita? —le preguntó el conde sin rodeos.

Estaba impaciente podía notarlo.

—Sí, he hablado con ella milord, pero la pobre sigue sin recordar nada. Parece muy asustada.

—¿Asustada? ¿A qué le teme si no logra recordar nada?

—Bueno, es que sufre de pesadillas, ve cosas en sueños, pero luego las olvida y se queda muy alterada, milord. Cualquier sonido la altera. Además, duerme mucho y el

doctor cree que eso no es bueno. Cuando se despierta intentado hacer que recuerde y hable, pero todavía no ha recordado nada.

—Ya veo... ¿y entre sus pertenencias no ha encontrado ninguna medalla o anillo?

—Pues no, pero cuando le pregunté por su marido dijo que no tiene esposo, que es soltera que eso sí lo recuerda. A veces habla de una casa, de sus padres, pero asegura que no tiene marido.

—Entonces sí ha recordado algo... sabe que es soltera y habló de sus padres.

La señora Wells no supo qué decir.

—Sus recuerdos son difusos y no sé si son suyos porque el doctor dijo que puede estar confundida durante días.

—Pero señora Wells lleva más de dos semanas en ese estado.

—A veces tiene recuerdos sí, habla conmigo, pero luego lo olvida todo y se muestra confundida. Asustada.

—¿Siempre está asustada?

La señora Wells dijo que además de asustada estaba muy débil por la herida en la cabeza.

—Necesita más tiempo para reponerse milord y cada vez que le pregunto noto que cambia, ella se esfuerza por recordar algo, pero no puede. No consigue hacerlo.

—¿Pero ya puede caminar sola?

—Lo hace, da unos pasos por la habitación a veces, pero el doctor dijo que no puede estar parada mucho rato por los mareos, milord.

—¿Cree que podría ver a la joven un día de estos en su presencia? Quizás pueda reconocerla. Nadie de aquí la ha reconocido, ¿verdad?

La señora Wells lo negó de forma enfática.

Era un caso raro.

Era raro que nadie buscara a una joven que había huido de algún lugar o que tal vez simplemente dio un paseo y no regresó.

—Por supuesto que puede visitarla. Su visita no la asustará, le diré que usted desea conversar con ella.

Pero el conde no estaba seguro de querer ver a la muchacha todavía, prefería que ella recordara al menos su nombre y así avisar a su familia. Así se lo dijo a la señora Wells con otras palabras.

—No quiero asustar a la señorita, señora Wells, pero si recuerda algo tal vez... le ruego que me avise. Quiero que busquen en los alrededores, que investiguen, porque me resulta desconcertante que nadie haya venido a reclamar ni a preguntar por la muchacha —dijo el caballero.

—Es verdad... pero le aseguro que estamos investigando, milord por los alrededores, deseamos saber algo, pero si me permite creo que la joven no es de aquí.

—¿Que no es de aquí?

—Es una sensación que tengo, no sabría explicarlo, pero supongo que hizo un largo viaje.

—¿Y ha contado algo, recuerda algo de su viaje? ¿Ha dicho algún nombre?

—No... es que sufre dolores de cabeza milord y está muy agotada. Debe recuperarse, creo que entonces podrá sentirse mejor y recordará.

—Bueno, iré a averiguar, no me agrada alojar a extraños en la mansión. Le ruego que vigile a la joven. No sabemos quién es ni qué trama.

Esas palabras parecieron desafortunadas. Como si la pobre fuera capaz de hacer

algo malo. No era justo. La joven no era más que una damisela en apuros, sin memoria y sola.

Por supuesto, milord.

La señora Wells sentía mucha pena por la joven desconocida y a medida que pasaban los días su inquietud crecía.

Cada vez que le preguntaba si recordaba algo ella lo negaba con un gesto. Se veía triste y asustada, no hacía más que mirar todo a su alrededor como si quisiera escapar y no tuviera coraje. ¿Pero qué sería de ella si escapaba en medio de esa tormenta de nieve? Todos estaban atrapados a la casa, para bien o para mal...

Los invitados del conde no hacían más que hablar de la misteriosa señorita entre susurros y cuando uno de ellos aseguró que era muy hermosa, sir Kendall se enfadó.

—Es solo una pobre joven que ha perdido la memoria, no se atrevan a acercarse a ella—les advirtió muy tenso su anfitrión.

Sus amigos se miraron y sonrieron con picardía.

—Vaya os preocupa mucho la vida de esa joven y su futuro...—dijo uno de ellos.

Cuando el conde lo miró se calló al instante.

—Os comportáis como niños.

En esos momentos le molestó que estuvieran allí, habría deseado que no estuvieran, pero podía echarlos a la calle y para colmo había una tormenta de nieve y ni siquiera se habían enterado.

—Lo siento, Kendall... ¿cómo se encuentra la señorita misteriosa? —preguntó Francis más serio. —¿Ha podido recuperar la memoria?

Sir Kendall lo miró.

—No muy bien, el doctor cree que ese golpe no es bueno y que puede tardar bastante en recuperar sus recuerdos. Parece confundida y asustada la mayor parte del tiempo y, además, debe hacer quietud, nada debe perturbarla.

—¿Y sus padres?

—No eran sus padres, al parecer eran criados y ninguno ha sobrevivido. Es extraño, he enviado investigar, pero no hay novedades. Esa joven es como un fantasma, nadie la conoce, nadie sabe nada de ella, pero imagino que alguien debía esperar su visita. Llevaba varias maletas de equipaje, pero ...

—¿Y no llevaba cartas en su equipaje o alguna medalla con su nombre?

—No. nada. No había nada. Solo horrible ropa vieja que ni siquiera era de su talla.

Francis era quien más estaba en los detalles, quizás porque sí le interesaba la misteriosa señorita. Nada más verla... rayos. Era preciosa. Y llevaba ropa antigua y remendada. Como la cenicienta.... Pero su talle era delicado, su voz, sus modales... no podía ser una simple criada. De haber sido una señorita de buena familia él...

Tragó saliva y se dijo que su mente divagaba. Era el alcohol o el calor de la sala o el recuerdo de esa joven. No podía olvidar sus ojos asustados, su mirada y los delicados rasgos de su bello rostro en forma de corazón. No podía creer que esa joven se hubiera perdido o que hubiera huido de alguien como se murmuraba. Era extraño.

Sus amigos se sonrieron, pero no dijeron palabra al ver que el conde estaba algo irritable.

Pero esa misma noche se deslizó como un zorro hacia la habitación de la desconocida y se detuvo en el rellano de la escalera esperando como zorro astuto la hora en que todas las criadas se marchaban a su rincón y dejaban de molestar. Cualquier intruso era una molestia en esos momentos.

Contuvo la respiración y esperó, esperó hasta que todo estuvo en silencio.

Entonces se acercó a la habitación para contemplar a la bella señorita dormida.

Solo quería verla un momento, un instante, pero al acercarse vio que estaba despierta y tembló pues a través de la cerradura pudo verla frente al espejo y eso lo asustó pues parecía haberlo descubierto. Diantres... qué tonto era debió imaginar que podía estar despierta pues era temprano... se escapaba cuando podía espiaba cuando todos estaban bebidos en la sala.

Si el conde lo pescaba, le daría un sermón.

Había estado espiándola a hurtadillas y sabía que los demás también se morían por verla luego de enterarse por los criados que era muy hermosa.

A él le recordaba a una muñeca de porcelana de larga cabellera castaña, grandes ojos de un azul intenso y la piel muy pálida, las mejillas llenas con pequeños hoyuelos y sus labios delicados y levemente carnosos que pedían ser besados.

Se veía tan indefensa tendida en la cama. Tan vulnerable y hermosa... cuando abrió los ojos y lo miró pensó que era la joven más guapa que había visto en su vida, pero estaba su anfitrión. qué pena que no tuviera el accidente en su propiedad, él la habría cuidado bien.

El conde no se equivocaba pues la nieve lo cubrió todo durante días y nadie fue a la mansión a hacer preguntas sobre la señorita. Solo la nieve los visitó, y el frío se hizo tan intenso que el conde se sintió feliz de no recibir la clásica visita de sus tías solteronas para esas fechas ni tampoco se acercó ni un amigo... Afuera todo era blanco, helado e inquietante pues sus amigos comenzaron a mostrar gestos de hastío y cierto embarazo de abusar de su hospitalidad o eso le confesaron esa noche durante la cena.

—No deben preocuparse, la tormenta pasará y todo volverá a la normalidad. Además, sus

familias creen que están en Londres todavía, no se inquietarán.

—Es verdad... pero no queremos causaros molestias.

—Pero si no es molestia amigo mío, es mejor que se queden hasta que deje de nevar.

Los caballeros sin embargos comenzaron a sentirse algo incómodos, excepto Francis que visitaba a la señorita en secreto para conocer sus avances y al parecer había hecho amistad con ella.

Francis veía a la joven en su habitación pues, aunque estaba recuperada ella se negaba a abandonar sus aposentos.

Al verle entrar la joven se sonrojó pues se encontraba mirando el paisaje helado a través de la ventana. No había dicho palabra a los criados y no sabía si al fin había recordado lo sucedido el trágico día en que viajaba en carruaje.

—Sir Francis, buenos días—le dijo mirándolo con una leve sonrisa. Luego apartó la mirada despacio.

—Buenos días, señorita. ¿Se siente bien hoy?

Ella asintió.

—Todavía me duele mucho la cabeza y tengo mareos, sir Francis.

—Es normal, debe descansar... ¿todavía no recuerda su nombre señorita?

Todos le preguntaban lo mismo y no hacían más que ponerla nerviosa.

—No... solo veo cosas en sueños, pero no puedo recordar. Me duele mucho la cabeza... el doctor dijo que es por el golpe pero que luego recordaré todo. Con el tiempo.

—Eso es bueno...

Ese caballero la miraba con insistencia.

Era agradable pero no le parecía correcto que estuviera en su habitación, cerca de su

cama.

De pronto llamó a la doncella porque no le gustaba estar a solas con él, le daba un poco de miedo.

La doncella llegó poco después y el caballero se marchó.

—¿Señorita, se siente mejor?

—No... me duele mucho la cabeza...

—No se preocupe, iré a buscarle un tónico.

—No se vaya ahora por favor.

La joven comprendió que algo pasaba y miró al caballero que estaba en la puerta mirando embobado a la joven.

—Sir Francis, por favor, ¿podría llamar a la señora Stuart? La joven necesita un tónico para el dolor de cabeza.

El caballero dijo que sí y salió corriendo y la doncella regordeta cerró la puerta con tranca.

—Señorita, no tema, hablaré con la señora Wells. Esas visitas no son correctas.

La joven suspiró aliviada.

—Siempre está aquí, no me deja en paz—se quejó la joven.

—Acaso ha intentado propasarse?

La joven negó con un gesto.

—Me hace preguntas, quiere saber si tengo esposo... creo que le diré que sí lo tengo para que me deje en paz.

La doncella sonrió y de pronto ambas rieron.

—Cómo te llamas?

Conocía esos ojos celestes y saltones y la cara redonda y alegre de la muchacha, la había cuidado desde el comienzo aliviando siempre su dolor con paños húmedos.

—Lisbeth Andrews, pero me dicen Beth.

—Lisbeth—repitió la joven—qué nombre tan bonito. —Gracias por ayudarme... siento mucho dolor a veces y las visitas me alteran los nervios.

La doncella se quedó mirándola atontada.

—Lo siento señorita, no lo sabía... no es correcto que ese caballero esté aquí. Que la moleste. Le avisaré al conde.

—Pero no quiero disgustar al conde. Ese hombre...

—Es solo un amigo un huésped del conde, señorita. Y no tiene por qué estar aquí con tanta frecuencia. No tiene derecho a hacerle tantas preguntas.

La señora Stuart llegó entonces con el tónico y la joven se calmó al instante y pudo descansar.

Fue la manera que tuvo de evitar las preguntas y tener un poco de paz.

El conde de Gray pensó que debía hacerle una visita a la señorita y conocerla, solo la había visto cuando llegó y la había visto dormida en presencia del doctor.

Pero debía verla para hacerle preguntas y saber si estaba fingiendo y era una embustera.

No se fiaba demasiado de esas señoritas fugitivas.

Fugitivas en navidad.

Eso sí que era extraño.

Aguardó unos días a que estuviera más calmada y luego preguntó a la comadrona si podía llevar a la señorita a la habitación contigua para conversar un momento.

—¿Cree que podría recibir una visita?

—Oh sí, ahora está mucho más tranquila milord. —le aseguró la comadrona y ella preparó todo para el encuentro.

Esta vez sí la encontró despierta en la sala continua a su habitación, una sala que su hermana usaba para escribir cartas y tocar el piano cuando era soltera, antes de huir para casarse con ese caballero que sus padres no aprobaron del todo pues le doblaba la edad.

Al verla sentada frente al piano tocando una melodía sonrió. Sabía tocar el piano y su voz era melodiosa y dulce. Se quedó mirándola un instante hasta que ella lo vio y se incorporó agitada.

—¿Quién es usted, milord? —le preguntó la joven dando un salto.

No lo conocía, no sabía que era el amo de Craven. Pero él si la había visto algunas veces y pensó que se veía mucho más hermosa que antes, con el cabello castaño de reflejos cobrizos con bucles sujetos en cintas blancas y el rostro en forma de corazón, pero lo más bello eran sus ojos azules de espesas pestañas y los labios rojos llenos pequeños de gesto caprichoso.

—Lo lamento, temo que no le han avisado. Soy sir Kendall de Gray—dijo y pensó que se oía muy pomposo presentarse así.

¿Qué diantres? ¿Por qué nadie le avisó a la señorita que iría a verla? ¿Lo habría olvidado la señora Stewart?

—OH es usted el conde de Craven... milord, lamento haberme asustado. Es que nadie me avisó o tal vez sí, pero lo olvidé.

Parecía olvidarse de las cosas, pero la notó muy nerviosa. Insegura.

Pero al menos tenía buenos colores, ya no tenía esa palidez del comienzo cuando todos pensaron que estaba muerta, se veía mucho más recuperada.

—No se preocupe, señorita, por favor, siéntese. Tengo que hablar con usted un momento.

Ella lo miró alerta, como si temiera ser reprendida.

Mientras la observaba pensó que no parecía ser la esposa de un gitano ni de un granjero tampoco. Había un aire en ella, una clase y educación y su acento era del sur como bien había dicho Francis.

—Señorita, quería saber si ha recordado algo, su nombre o por qué viajaba ese día de navidad con la pareja de ancianos.

La joven suspiró.

—Recuerdo poco del accidente... viajaba en una diligencia, pero no sé a dónde... luego veo el carruaje, pero no recuerdo cómo llegué allí y sé que vivía en una casa inmensa, con jardines y que vestía de negro....

—¿No recuerda si huyó de su hogar o de su esposo?

La joven palideció inquieta mientras fruncía el ceño como si intentara recordar.

—Solo quiero ayudarla, señorita. Se lo ruego. Si ha recordado algo le pido que me diga lo que recuerda o no podré ponerla a salvo. Le aseguro que no la obligaré a regresar a su casa si no lo desea, pero si tiene un esposo buscándola y la encuentra aquí yo podría ir a prisión o verme envuelto en un horrible escándalo.

La joven tragó saliva y movió sus manos hasta que las dejó entrelazadas y miró al conde.

—Usted ha hecho tanto por mí, milord, ha salvado mi vida... pude morir en la nieve ese día en el accidente y no he podido agradecerérselo, milord. Quiero darle las gracias.

—Está bien, no tiene nada que agradecer... lamento la muerte de las otras personas, pero todo es muy extraño y misterioso. No pudimos encontrar nada que nos dijera quiénes eran esas personas, si eran sus parientes...

—No, no eran mis parientes milord, no sé por qué estaba en ese carruaje y me angustia cada vez que recuerdo...

—Por favor, no se angustie señorita. Tranquila. No es mi deseo que se altere.

—No recuerdo nada de gitanos, milord, solo he visto rostros y lugares y un hombre... un hombre que me asusta mucho pero no sé quién es. No logro recordar, pero tengo miedo cada vez que pienso en él.

—¿Y cómo es ese hombre señorita? ¿Podría describirlo?

—Es alto y fuerte como un oso. Muy osco... rudo. Y tiene el cabello oscuro y los ojos negros, malignos.

—¿Ojos negros?

—O azules muy oscuros. Pero he tenido sueños con ese hombre y eso hace que tenga pesadillas.

—¿Todavía tiene pesadillas?

La joven asintió con un gesto y él vio cómo apareció una expresión de miedo en sus bellos ojos.

—No tiene nada que temer aquí, señorita, pero le ruego que si recuerda algo más sobre ese hombre ese hombre me lo diga.

La joven lo miró con fijeza.

—No recuerdo su nombre, pero sí su rostro y el miedo porque sé que podría hacerme mucho daño. Tal vez por eso hui.

—¿Es su esposo?

—No, milord. No tengo esposo.

—No lleva anillos es verdad, ni tampoco una medalla con su nombre. Eso sería muy útil. Mis criados buscaron en su equipaje ese día, pero no encontraron nada.

—Tenía un anillo y una cadena, milord eso lo recuerdo bien y creo que iba a visitar a mis tías en Cumbria. Pero no puedo recordar mucho más.

Él la miró con interés.

—Entonces recuerda más cosas.

La joven asintió y él la miró con insistencia. ¿Qué edad tendría? No era una debutante, tenía cierto aplomo que solo tienen las damas casadas o las que tenían más de veinte.

—Solo recuerdo imágenes, lugares, personas, pero no recuerdo nada más.

—Pero sí recuerda al hombre de mirada maligna, señorita. Y asegura que no es su marido ni tampoco un familiar tal vez...

—No sabría decirle, milord.

Algo en su mirada lo hizo pensar que la joven escondía algo. Estaba asustada, tensa, nerviosa y comprendió que no podría tener nada más de esa conversación.

—No se preocupe señorita, está a salvo aquí y no diré a nadie que se encuentra en mi propiedad por consejo del doctor. Él me ha pedido que espere a que usted esté más recuperada y pueda recordar lo que pasó. Entonces actuaré y buscaré a sus familiares.

—Pero ya estoy recuperada, milord... no puedo abusar de su hospitalidad.

—Pero no puede marcharse de aquí hasta que recuerde su nombre y el de su familia.

Ella guardó silencio y lo miró sin decir palabra.

—Imagino que deben estar buscándola muy preocupados. Eso me inquieta, he tratado de hacer averiguaciones en el condado, en el pueblo, pero nadie sabe nada de una joven que iba en un carruaje y tuvo un accidente.

—Es que nadie debe imaginar que estoy aquí, milord. Este lugar parece suspendido en el tiempo, es como de otra época.

Se expresaba usando los términos correctos.

—Craven es una propiedad muy antigua señorita, inexpugnable como un castillo. Pero me preocupa pensar que debo cerciorarme de que se ha recuperado primero y también pienso en la tristeza y angustia que deben vivir sus padres en estos momentos. Han pasado los días, las

semanas y nadie ha preguntado por usted lo que me lleva a pensar que a lo mejor es del sur.

—No lo sé... pero no creo que mi familia se preocupe por mí, no recuerdo tener hermanos ni familia. Todo es muy confuso y eso me afecta, me hace sentir tanta tristeza y confusión. Porque a veces tengo sueños en los que estoy de nuevo en mi casa y todo es como antes, pero luego al despertar veo la habitación y comprendo que sigo aquí y que no puedo recordar nada. Nada que tenga sentido, excepto sentimientos de miedo... como si tuviera miedo de que alguien viniera a buscarme. No quiero que me encuentren milord. Eso es lo que siento en muchas ocasiones. No quiero ser encontrada porque sé que algo muy malo va a pasarme.

Parecía sincera, hablaba sin parar y en sus ojos, en sus gestos pudo ver esos sentimientos confusos de miedo y dolor.

Y la última frase que salió de sus labios fue la que más tuvo sentido.

Ella no quería ser encontrada. No quería que su familia la encontrara. Porque algo muy malo debió ocurrirle entonces.

Pero si huía en ese vehículo, si fue raptada por gitanos o malhechores no supo decirlo a ciencia cierta cuando le preguntó al respecto porque no podía explicar cómo había llegado a ese lugar ni qué hacía en Craven.

Como si hubiera hecho un viaje durante días y el accidente hubiera borrado sus recuerdos.

Pero por algo le había dicho que no quería ser encontrada.

Era algo similar a lo que el doctor le había advertido por las marcas que encontró en sus brazos y tobillos. Y por lo asustada que estaba. Las pesadillas.

Le habían contado que en varias ocasiones habían oído los gritos de la misteriosa huésped y que estos gritos causaron terror en las criadas que corrieron a socorrerla.

—Entonces creo que será mejor esperar. De todas formas, la nieve volverá los caminos intransitables y nos quedaremos aislados.

Eso no le causó temor, pareció aliviada.

—Se lo agradezco mucho milord, ha sido usted tan amable de permitir quedarme y que recibiera atención y una habitación tan bonita... ni siquiera me conoce ni soy su pariente.

—No tiene nada que agradecer, señorita. Solo le pido que siga los consejos del doctor y permanezca en reposo siempre que le sea posible para evitar de nuevo mareos y dolores de cabeza. El doctor teme que la herida de su cabeza se abra y vuelva a sangrar. Es necesario evitar eso.

Ella dijo que así lo haría y pensó que era hora de marcharse.

Pensó que era una joven bella y enigmática pero también guardaba secretos.

Tuvo la sensación de que le escondía algo y se preguntó si no estaría exagerando su pérdida de memoria pues ¿cómo hacía razonamientos y luego decía no recordar nada? No sufría problemas mentales, parecía inteligente y hablaba con un marcado acento sureño, pero también había algo que no podía entender. Quizás estuviera asustada y por eso no le decía la verdad, pero ¿cuánto más podía tardar en recordar?

¿Estaría fingiendo la bella y misteriosa señorita?

Era incómodo que no tuviera un nombre siquiera, que no recordara su nombre, ¿cómo alguien podía olvidar su nombre? Si no lograba recordarlo debía ponerle uno.

¿Pero qué haría él cuidando a una joven sin nombre?

El conde sintió la casa casi vacía sin sus amigos, era extraño pues su visita lo había incomodado, pero luego del accidente desafortunado todo había cambiado. Todos se habían interesado en la joven. Especialmente Francis y tuvo que exigirle que se olvidara de la señorita.

Estaba loco por ella, tonto por completo y la discusión que tuvo en privado no había sido agradable.

Bueno, no podía culpar a Francis, era más joven y enamorado.

Pero tuvo que echarlo porque hasta temía que intentara raptarla. El ama de llaves fue quien lo alertó días atrás. la señora Wells estaba muy seria.

—Sir Kendall, debo decirle algo... es sobre sir Francis. Creo que frecuenta demasiado a la señorita y los oí conversar.

—¿Dice que la visita en su cuarto?

El ama de llaves asintió.

—La joven se ha quejado de que él aparece sin ser invitado y aunque no ha hecho nada incorrecto... no hace más que ponerla nerviosa con sus preguntas.

—Qué preguntas?

—Quiere saber su nombre y si tiene esposo. Le pregunta por qué no tiene anillo y qué recuerda exactamente y el doctor ha dicho que eso no es bueno. Que debe ocurrir de forma gradual, sin forzar nada.

Sir Kendall se sintió muy molesto con su amigo.

—Vaya, no puedo creerlo. Entonces es peor de lo que pensé... ¿acaso ella corresponde de alguna manera las atenciones de Francis?

—No lo creo... ella está molesta y asustada. No se fía de ese joven y yo tampoco... si me permite. Creo que no es correcto y sospecho que él planea llevársela a escondidas.

El conde se puso como un tomate.

Incrédulo dijo que hablaría de inmediato con su amigo.

—No permitiré que se acerque de nuevo a la señorita, se lo aseguro.

La cara de alivio del ama de llaves fue evidente.

—Se lo agradezco mucho, milord... Él dice que cuidará de ella, pero la joven no se da cuenta, es muy ingenua milord. Muy confiada, cree que él es un amigo que se preocupa por ella.

No tiene maldad.

Sir Kendall sintió que le hervía la sangre.

Por supuesto, por eso dijo que se quedaría unos días. Para ayudarlo a buscar a la familia de la señorita.

Vaya con ese bribón sinvergüenza. Pícaro seductor de muchachas.

—Hablaré con sir Francis, señora Wells. Le agradezco infinitamente que me avisara sobre esto. No puedo creerlo.

Y sin perder tiempo fue a buscar su amigo y lo encontró cerca de la habitación de la señorita, husmeando como un ratón, esperando la ocasión...

La sonrisa de enamorado se borró de su rostro en cuanto lo vio aparecer.

—Francis. Debo hablar contigo un momento por favor...

La conversación se llevó a cabo en la biblioteca.

—Debo pedirte que os marchéis mañana a primera hora—le dijo.

Él se quedó mirándolo incrédulo.

—Pero ¿qué sucede? Pensé que querías que me quedara para ayudarte a encontrar a la familia de la señorita... no puedes hacerlo solo.

—Sí puedo hacerlo y lo haré. Creo que tú no quieres encontrara su familia, quieres cuidarla tú.

—¿De qué hablas, amigo?

—Intentas seducir a la señorita.

—Seducir a la señorita?

—O robarla de aquí como un bribón. Has estado diciéndole que quieres llevarla a tu mansión. Vamos, no lo niegues, una criada os escuchó el otro día.

Francis se puso como la grana.

—Eso no es verdad, no he hablado de raptar a nadie.

—Te conozco y crees que la joven no tiene familia y está sola y tú... te has quedado embobado con ella.

—No es verdad... no es así. Nunca le haría daño a la señorita, pero ... solo quiero ayudar a que recuerde quién es. He sido un amigo y me he preocupado por ella más que tú, admítelo. Tú estabas distraído y molesto con todo esto. El accidente y todas las molestias que os causó.

El conde apretó los labios y miró a su amigo furioso.

—No es verdad. He ayudado a la joven y le he brindado cuidados sin ninguna intención encubierta como tienes tú.

—Oh vamos, Kendall, puedo ayudarte a encontrar a su familia, tengo amistades en el sur, esa joven es sureña o de Londres. Podría ser muy útil.

—Tú debes volver a casa y sí, agradezco vuestra ayuda, pero ni siquiera sabemos si es sureña.

—Su acento la delata.

—Su acento no tan sureño como crees. Y necesita recuperarse y tranquilidad. El doctor ordenó reposo. Todo lo necesario. Y no puede hacer reposo ni tener calma si tú no la dejas en paz. Como una mosca a la miel.

Francis se incorporó furioso.

—Pensé que me estimabais como vuestro amigo, yo estuve aquí en vuestras horas más tristes con mis primos y hermanos. Pensé que valorabais mi amistad y me teníais en consideración. No soy un bribonzuelo y nunca le haría daño a esa muchacha. Solo quise ayudarla... es tan hermosa. ¿La habéis visto, no es así?

Kendall se quedó callado.

—Por eso queréis que me vaya... la queréis para ti. Sois viudo y necesitáis una esposa

hermosa y joven para mitigar vuestro dolor y soledad.

—Oh cállate. No estoy buscando esposa. Solo os pedí que dejarais en paz a la joven, os hablé antes, pero al parecer nada habéis escuchado.

—Pero no le hice ningún daño, solo me acerqué para verla y conversar.

—Estáis locamente enamorado de una joven de la que nada sabemos, Francis. Eres joven e impulsivo.

—Pensé que era un estorbo para ti, pero supongo que me equivoqué...

Y luego de ese altercado bastante fuerte, éste se marchó al día siguiente sin despedirse.

Estaba loco. No sabía qué tramaba, pero él no permitiría que se llevara a la joven para cuidarla en su mansión, mientras sus padres organizaban su boda con la señorita Elizabeth, la rica heredera.

Craven se quedó vacío. Y eso le dio paz.

Los días pasaron, y nadie fue a preguntar por la señorita, pero sí sabía que los campesinos y criados estaban haciendo averiguaciones discretas.

El conde pensó que ahora su prioridad era resolver el misterio de la joven y llevarla de regreso a su hogar. Le urgía hacerlo. No se sentía cómodo sintiendo que había un intruso en su mansión.

Aunque la intrusa en cuestión fuera una bella señorita.

Eso lo hacía sentirse incómodo.

Pensaba mucho en qué haría si ella nunca recuperaba la memoria.

Pero luego se decía a sí mismo que una jovencita fuerte como ella pronto recordaría todo.

Día tras día esperaba recibir algún mensaje o visita preguntando por la joven porque le parecía raro que nadie fuera a preguntar.

Imaginó que tendría un hogar, una familia... o un esposo esperándola.

Y rezaba para que no fuera una fugitiva.

Porque no sabría qué hacer con una joven difícil que huía de su marido o de un padre autoritario.

Era un hombre solitario, se había acostumbrado a la soledad, pero lo había pasado muy bien en compañía de sus viejos amigos.

Hasta que apareció la jovencita accidentada.

Ahora todo era extraño y confuso.

Pensaba en ella con demasiada frecuencia.

Se preocupaba pensando en quién era, qué hacía allí y dónde estaría su familia. Podía imaginar la angustia que sentirían.

Los días siguientes ocurrieron muchas cosas en Craven.

A primera hora llegaron los criados, cansados y helados pidiendo hablar con su señoría con cierta premura. La señora Wells los miró con gesto torvo. ¿Qué se creían estos palurdo para entrar en la mansión con botas llenas de barro y hielo? ¿Y encima pedían hablar con el conde?

—¿Por qué razón? El conde ha pedido no ser molestado hoy—declaró el ama de llaves.

—Es un asunto de su incumbencia y es urgente. Se trata de la señorita sin nombre.

Así la llamaban en la mansión, la señorita sin nombre.

—Está bien, esperen aquí. El conde se encuentra ocupado ahora.

Los criados se miraron y los tres se acercaron al fuego y pidieron té caliente porque estaban congelados. Qué frío hacía y habían cabalgado sin parar durante días buscando alguna pista de las dos jóvenes desaparecidas.

Era urgente. El señor debía saber. Pero esa dama de cara de zapatilla era implacable y no

los dejaría pasar a la sala hasta que su señoría lo autorizara.

El conde por su parte aguardaba impaciente la llegada de la señorita a la biblioteca.

Estaba tenso, nervioso, pensaba que no le agradaba actuar de inquisidor ese día, pero tenía que saber la verdad. Debía enfrentar a la joven o nunca sabría la verdad.

Ella llegó poco después envuelta en una capa como si fura a dar un paseo.

Sus ojos redondos brillaban con intensidad, y por sus gestos supo que estaba muy nerviosa y que no podía disimularlo. Avanzó con pasos cortos casi temblando hasta acercarse a la chimenea como si tuviera frío. Era normal, hacía mucho frío esa mañana, había vuelto a nevar y eso no le agradaba. La nieve los dejaría aislados una vez más. A todos.

—Buenos días, señorita, por favor siéntese. Debo hablar con usted.

Ella murmuró un saludo y se sonrojó al sentir su mirada.

Él vio sus labios rojos y las mejillas redondas y pensó que era una criatura deliciosa, hermosa y delicada, frágil y que eso la hacía más irresistible. Pero ese día los nervios la dominaban y cuando le preguntó a qué le temía exactamente la vio ponerse tensa y apretar los labios.

—¿Usted podría decirme si huyó de su hogar o de su esposo sin mentirme?

La joven palideció y no dijo palabra.

—Solo quiero ayudarla, señorita. Se lo ruego. Si ha recordado algo le pido que me diga lo que recuerda o no podré ponerla a salvo. Le aseguro que no la obligaré a regresar a su casa si no lo desea, pero si tiene un esposo buscándola y la encuentra aquí yo podría ir a prisión o verme envuelto en un horrible escándalo.

La joven tragó saliva y movió sus manos hasta que las dejó entrelazadas y miró al conde.

—Usted ha hecho tanto por mí, milord, ha salvado mi vida... pude morir en la nieve ese día en el accidente.

No lo sabía, fue una criada quien le contó todo lo que había pasado y que no de ser por los campesinos que vieron el carruaje y el señor que envió por un doctor ella habría muerto.

—No tiene nada que agradecer, cualquier buen cristiano la habría ayudado, lamento no haber podido salvar a los demás. Pero ahora usted se encuentra mejor, más recuperada y creo que debe pensar en su familia. Imagino que han de estar preocupados por usted.

—No, no es así.

—¿Cómo es que sabe eso?

Ella lo miró y tragó saliva.

—Puede decirme la verdad, no soy un ogro, ni soy sir Francis.

Quiso decir que no era su tonto enamorado, pero no sabía si la joven captaría su ironía pues en realidad parecía más nerviosa por lo que él sabía y porque temía decirle la verdad.

—No he mentado, milord, es que no recuerdo bien lo que pasó... he olvidado días enteros luego del accidente, pero sí recordé que huía de ese hombre porque me atemorizaba y también recuerdo que mi padre ... que él me dio una zurra porque le dije que no quería casarme con él.

Eso sí era interesante.

A Francis solo le había contado una parte, pero a él debía contarle el resto.

—Continúe por favor. Escuche, debe entender que no haré nada, que no llamaré a sus padres ni la entregaré al alguacil como teme... buscaré la mejor solución para su futuro. Si desea trabajar...

Debía tranquilizarla, debía hacer que confiara, aunque le hiciera promesas que no sabía si podría cumplir.

—Mi padre me había entregado a un granjero muy adinerado porque tenía deudas... él bebía mucho y era un caballero empobrecido. Vivía en una casa inmensa pero mis hermanos debían trabajar la tierra y estaban molestos porque mi padre vendería unas tierras a un granjero

del lugar. Un sujeto feo y tosco. que le ofreció un trato. Dijo que si él le entregaba a su hija él pagaría sus deudas y podría salvar la propiedad... mi padre no lo pensó y aceptó el trato. Mi madrastra dijo que yo solo era una carga, otra boca que alimentar y que como era pobre ningún caballero encumbrado me querría por esposa porque mi dote... es que no tenía dote. Ella siempre me odió milord, porque yo me parecía a mi madre y mis hermanos dijeron que era un trato justo. Y que todas las muchachas eran vendidas en el matrimonio. Vendidas como esclavas... así que arreglaron mi boda. Que debía celebrarse luego de reyes. Pero no me casaría con ese hombre tosco y viejo sino con su hijo que era igual de bruto y feo... un joven que hacía tiempo que me cortejaba, pero yo me reía de él porque era hijo de un granjero y pensaba que era un estúpido palurdo. Cuando supe que debía casarme con él escapé... escapé antes de navidad cuando nadie me prestaba atención porque habíamos recibido visitas. Todos estaban distraídos. Pensaban en otra cosa. Y fue entonces que escapé luego de sobornar a dos criados para que me acompañaran.

—¿Y a dónde pensaba llegar señorita en su huida, señorita?

—Esperaba llegar a casa de mis tías en Norfolk, ellas siempre fueron conmigo y les pediría que me escondieran un tiempo hasta poder llegar a Londres y encontrar un trabajo.

—Pero la ruta que seguía no la llevaba a Norfolk señorita. ¿De veras esperaba llegar a casa de sus tías?

El conde pensaba que era una historia verosímil, pero podía ser un invento. Solo encajaba en parte con lo que él imaginaba que había pasado, pero...

—Es que la nieve provocó un atasco y los criados me convencieron de ir a Londres. Ellos pagarían los pasajes y podríamos tomar el tren allí nos esperarían amigos suyos... dijeron que era más seguro porque no podíamos ir a Norfolk por la tormenta de nieve.

—¿Y qué esperaba hacer en Londres?

—Esconderme un tiempo con la ayuda de sus amigos hasta que la nieve parara... la señora Philips tenía una hermana que vivía en Londres y trabajaba en una casa importante, me

pareció lo más prudente. No pensé que luego sufriríamos ese accidente.

—Entonces su prometido y su familia han de estar buscándola.

Ella apretó los labios furiosa.

—Solo querían venderme a ese horrible joven, pensé que prefería morir a ser su esposa. Usted no imagina un hombre tan malvado y rústico... tenía que escapar, pero jamás pensé que ocurriría esa tragedia, pero cuando estaba en la nieve fue como si viera el cielo milord, fue un instante, pensé que no era tan malo morir porque sentí la voz de mi madre.

—Entonces usted recordó lo que había pasado? ¿Y cuál es su nombre?

Ella lo miró suplicante.

—No me obligue a regresar, por favor... no le he mentado, le he dicho la verdad.

—Señorita, no estoy enfadado con usted, al contrario, le agradezco su sinceridad, pero necesito saber su nombre, es incómodo llamarla señorita sin nombre o la señorita misteriosa.

—Mi nombre es Melody, milord, Melody Davenport.

—Vaya, al fin ha recordado.

—Iba a decírselo, pero tuve miedo, me da miedo pensar que...

—Está bien, comprendo. Melody... es un nombre hermoso.

Ella se sonrojó al sentir su mirada y notó ese gesto en sus labios que tanto le gustaba, la forma en que los abría y lo miraba con timidez.

—¿Me jura que ese hombre no es su marido, señorita?

La joven lo juró por la memoria de su madre.

—Por favor, no me obligue a regresar.

—No pienso hacerlo. Pero esto no ha terminado, puedo ayudarla a esconderse, pero ese hombre ha de estar buscándola por todas partes y no tardará en llegar aquí porque usted no vivía tan lejos como pensaba. Vivía cerca de esta mansión.

—Es verdad, por eso tengo tanto miedo, no quiero que me encuentren.

¿Y qué haría ahora qué sabía la verdad? Esa joven no podía vivir escondida en Craven.

—¿Y por qué no enfrenta a su padre y le dice que no quiere casarse, señorita?

—¿Acaso cree que no le he intentado? Me dio una paliza el día que dije que nunca me casaría con Joshua Wilton. Mi padre no es un caballero, solo hace lo que su malvada esposa le dice, es un títere de ella y ambos son personas crueles y malvadas. Quieren salvar la propiedad y solo mi boda con ese tunante haría que pasara porque ambos han estado gastando la herencia a manos llenas. Mi madrastra malgastó la herencia de mi padre y hasta la que mi madre me había dejado, todo lo ha tomado para hacer fiestas y comprar vestidos.

—Entiendo... no tiene por qué casarse con un hombre que ni siquiera es un caballero solo por necesidad de su familia.

—No lo haré, antes prefiero morir—su voz se escuchó como una súplica, como llanto y él la miró conmovido, hipnotizado por sus ojos, por esos labios llenos que pedían ser besados, ser tomados...

Se moría por tomarla entre sus brazos y consolarla, decirle que estaba a salvo y llenarla de besos, apretarla contra su pecho hasta sentir la suavidad de su cuerpo cálido... temblaba al imaginar que el deseo por esa joven nublaba su mente y lo hacía sentirse como un tonto enamorado, aunque no fuera amor lo que sentía en realidad sino un deseo furioso y salvaje. Deseo mezquino y esclavizante que no había menguado y que lo hacía sentirse como un miserable.

Apartó esas sensaciones, esos pensamientos y trató de pensar con frialdad.

—No la obligaré a regresar, pero vaya...—suspiró—es un alivio saber su nombre señorita Melody Davenport. Ahora al menos sé a qué le teme y podré protegerla de ese mal.

—Y yo se lo agradezco, milord, pero no creo que deba quedarme aquí, tempo que me encuentre.

—Señorita Davenport, no haga locuras, ya lo hizo una vez al huir de su casa, pero si vuelve a escapar entonces sí no podré protegerla. Escuche... no es mi intención entregarla a su familia luego de lo que me ha contado, pero agradezco su sinceridad, es por su propio bien. Quédese donde está y no intente nada, ahora nevará y estaremos confinados hasta mitad de enero, aquí el frío es muy intenso y no habrá forasteros se lo aseguro.

—¿Y qué pasará después? No puedo quedarme aquí para siempre.

—No se preocupe por eso, luego buscaremos una solución. Si realmente desea una colocación respetable tengo dos tías que necesitan una dama de compañía. Son dos damas bondadosas y encantadoras. Algo mañosas como todas las personas de edad, pero... creo que podría leerles algunos libros y hacerles compañía. Pero eso lo haremos más adelante, cuando el frío ceda. Ahora es imposible pensar en hacer nada. Y no tema, si viene alguien preguntando por usted... elaboraremos un plan para esconderla aquí. Hay muchos lugares secretos en esta casa y creo que deberé mudarla de habitación por si acaso.

Su plan era esconderla por si llegaba su prometido.

Si esa joven fuera su prometida también estaría furioso por su abandono y la buscaría hasta en el infierno.

Así que mejor ser precavidos.

—Es usted muy bueno, milord, no sé cómo agradecerle que salvara mi vida y ahora...

—No me lo agradezca por favor, todavía no, quiero que esté a salvo y le ruego que haga lo que le pedí y no hable con los criados sobre esto. Aunque son personas de mi total confianza, los criados hablan, murmuran, y no es bueno llamar la atención en estos momentos.

Ella asintió feliz y él pensó que era un completo imbécil.

Había esperado que ella le mintiera, que le contara una historia falsa para darle la excusa para deshacerse de la señorita misteriosa. Pero ella había abierto su corazón y se llamaba Melody Davenport. Hasta su nombre era hermoso, era dulce... no tenía corazón para devolverla al señor

Davenport y su horrible esposa. Ni para dejar que un granjero rudo y sin modales se llevara a la señorita si ella no quería.

—Le ruego que haga lo que le pedí y confíe en mí, le aseguro que no voy a mencionar esto si usted desea quedarse aquí un tiempo. Tiene edad para elegir y supongo que está segura de querer... —le dijo el conde.

—Sí, estoy segura. Se lo ruego... sé que no debería abusar de su hospitalidad, pero luego de recordar he estado muy asustada y no he sido capaz de contárselo a nadie. Se que han estado investigando en el pueblo, que han pensado que una familia amorosa debía estar preocupada por mí, pero se equivocan, no hay ninguna familia amorosa esperándome. Si lo hacen será para darme una buena zurra por haber huido y lo mismo hará mi prometido.

Esa última palabra no pasó desapercibida para el conde, pero prefirió no pensar que estaba comprometida con un granjero en esos momentos.

Tenía mucho que hacer así que dejó ir a la joven y luego dio órdenes a sus criados de que la mudaran de habitación.

—Señor de Craven, debo hablar con usted.

Uno de los mozos que lo había acompañado al pueblo de Berestford estaba allí con el cabello alborotado y la mirada encendida.

—¿Qué sucede, Tom?

El joven tenía algo importante que decirle y miró a su alrededor.

—Es que las muchachas que desaparecieron en el pueblo...

—¿Acaso se trata de la señorita que está aquí?

—No... las señas no concuerdan, una es rubia y la otra es pelirroja señor conde. Además... una de ellas apareció muerta en la nieve, en un accidente en carruaje. Fue extraño.

—No entiendo. ¿Qué fue lo extraño?

—La encontraron hace días herida y congelada dentro de un carruaje como... es muy raro, pero también sufrió un accidente como la señorita misteriosa.

Así la llamaban todos en Craven.

—Una joven criada milord, pero vestida como señorita, huyó poco antes de navidad porque su familia quería casarla con un hombre que le doblaba la edad y entonces ella se fugó con un joven del que se había enamorado y que su familia no aprobaba. Pero lucía ropas que no eran suyas. Ropas muy caras. Su familia está consternada.

—Es una rara coincidencia, de veras... a todas las mujeres de este condado se les dio por fugarse en navidad. ¿Pobre infeliz... y qué pasó con la otra joven?

—Dicen que fue llevada a Londres con engaños, que la vendieron a un horrible lugar. Su familia está desesperada.

—¿A Londres?

—Al parecer la embaucaron. Unos parientes suyos la convencieron de hacer un viaje a Londres para ser presentada en sociedad, pero luego descubrieron que esos parientes eran impostores... se trataba de una banda que se dedicaba a engañar muchachas pobres pero muy guapas y luego venderlas en tugurios de Londres para que fueran ramera...

—Qué terrible. Bueno. Olvida ese asunto, hay una tormenta de nieve y es mejor que todos los criados y mozos se encuentren en sus casas hasta nuevo aviso. Ninguno podrá salir de esta propiedad a menos que tenga una buena excusa. El tiempo se pondrá peor y deseo evitar accidentes. Si hay alguna visita inesperada debéis avisarme de inmediato y retenerle.

No le dio más explicaciones, solo podía hablar con el señor Adams para explicarle que nadie podía entrar en la mansión sin ser invitado. Excepto sus amigos.

—Hay un hombre rudo que desea hacerle daño a la señorita Davenport. Ese hombre no puede llegar hasta aquí. No puede acercarse y si lo hace debéis avisarme de inmediato.

—La señorita Davenport.

—Es su verdadero nombre, Melody Davenport. Os pediría que averiguarais todo de ella, pero el mal tiempo hará que sea imposible. Solo cuida que nadie entre al ala este. Ni por el pasaje secreto. Y no habléis con nadie de esto, Adam.

—Por supuesto, milord. Pero si me pregunta conozco a los Davenport de Oswald Hill, mi padre trabajaba para el abuelo del actual conde. Son personas muy poderosas y lo que me cuenta me hace temer que quizás...

—Si vienen aquí deben ser interceptados y engañados. Nadie ha visto a la señorita Melody, pero si se enteraron del accidente diréis que murieron dos criados y ni una palabra de la joven. Que ninguno de los sirvientes hable palabra de la señorita. Ahora debemos protegerla de su familia.

El señor Adam dijo que así lo haría.

Melody

Pronto todos supieron que se llamaba Melody Davenport y dejaron de llamarla la señorita misteriosa.

Ahora tenía nombre y se veía mucho más guapa y repuesta. En sus aposentos la señorita Melody se miró en el espejo con expresión asustada.

¿Qué he hecho? Se preguntó.

¿Por qué tuve que decir ese nombre?

—Señorita Davenport.

Sintió un sobresalto, pues allí estaba esa criada tan amable de ojos saltones llamada Lisbeth. La más servicial y atenta.

—Le traigo el almuerzo.

La doncella quería saber cómo había recordado al fin su nombre, pero la joven tenía más hambre que ganas de hablar.

—Desperté y recordé todo.

—Entonces pronto volverá a su casa.

—Creo que sí...

Esperaba que no por supuesto, esperaba haber convencido al conde.

No quería mentir, no quería engañar.

Ese caballero era tan bueno y estaba tan preocupado por ayudarla.

Estaba nerviosa, tanto que luego devoró la bandeja con carne estofada y patatas que le habían llevado y también el pan recién horneado de la tarde, era delicioso. La cocinera de esa mansión era increíble. Le había enviado los platos más deliciosos para que pudiera recuperarse y seguía enviándole deliciosos platillos y postres.

De pronto lloró cuando se quedó sola con la bandeja de comida.

No era Melody Davenport, ni su padre era un caballero arruinado que intentaba encontrarle un esposo...

Su verdadera historia era más simple y triste.

Pero ¿qué pensarían todos si se enteraban?

Mejor sería guardar silencio y fingir que nada había pasado.

Si su señoría se enteraba de la verdad y decidía expulsarla al día siguiente no podría culparlo ni suplicaría.

Todavía le quedaba algo de orgullo y dignidad.

Pero debía evitar que se enterara, sufrir de nuevo dolores de cabeza y fingir que lo había olvidado todo y se sentía confundida por momentos.

Los días siguientes nevó y el conde la invitó a que lo acompañara a almorzar.

La jovencita tembló al oír la invitación. Temía que le dijera algo y que la expulsara de Craven Manor. Ese lugar era especial, allí se sentía a salvo y en paz, algo que no le había pasado en muchos años

Miró por la ventana inquieta.

La nieve había cesado y la luz del sol, aunque débil había frenado lo que parecía una tormenta de nieve. Supo que sir Francis se había marchado días atrás y los sirvientes parecían felices a pesar del frío que comenzaba a sentirse a toda hora.

—Es un alivio que se fuera, ese hombre no dejaba de acecharla —le dijo Beth ese día.

Melody se sonrojó.

Tenía razón. Ese hombre no dejaba de observarla. Al comienzo fue una compañía agradable y tuvieron algunas conversaciones, pero luego su insistencia comenzó a molestarla.

Más cuando le hizo esa insinuación descarada de que quería llevarla a su mansión y cuidarla de ella.

¿La creía estúpida?

Sabía bien lo que tramaba.

No dejaba de mirarla como lobo hambriento, de aparecerse en su habitación sin siquiera anunciarse y tuvo que comenzar a encerrarse.

Todavía lo hacía.

Temía que estuviera allí en alguna parte o apareciera de repente.

No estaba interesada en él.

Solo le interesaba el conde.

Qué hombre tan guapo era y gentil... tan educado y frío.

Era todo un caballero y debía tener más de veintiocho.

Quizás más y supo por Lisbeth que era viudo. No tenía esposa.

Eso era una coincidencia increíble...

Suspiró pensando en sus ojos castaños inmensos que eran de mirada fuerte, viril, pero a veces se veían como más claros. Luego pensó que era muy alto y fuerte.

Francis a su lado era un pálido fantasma.

—Bueno espero que pudiera regresar sano y salvo a su casa—dijo solo por mera cortesía.

La doncella la ayudó con el vestido y el peinado.

Ella evitaba desnudarse frente a las criadas pues notaba las miradas de curiosidad y sorpresa al verla tan repuesta y voluptuosa. Ella no soportaba que notaran que no parecía una señorita joven y núbil, inocente. Sino una mujer a que nada le faltaba.

Cualquier dama de su edad habría presumido de sus encantos y usado un vestido más atrevido, pero Melody no quería llamar la atención de ningún criado y mucho menos de su

anfitrión. No quería que pensara que intentaba seducirlo.

Pero mientras se probaba ese vestido color malva de terciopelo vio con disgusto que sus pechos parecían a punto de explotar sobre su escote. Pero no era por el escote ni que ella intentara mostrar sus encantos.

—Lisbeth, este vestido no me queda bien, no es mi talla... la señorita Rosalie era demasiado delgada.

En vez de darle la razón la doncella comenzó a reírse.

—Señorita, no diga eso por favor, el vestido le queda que ni pintado.

—No lo creo... me cuesta respirar.

—Bueno, si desea puedo buscarle uno más holgado...

—Por favor, Beth.

La joven fue por un vestido y la ayudó a desvestirse y la doncella notó que llevaba muy apretado el corsé y la ropa interior en su denodado esfuerzo de verse más señorita y disimulara ese pecho redondo y generoso que siempre le había estorbado y que solo despertaba la lujuria de los hombres.

Finalmente, la joven escogió uno azul que era el más holgado que encontró y también discreto.

Su doncella la miró espantada

—Este es un vestido de luto, señorita, es casi negro, no le sentará un color tan oscuro—le advirtió.

—Oh claro que no es de luto, mirad, tiene encaje blanco en los puños y me queda mejor.

Era de una talla más grande y cerrado hasta el cuello.

Melody se sintió más segura cuando apareció en el comedor, pero su mirada voló al anfitrión que la esperaba en un rincón frente a la chimenea. Sus ojos se detuvieron en ella hasta

hacerla sonrojar. Llevaba el cabello peinado pero suelto y sabía que eso le gustaba, lo había notado.

—Buenos días, señorita. Qué día helado—dijo él esforzándose por disimular pues la forma en que la miró era muy atenta.

Ella murmuró un saludo sonrojándose.

Era verdad que el caballero nunca sonreía, sus ojos oscuros tenían una mirada dura, pero eso formaba parte de su encanto viril. Era un hombre alto, fuerte y decidido. No era un jovencito, era un verdadero hombre que había vivido y sufrido las luces y las sombras del amor y la tragedia de forma temprana.

Educado. Gentil. Y tan guapo... el hombre más guapo que había visto en su vida pensó y apartó la mirada para mostrar respeto y recato.

Pero a ella le gustaba verse observada y de pronto tuvo esperanzas y sintió su corazón latir acelerado.

El conde la recibió con mucha gentileza y le agradeció su compañía. No era como los demás, no la miraba como si fuera una deliciosa fruta que deseaban devorar.

—Señorita, espero que encuentre confortable su nueva habitación—dijo de pronto.

Ella asintió.

—Es más espaciosa y muy bella.

—Era de mi hermana, pensé que sería cómodo para usted para tener los vestidos y esos espejos a mano. Espero encuentre todo lo necesario para que se sienta cómoda.

La joven sonrió, pues sí, había estado jugando con los espejos y revisado los cajones ese día, pero no se atrevió a continuar pues pensó que era de mala educación hurgar en una casa que no era suya.

—Espero que su hermana no se moleste cuando sepa que he usado sus vestidos, milord...

—Oh no, mi hermana rara vez visita Craven, vive en Londres y considera que esta mansión es una especie de cueva peligrosa. El frío y la distancia de Londres hace que no viaje aquí a menudo, casi nunca en realidad...así que no se preocupe, a mi hermana tampoco le disgustaría.

Sirvieron el almuerzo y de pronto él le dijo que Francis se había marchado el día anterior. Ella luchó por no sonrojarse.

—Bueno, supongo que su familia lo echaba de menos—dijo el conde.

—¿De veras? Bueno espero que pudiera viajar con esta nieve.

—Es verdad, quizás deba regresar si no llega a tiempo para tomar el tren. Le dije que se quedara unos días. pero él estaba molesto, como enfadado con algo y dijo que me lo agradecía, pero tenía prisa por volver.

¿Enfadado, molesto?

No entendía por qué. Nunca alentó a ese caballero, pero él sí parecía muy entusiasmado con ella. Hasta la había invitado a acompañarlo. Tuvo el descaro de decirle que podía cuidarla...

Se hizo un incómodo silencio y luego hablaron de otras cosas. Como si nada. Él no parecía enfadado, aunque por momentos permanecía silencioso como meditando.

Se preguntó si no sería un error quedarse allí.

Había sido tonta al inventar esa historia, debió decir la verdad... Porque sabía que tarde o temprano él descubriría el engaño, pero ella necesitaba ganar tiempo. Quedarse escondida allí. Era un lugar tan lleno de calma y paz...

—Señorita, quizás desee leer en la biblioteca algún libro que le interese.

Ella lo miró inquieta. No le gustaba leer, la aburría, pero una señorita fina y educada debía leer libros y tener una charla agradable o eso le inculcaba su padre.

—Es muy amable pero no deseo invadir su biblioteca... son lugares inmensos—dijo

entonces.

—Podría ayudarla a escoger un libro. ¿Qué lee usted?

—Hace años que no leo un buen libro, milord. Nunca he sido buena en los estudios, ni tampoco aplicada. Me distraía con frecuencia—dijo con sinceridad.

El caballero pareció sorprendido.

—Bueno, quizás sea el momento de comenzar una buena lectura, señorita. Es tanto lo que se puede aprender leyendo buenos libros... mi biblioteca además le ofrecería no solo buenos libros sino también diversión para las horas de ocio. Temo que pronto la nieve lo cubrirá todo y ni siquiera podrá dar paseos matinales...

Eso no le molestó para nada, rara vez daba paseos matinales. Solo algún paseo a caballo si el tiempo era bueno, sabía montar muy bien y lo dijo.

Él la miró con fijeza, quizás esperaba que le contara algo más pero no lo hizo. El vino le provocó dolor de cabeza y lo único que quería era volver a su habitación. Se esmeró en disimular, pero él no tardó en notarlo.

—¿Se siente bien, señorita Davenport? —le preguntó.

La joven se sonrojó al sentir su mirada.

—Creo que bebí demasiado vino y me da dolor de cabeza.

—¿Tiene jaquecas?

—A veces, pero menos que antes.

—Quizás debería examinarla el doctor... ¿le ha dejado algún tónico para mitigar esos dolores? —quiso saber el caballero.

—Sí, todavía lo tomo a veces.

—Pues debe descansar y acostarse se ve algo pálida. Descanse. Temo que con este tiempo no podré lograr que venga el doctor.

—No se preocupe sir Kendall, no es necesario. Solo sucede a veces...—respondió la joven y cuando regresó a sus aposentos, momentos después no dejaba de pensar en la mirada intensa de su anfitrión, en sus palabras amables y discretas y la sensación de que no le creía una palabra y que quizás sabía que había mentido.

Los secretos de Craven

Melody no tardó en comprender que la casa estaba embrujada.

Había ruidos extraños y a veces hasta oía voces. Risas. Era como si espíritus burlones merodearan la mansión. Solía pasar a veces, a mitad de la noche, y esos ruidos la despertaban alterada.

Porque a veces los fantasmas de Craven se confundían con sus propios fantasmas y mientras contemplaba el paisaje verde y gris de los jardines por la nieve apareció Beth para llevarse el desayuno.

—¿Se siente mejor hoy, señorita? —ella siempre estaba pendiente de ella como si fuera una joven enfermiza.

—No muy bien, había ruidos extraños anoche Beth... esta casa parece embrujada.

Lo más extraño fue que la doncella no se asustara.

—Acaso hay fantasmas aquí Lisbeth?

La joven regordeta de ojos saltones sonrió.

—Oh señorita, no se preocupe por eso... los fantasmas no pueden hacer daño, ¿sabe? ¿Pero qué ruidos escuchó?

—Al principio oí pasos... pasos arriba de mi techo, como si alguien caminara sonámbulo en la habitación del otro piso. Luego voces, risas y después silencio.

Hubo un cambio en la criada, ya no sonreía.

—Nunca había oído algo semejante, solo sé que hay ruidos extraños en la noche por las corrientes de aire que se cuelan por las rendijas, eso es normal en casas tan antiguas como esta, señorita. Pero lo que usted cuenta es como si hubiera intrusos en la planta alta y allí no duerme nadie.

—Su señoría tal vez...

—No. El señor duerme a dos habitaciones de aquí, señorita.

Melody se sonrojó. De pronto pensó que el conde tenía una mujer que lo visitaba, pero tal idea le provocó celos y rabia.

—Entonces no puede ser, debí soñarlo—se apuró a responder.

—Bueno, nadie se atrevería a ir a ese lugar, pero si quiere se lo enseño para que deje de tener miedo.

La perspectiva de recorrer la mansión la animó al instante, solo conocía algunos lugares, pero no las habitaciones de los pisos.

—Bueno, eso si no es usted asustadiza, señorita Melody—dijo Beth.

—Por supuesto que no... vivía en una mansión parecida a esta. Lo recuerdo...

—Oh de veras?

Ambas fueron caminando hasta los pisos superiores.

Sus pasos retumbaron a la distancia mientras Lisbeth llevaba un candelabro para iluminar el camino. La casa era siempre oscura, en especial el ala norte pues allí daba el sol muy poco durante el día y esos días blancos de nieve no había mucho sol tampoco.

Melody observó las habitaciones cerradas del corredor y notó que Beth se detenía en una.

—Supongo que es esta—dijo—y sin más abrió la puerta.

—¿No está cerrada? —preguntó la joven.

—Ahora están abiertas porque es la hora de el aseo y deben ser ventiladas, al mediodía cierran todo este piso así que debemos apurarnos.

—¿Y por qué cierran todo? —preguntó Melody.

—Verá, los criados piensan que aquí moran espíritus que estas habitaciones están encantadas. Son tonterías, no tema... no hay nada aquí, se lo aseguro. A veces he tenido que asear alguna habitación pues las mucamas de Craven no son suficientes a veces... y nunca he

visto nada—respondió Beth muy convencida.

Cuando entraron a la habitación Melody notó que todo estaba perfectamente ordenado: la cama en el centro, una cama inmensa con dosel y luego la alfombra roja estaba nueva al igual que los coloridos tapices con motivos medievales que adornaban la pared. Avanzó y vio retratos de una bella dama con vestido blanco y al verlo de cerca escuchó la voz de Beth.

—Ella era mi señora, lady Annabelle, la esposa del conde—dijo.

Melody comprendió que acababa de caer en una trampa y se detuvo en seco mientras contemplaba el retrato.

Era una dama hermosa, rubia, de grandes ojos azules, pero no sonreía, había un gesto en sus labios de reticencia, aprensión... estaba allí con su traje de novia y con el fondo de Craven de lejos.

—¿Ella era la esposa de sir Kendall?

Beth sonreía mirando a su antigua señora con pena y adoración.

—Sí, lady Annabelle de Gray... Era muy hermosa, pero no estaba hecha para el matrimonio. No tenía salud. ¿se ha dado cuenta lo delgada y pequeña que es?

—No se ve tan delgada ni...

—Ah... eso es porque el pintor quiso hacerla más importante, es decir, los pintores hacen esas cosas. para resaltar la belleza de lady Annabelle la pintó en primer plano con la mansión de fondo. Y el bosque, pero si la mira con fijeza, si observa a la dama retratada descubrirá que está asustada, ¿no cree?

Melody tragó saliva y pensó que no era correcto estar allí pero ya era tarde.

—¿Por qué tenía miedo, Beth? ¿A qué le temía? —preguntó sin poder evitarlo.

La doncella la miró y parpadeó y luego escondió la mirada.

—A la casa y a sus fantasmas, supongo. Escuchó una leyenda que la asustó mucho... me

habló de ello un día y yo traté de serenarla, pero no sé si lo conseguí.

—¿Cuál leyenda, Beth?

—Son tonterías... pero aquí hay leyendas de fantasmas y ella decía ver a una novia de Craven. A la joven que se lanzó por la habitación más alta porque su marido era un bruto y la hacía muy desdichada. Pero eso pasó en los tiempos de los Tudor, ¿sabe? Fue hace mucho tiempo.

—El fantasma de una novia... qué terrible.

—Sí, pero no es más que una historia, como las demás. Yo trataba de que ella no se dejara impresionar por esas leyendas, pero lo cierto que era como si esta casa... entonces vivía la anciana lady Catherine.

—¿Quién era esa dama?

—Era la madre del actual conde. La pobre no estaba muy bien de la cabeza, nunca fue muy normal y por eso...sospecho que disfrutaba atormentando a mi señora. Trataba de quitársela de encima y al final bueno, tuvo un accidente y falleció. Y luego la paz llegó a Craven... el señor quedó afectado un tiempo. Pero mi señora estaba más tranquila porque la anciana le llenaba la cabeza con tonterías como si disfrutara asustándola. Ella era muy joven cuando se casó, no estaba preparada para el matrimonio. Ni tenía mucha salud...

—Pero su esposo la adoraba, ¿no es así?

Lisbeth guardó silencio.

—La quería sí, no sé si su amor llegaba a la adoración. Todos dicen que él mira su retrato y que la ama en silencio, pero estoy seguro de que terminará buscándose una esposa. Este lugar se ve muy vacío sin una señora, sin niños... solo en primavera llegan parientes y amigos del conde y Craven se anima un poco. pero el invierno es la época más dura. Y él es todo un caballero, señorita, un buen hombre, necesita una mujer que cuide de él.

Melody dejó de escuchar a Beth quejarse de que Craven era un lugar desolado cuando

llegaba el frío al ver algo que llamó su atención: una cuna de madera con mantas en color blanco.

—Era la cuna del bebé, no vivió mucho ¿sabe?

Ella se estremeció al comprender que se refería al hijo del conde y su esposa.

—Un angelito rubio y adorable, no lloraba... eso no era bueno dijo la partera... supongo que ella ya sabía que el niño estaba débil.

Melody se alejó y de pronto exasperada abrió las cortinas para iluminar mejor la habitación y lanzó un grito pues le pareció ver a alguien allí, una sombra, un fantasma.

—Señorita, no grite por favor o sabrán que estamos aquí—dijo Beth.

Ella la miró molesta.

—Beth, este lugar es un santuario, están aquí todas las pertenencias de la esposa muerta, su retrato, la cuna, sus vestidos...

La criada asintió sin mostrar ningún remordimiento.

—¿Por qué me has traído aquí, Beth? Este lugar me da escalofríos.

—Bueno, usted quería conocer las habitaciones encantadas, ¿no es así? Y yo quería que viera que aquí nadie entra, solo el conde a veces para ver el retrato de su esposa. Aunque ya no lo hace como antes—respondió.

—Será mejor que me vaya, Beth, no quiero que me descubran aquí.

Estaba molesta, no le agradaba irrumpir en santuarios de esposas muertas. Ella no era nada del conde, ni de Craven, era solo una huésped que se iría en un tiempo.

Pero rayos, se moría de curiosidad y de pronto se detuvo al llegar a la puerta.

—¿Y por qué oí voces desde aquí y risas?

—Señorita, quizás solo era un sueño. Esta habitación permanece siempre cerrada. A lo mejor escuchó pasos sí, pero risas...

—Eran voces, luego risas y estaba despierta.

—Vaya, es extraño... pero no se deje asustar, todo ha de tener una explicación, se lo aseguro. Tal vez una pareja de criados vino a una de estas habitaciones a retozar.

Esa respuesta hizo ruborizar a Melody. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Realmente eran tan salvajes en Craven?

—Eso es muy inapropiado y atrevido.

—Pues lo siento, pero he visto cosas en esa mansión en los años que llevo aquí, cosas que no deberían suceder pero que el ama de llaves obliga a todos a callar—suspiró—solo puedo asegurarle que no son fantasmas, señorita. Y que el ama de llaves bebe un tónico que la hace dormir como una piedra, algo que los criados aquí saben aprovechar muy bien... hace tiempo un criado de aquí me quiso invitar luego de cortejarme. Quiso traerme aquí para conversar. Ni que fuera tonta, sabía lo que tramaba y le dije que no... así que sé de lo que hablo. Otras dicen que sí y luego terminan en la calle y con un bebé en la barriga. Porque la señora Emerson no admite el libertinaje, ni que una doncella quede preñada sin estar casada. Ha echado a muchas por esa razón.

—Oh, vaya... conoces muy bien Craven y sus secretos, Beth.

No era un halago hecho al azar, quería que le contara más, quería saber desde cuándo había llegado a Craven. ¿Habría nacido allí?

—Es verdad, sé muchos secretos, señorita... pero tenga cuidado. He visto cómo la miran los criados y al ser usted una huésped de nuestro amo la respetan, pero eso no significa que no intenten... cierre usted siempre su puerta con llave o eche los cerrojos. Porque en la noche esos hombres se transforman y salen de cacería. Necesitan cazar, y las mujeres son presas para ellos. Deben satisfacer esa asquerosa necesidad.

Ahora sí que la había asustado.

—Pensé que estaba a salvo aquí.

—Ninguna dama hermosa está a salvo aquí, señorita, y el señor la mira con deseo.

Supongo que lo ha notado.

Melody pensó que esa criada había llegado demasiado lejos.

—Eso es una osadía, Beth—la retó.

Ella sonrió con gesto desafiante.

—Es la verdad. Usted le gusta, la desea, todos lo notaron y no es para menos. Es una señorita guapa y sana pero el señor no puede casarse con usted y eso debe saberlo.

—¿Por qué sacas esas conclusiones, Beth? ¿Qué te hace pensar...?

—Solo quiero avisarle, porque sé que es una señorita de buena familia y se guarda para su marido, como todas y no querrá que... él solo ama a su esposa, aunque esté muerta, la adora en silencio y ha jurado el día de su muerte, sobre su tumba que nunca más volvería a casarse.

Melody se sintió muy incómoda con esa conversación.

—Creo que debo regresar a mi habitación, Beth, no quiero que descubran que estuve aquí... pensarán que estoy husmeando y no soy más que una huésped—se quejó.

Estaba furiosa pues no tardó en comprender que Beth la había llevado al santuario de la difunta esposa del conde y luego le había hecho una advertencia... como si ella tuviera pretensiones con su señoría.

Apuró el paso y solo deseó llegar y encerrarse. Vaya paseo le había dado su criada.

—Bueno, ahora ya lo sabe, señorita, tenga cuidado y cierre bien la puerta—le dijo antes de despedirse.

No vio ni asomo de culpa en Beth, nada, y Melody decidió guardar silencio.

La nieve avanzó, tanto que en los días siguientes hubo una tormenta que los dejó aislados por completo.

Melody miró por la ventana de su habitación y sonrió satisfecha.

Ahora no habría intrusos en la mansión. No habría malvados dispuestos a delatar su presencia allí ni tampoco podrían encontrarla.

Se miró en el espejo y suspiró.

Empezaba a odiar esos vestidos apretados e incómodos y fue a buscar en el placar donde la hermana del conde escondía vestidos “pasados de moda” para la señorita Rosalie que era una mimada o la imaginaba así, todos eran vestidos pasados de moda, pero Melody pensaba que eran vestidos bonitos y lujosos.

No se sintió cómoda hurgando como si fuera una ladrona o una entrometida, sabía que era un descaro de su parte, pero lo hizo por necesidad. No quería presentarse al almuerzo ni a la cena con ropa que no era de su talla y mientras buscaba encontró algo escondido.

Una especie de libro o diario... su prima Hester se había encaprichado con que su madre le comprara uno de esos diarios para anotar sus memorias. Pues una verdadera señorita educada tenía uno, estaban de moda y a ella le encantaba escribir y dibujar además de leer. Y al parecer tenía muchas cosas importantes que contar sobre su monótona vida en el campo. Ella en cambio nunca había tenido un diario. Lo consideraba una completa tontería. Escribir cosas que alguien pudiera luego leer la espantaba, además era perezosa para escribir cartas, mucho más para ponerse a escribir un diario entero. Su prima en cambio pasaba horas haciendo pequeñas anotaciones y se entretenía mucho con ello.

Sin embargo, el diario que tenía en sus manos era más antiguo y lujoso, tenía tapas doradas y en su interior había muchas páginas escritas en una letra bonita y pintoresca.

Qué bonita letra tiene Rosalie” pensó cuando de pronto leyó una frase que la dejó helada.

“Odio vivir en Craven, Craven es una horrible prisión para mí. Sé que no debo escribir esto... pero echo tanto de menos mi hogar en Norfolk, este lugar es tan inhóspito.”

¿Rosalie odiaba vivir en Craven?

Luego hablaba de su esposo, su esposo no la llevaba a Londres como ella añoraba y

también decía que le había hecho una escena de celos...

“Anoche estuvieron sus amigos de Londres. Son tan alegres... también estuvo mi prima y su esposo. Sentí que el aire sombrío de Craven cambiaba, que no estaba esa maligna presencia y era feliz...”

¿Maligna presencia?

Tragó saliva al leer otras páginas pues comprendió que la autora de ese diario no era la hermana del conde.

Tampoco era correcto que leyera su diario, pero...

Miró la tapa del diario y tragó saliva al ver que ese diario no era de Rosalie. ¿Quién era Annabelle de Gray?

Tembló al comprender que se trataba de la esposa muerta del conde y el diario cayó de sus manos como si estuviera profanando algo sagrado.

El sonido la crispó y luego le pareció oír pasos. Tenía que esconder lo que acababa de encontrar. Y cuanto antes.

Guardó el diario en su placar y lo escondió entre las blusas como si quisiera ponerlo a salvo. No era correcto, pero ahora debía esconderlo para que nadie lo encontrara ni supiera que ella lo tenía en su poder.

Se acercó a la puerta sigilosa y encontró a la criada rubia de ojos saltones que iba a llevarle la bandeja del desayuno.

—Necesito arreglar estos vestidos, Lisbeth, todos me quedan apretados y largos. Muy largos. Supongo que habrá una costurera en la mansión.

La doncella la miró sorprendida pero luego comprendió que tenía razón.

—Sí, hay una modista que realiza costuras a veces, le pediré ayuda, pero ahora debe desayunar. Hace mucho frío aquí... ¿es que nadie le ha encendido la chimenea, señorita? —

preguntó luego espantada.

Melody jamás se quejaba, y si notaba la habitación helada se cubría con una pelliza y no decía nada. Pero ese día nieve de los alrededores parecía penetrar en los muros de piedra de Craven house y de pronto notó que su cuarto estaba helado.

—Es verdad... hace frío—confesó.

Lisbeth se acercó a la chimenea y notó que tampoco habían dejado leña.

—¡Qué descuidada es la mucama! Debió dejarle la chimenea prendida esta mañana—dijo
—No se preocupe, señorita, usted desayune que pediré que le traigan leña.

La doncella llamó a otra criada para que le encendieran la chimenea.

Melody siguió todos sus movimientos mientras pensaba en el diario.

Alguien le había dicho que el conde estuvo casado y el amigo de Kendall le advirtió que solo había amado a su esposa y nunca más volvería a casarse. Como si pensara que ella era una oportunista...

Pero en ese diario vio tristeza, rabia y a una mujer que no parecía feliz con su matrimonio.

Ardía de deseos de saber por qué. Unas simples líneas la habían intrigado, pero ahora no podía. Debía terminarse el desayuno y esperar a la modista.

Tenía apetito, mucho apetito. Es que había cenado poco la noche anterior y hacía frío. Devoró los panecillos, el queso fresco y los huevos duros y mordisqueó el resto del beicon mientras bebía sorbos de té con crema. El té caliente le dio calor y se sirvió otra taza sin esperar a la doncella.

La modista llegó a media mañana para tomarle las medidas. La señora Bells era una mujer rolliza de mirada despierta que enseguida tomó sus medidas y anotó todo en una pequeña libreta.

Luego midió los vestidos que ella apartó y comparó las medidas.

—Señorita Davenport, necesita vestidos nuevos, estos no son de su talla... tengo telas en el baúl, telas que la señorita Rosalie nunca usó. Podría confeccionarle vestidos abrigados con sus medidas, si el conde lo autoriza.

—Oh no es necesario—la joven se sintió abrumada.

—Pues no puede ir con esos vestidos ajustados, usted no necesita corsé señorita y esos vestidos apretados no son buenos para una jovencita que ha sufrido un accidente.

Melody no protestó, pensó que necesitaba vestidos nuevos, pero no quería causar gastos ni que pensaran que se estaba dando aires de señora de la mansión.

Pero cuando la modista llegó media hora después cargando el baúl con las telas para que ella escogiera la que fuera de su agrado, miró todo deslumbrada porque las telas eran finas, de colores pálidos, terciopelos, sedas... hacía tanto tiempo que no tenía un vestido nuevo. Esas telas era una caricia a su cuerpo malherido que nunca había tenido en él fibras tan nobles y hermosas.

—Bueno, aquí están todas, escoja las que más sean de su agrado, el conde me ha rogado que le haga vestidos nuevos para el invierno—declaró.

Melody miró las telas, emocionada.

—Son tan hermosas—balbuceó y tocó los terciopelos en tono beige, azul, colores pastel tan bonitos y finos. Sedas, encajes. Lazos, telas bordadas a mano. Había de todo.

—Necesitará un guardarropa nuevo, señorita, si se quedará aquí a pasar el invierno estos vestidos no se ven abrigados, además algunos están muy gastados. —dijo la modista. —Necesitaría vestidos ligeros para llevar debajo, camisas y enaguas y un ligero corsé para que el vestido quedara más fino— agregó la mujer que con entusiasmo comenzó a cortar de aquí a allá mientras se llevaba vestidos de la señorita Rosalie que eran de entre casa para reformar. Solo pudo rescatar cuatro.

—Solo me quedaré hasta el mes próximo, señora Bells, luego iré a ayudar a las tías del

conde—se apuró a explicar.

La modista no dijo nada porque pensó que eso no era de su incumbencia. El señor conde la había autorizado a confeccionar todos los vestidos que la señorita necesitara sin escatimar en gastos y también le ordenó que le comprara botas nuevas y zapatos ligeros. El caballero pensó que era un descuido por dejar a su huésped tanto tiempo con la ropa de su hermana que no era su talla.

Una semana después, luego de probarse los vestidos y realizar los ajustes, Melody recibió con júbilo los vestidos nuevos, dos azules, uno color malva su color favorito y uno color crema que era bello y delicado, con encajes y un escote elaborado que la hacían ver bella y elegante.

Se sonrojó cuando esa noche se presentó ante el conde con uno de los vestidos nuevo luego de que Lisbeth la ayudara con el peinado.

Pensó que estaba harta de lucir vestidos que no eran suyos, al fin tenía algo bonito y nuevo, hacía tanto que no llevaba vestidos así...

Luego se preguntó si él pensaría que ella intentaba coquetearle.

Ese pensamiento se le ocurrió luego al sentir su mirada de sorpresa en el comedor.

—Señorita Davenport, se ve muy hermosa—le dijo.

Ella se sonrojó y aceptó que la ayudara a sentarse a su derecha. No había más invitados, esos días estaban solos, aunque solo veía al caballero en algunas ocasiones. A veces decidía cenar o almorzar en sus aposentos.

—Gracias, milord.

—Espero que se sienta a gusto aquí... aunque imagino que ha de echar de menos a su familia.

Ella sintió que temblaba.

Pensó de nuevo en ese joven haciéndole preguntas, si acaso había escuchado.

—Un poco, tal vez...—reconoció.

—Entiendo, olvide lo que le dije. Por favor, coma, la comida se enfría.

Tenía razón, ya estaba temblando al pensar en su “familia” y en que alguien descubriera la verdad.

Entonces mencionó su próximo trabajo y quiso saber dónde vivían sus tías el conde se puso tenso. Su mirada cambió.

—Viven en un cottage en el campo, señorita, son dos damas encantadoras que no le darán ningún trabajo. Pero por favor hableme de usted, siempre evita hablarme de su infancia, de su familia.

Melody se sonrojó. No quería mentir, no quería fingir, él no lo merecía.

—Mi infancia fue algo triste... mi familia era muy pobre, según recuerdo sir—dijo sin faltar a la verdad.

—Oh de veras? Lo lamento, pero esa no es razón para no ser feliz.

Ella meditó en sus palabras.

—Supongo que tiene razón... mi madre murió hace años y mi padre volvió a casarse y ella no fue buena con nosotros. No nos quería. No veía la hora de entregarnos en matrimonio al primer caballero que se interesara como si fuéramos mercancía barata—se quejó.

Sintió rabia al hablar así. Como si estuviera en otra piel, en otra vida y pudiera sentir el mismo dolor, la ira... pero sabía que no había sido así. Rayos, nunca debió mencionar a los Davenport. ¿Por qué rayos lo hizo? Eran una familia importante. Quizás el conde intentaba probarla, intentaba saber si decía la verdad y ella acababa de decir una tontería.

—Lo siento mucho, señorita. Qué vida difícil debió tener—le dijo él conmovido por su historia. O quizás preocupado. —Lo lamento, debió echar mucho de menos a su madre.

—Sí, así fue... mis hermanas y yo tuvimos que cuidar de todos nuestros hermanos pequeños mientras mi padre luego de llorar como magdalena al poco tiempo volvió a casarse con una mujer más joven y muy mala.

—Oh cuánto lo siento.

—Era un tonto y estaba ciego o no le importaba nada de nosotros... era cruel con mis hermanitos y también conmigo, pero yo podía soportarlo porque era una de las hermanas más grandes.

El conde la miró con curiosidad y observó sus labios y sus ojos de una forma que la hizo sonrojar.

—Mi padre era un granjero pobre milord, no era Davenport... le mentí y lo lamento mucho, no quise hacerlo. Se lo juro.

Él sonrió levemente al oír su confesión.

Melody derramó unas lágrimas y contó el resto de su historia, de cómo su malvada madrastra la golpeaba y ella harta de su maltrato robó dinero de su padre y escapó con la ayuda de dos criados.

—¿Huía usted a dónde señorita? —le preguntó.

—Huía a Londres, huía de ser vendida a un caballero, como si fuera una cosa, una esclava... dijo que me haría su esposa, pero luego supe que mentía... él ya tenía esposa y además hablaba en secreto con mi madrastra, él le prometió mucho dinero y joyas y ella sonreía de forma perversa.

—Pero ¿cómo permitió eso su padre, señorita? —parecía algo horrorizado.

—Mi padre estaba dominado por esa malvada mujer.

—Si, eso suele pasar... su historia me recuerda a un cuento de Dickens.

Melody tembló al comprender que el conde no le creía.

—¿Un cuento de Dickens?

Él asintió y la miró con intensidad, sus ojos brillaban con una expresión de risa y astucia.

—Señorita, siempre supe que no era usted hija del señor Davenport porque los Davenport de Wesley Hill no tienen hijas mujeres, y tampoco creí la historia que me contó Francis antes de partir, sabía que era una nueva mentira... pero ahora su historia me recuerda a los cuentos tristes de Dickens.

—¿Un cuento de Dickens? ¿Quién es Dickens?

—Charles Dickens, un gran escritor que relata las vidas tristes de los miserables de nuestro mundo exponiendo de forma magistra. en sus cuentos algunas historias tan penosas que nos hacen reflexionar sobre las miserias de nuestro mundo que van más allá de lo material.

—No sé quién es Dickens, no estoy inventando, le juro que es la verdad. ¿Por qué mentiría?

—Porque lo hace con mucha facilidad, hasta cambia su voz y sus gestos... conocí a una joven que hacía eso en Londres. Era una actriz muy buena, una actriz de teatro que intentó engañarme, pero tengo un don especial para detectar la mentira. Puedo darme cuenta cuando una persona miente.

Esas palabras le cayeron como un cubo helado en el cuerpo y de pronto sintió deseos de llorar. Pensó que no debía decir una palabra más porque él no le creería una palabra.

—Bueno, entonces continúe con su historia, ¿a dónde se dirigía cuando escapó de su pérfida madrastra?

Ella tragó saliva y suspiró.

—Sir Kendall, lo siento, no he querido mentirle, odio hacerlo, pero no estoy preparada para decir la verdad. Todavía no... temo que algo muy malo suceda. Pero le aseguro que escapaba de un pretendiente malvado y en eso no he mentido.

—¿Vaya, entonces no fue vendida a un caballero?

—No.

—¿Y por qué me miente con tanta naturalidad? Eso me molesta. Se lo aseguro. Me enfada. Solo he querido cuidar de usted, ayudarla. Sé que es una dama en apuros o eso pensaba al comienzo pues solo una dama en apuros viajaría sin nada a la zona más helada del país, porque usted vino a Cumbria por algo.

Ella asintió.

—Lo imaginé... pero huía de su prometido de una boda forzada o de un esposo malvado?

—No tengo esposo, milord, nunca abandonaría a mi esposo. Pero sí necesito esconderme un tiempo aquí, se lo ruego... no hice nada malo. Pero hay un hombre que me matará si me encuentra.

Esas palabras fueron inesperadas.

—Vaya... creí que no tenía esposo.

—No es mi esposo, pero quisieron forzarme a una boda, me hicieron firmar un documento en el que prometía casarme con ese hombre que es muy malo milord. Horriblemente malo.

—Vaya... eso sí parece más creíble. Por eso está tan asustada. ¿Quién es ese hombre, señorita Davenport?

—No puedo decirle su nombre, todavía no... si él se entera que estoy aquí...

Su angustia era real, no fingía, la vio ponerse pálida de repente y vio tal aflicción en su mirada que se sintió mal.

—Lo siento, no quise asustarla, señorita.

—Abandoné a mi prometido, pero no es mi esposo, se lo juro, pero no lo hice por capricho, era un hombre cruel y solo quería mi herencia. Por eso escapé, estaba desesperada.

Sabía que mi padre estaba buscándome esposo hacía tiempo y él no se llama Davenport, es verdad, pero todavía no puedo decirle mi nombre. Se lo diré cuando el peligro haya pasado, se lo prometo milord. Se lo contaré todo—dijo nerviosa.

El caballero comprendió que era inútil insistir con preguntas, la joven estaba tan alterada que cambiaba el orden del relato y hasta repetía palabras, pero al menos pudo vislumbrar la verdad. Ella no se llamaba Davenport y había escapado de un hombre malvado por eso las extrañas pesadillas, y el terror que veía a veces en sus ojos.

—Está bien, comprendo. Disculpe que le hablara con cierta rudeza... es que no me agrada la mentira. Prefiero la verdad, por más cruda que sea... entiendo que no puede usted contarme ahora lo que le pasó, pero piense que si quiere mi protección deberá hacerlo pues quisiera saber de qué debo protegerla.

—Quisiera decirle, pero no estoy lista... siento tanto terror a veces. Pero sé que aquí estoy a salvo pues estoy muy lejos de mi hogar.

—Usted es sureña, señorita, es del sur...

Ella asintió, pero no dijo más. Esa conversación la había dejado muy afectada.

—Lamento haberle mentado, no es verdad que tenga madrastra, mi padre era viudo y yo su única hija. No podía dejarme toda su herencia, pero sí puso a mi nombre unas tierras y propiedades que ese hombre codiciaba. Y no puedo decirle más que eso.

—Y por qué se fue tan lejos?

—Porque sabía que él jamás me encontraría y por eso me vestí de campesina, aunque luego supe que eso era una desventaja pues los bandidos respetan mucho menos a las mujeres pobres... pero ya era tarde, lo había planeado todo y debía seguir adelante con mi plan. Vine aquí a buscar a mis tías olvidando que eran dos ancianas y cuando llegué habían muerto milord. No estaban en su casa y me sentí desolada. Tenía que volver sobre mis pasos, pero el tiempo se volvió helado, la nieve lo cubría todo... nieve en diciembre, solo aquí supongo. Pero vi Craven a

la distancia y le dije a mis sirvientes que debíamos pedir ayuda o moriríamos enterrados en la nieve. Los caballos apenas podían avanzar con el pesado carruaje. No me escucharon, había una horrible ventisca y entonces... el accidente fue inevitable.

Melody suspiró.

Él la miró consternado.

—¿Por eso sufre pesadillas? ¿Teme que él la encuentre?

La jovencita asintió y entonces él notó su miedo, su terror y no pudo apartar sus ojos de los suyos.

—No tema, no permitiré que ese malvado le haga daño. Debió decírmelo antes... sé que estaba asustada pero la verdad es siempre mejor que la mentira.

Melody comenzó a secar las lágrimas que caían sin cesar y él le ofreció su pañuelo.

—Quisiera retirarme milord. Estoy algo cansada hoy—le dijo.

—Por supuesto, señorita Melody. Puede irse a descansar.

La joven estaba temblando al comprender que acababa de confesar algo que la ponía en peligro. Se había jurado a sí misma que pasara lo que pasara no revelaría jamás qué la había impulsado a huir y ahora había hablado demasiado.

Si ese hombre la encontraba estaría perdida, la obligaría a volver y lo haría, aunque tuviera que llevársela a golpes, era un bruto.

No le gustaba mentir, pero habría preferido haber inventado algo más creíble y menos dramático para esconder la verdad.

No siempre se podía decir la verdad. Era muy sencillo para ese caballero vivir pegado a la honestidad, él no estaba atrapado en un matrimonio con un indeseable ni tenía que huir de un loco peligroso. Los hombres tenían siempre más libertad.

Al entrar en su habitación echó los cerrojos y hasta cerró la habitación de vestir.

Tenía la inquietante sensación que los criados de Craven tenían orejas muy grandes y siempre estaban allí como fantasmas, invisibles pero muy atentos a todo. Había notado que la vigilaban, y que alguno de ellos la miraba con lujuria. Eran atrevidos. Beth se lo había advertido. Eran atrevidos y lascivos y necesitaban satisfacer esa necesidad...

Pero no creía que fueran tan atrevidos de intentar meterse en su habitación.

Rezó en silencio, no les temía a los fantasmas de Craven sino a ese demonio que debía estar furioso siguiendo sus pasos por cada confín...

Solo la nieve y la mansión la pondrían a salvo y debía hacer lo que fuera necesario para quedarse hasta pasar el invierno. Porque sabía que nadie se atrevería a llegar allí esos días. Hacía tres semanas que estaba en Craven y en esos días la nieve había empeorado dejándolos aislados. Era todo cuanto quería. Era todo cuanto necesitaba...

Luego lloró al recordar sus palabras acusándola de mentirosa.

Estaba molesto y quería saber la verdad, quería que le dijera de quién debía protegerla. ¿Pero cómo sabía que él la protegería si se enteraba del nombre de su prometido?

Los días siguientes fueron muy extraños.

Sentía que todos la vigilaban y que en la noche su puerta era cerrada con llave. Eso no le disgustaba, pero le sorprendía y cuando le preguntó a Beth ella se encogió de hombros y dijo que eran órdenes del señor de Grey.

—Es por su bien, señorita. ¿Ha vuelto a oír sonidos extraños en la noche?

—No... he estado durmiendo como un lirón—le confesó.

Eso no era del todo cierto, pero ya no confiaba mucho en esa doncella, no sabía si era leal o solo amable y servicial. Había notado un cambio en ella. Además, estaba el asunto de que la llevó a la habitación de la antigua esposa del conde, aunque ella seguía conversadora como antes, procuraba no darle conversación.

—Señorita, debería abrigarse, hoy hará mucho frío o eso dijo el mayordomo. La nieve avanza demasiado y esa ventisca... temen que se convierta en una tormenta.

Eso le interesó de inmediato.

—¿Una tormenta? Eso nos dejará aislados.

—Eso sucede siempre en el invierno, señorita, por eso tenemos las alacenas llenas de conservas y comida en abundancia. Pero a veces es necesario ir al pueblo a comprar provisiones. Creo que hoy irán antes de que la nieve se haga insoportable.

Melody no sintió deseos de pasear ese día, ni siquiera por la casa. Había tenido sueños extraños y le daba hasta miedo salir de su habitación.

Y cuando la doncella se marchó se acercó a la ventana para ver el paisaje nevado como hacía todos los días.

Mientras contemplaba la nieve recordó algo y fue hasta el placar para ver el diario de Annabelle. Lo había dejado allí y lo había olvidado por completo, pero cuando lo encontró pensó que no era correcto leerlo. Eran asuntos privados, asuntos de familia. Nunca debió tomarlo ni esconderlo, pero quería saber, era como si ese diario la llamara...

Pero cuando lo tuvo en sus manos miró a su alrededor y luego lo cerró y guardó con prisa. No debía leerlo, era desleal, era querer meter las narices donde no debía. Era ingrato y además denotaba una gran falta de modales.

Mejor dejarlo allí, escondido.

Pero la tentación fue más fuerte y lo tomó y abrió una página al azar:

“Querido diario, hace días que no escribo. Es que no me he sentido bien. Creo que he pescado una gripe y sir Kendall está molesto. Su madre me dijo que él odia a las mujeres enfermizas” ...

Vaya, qué suegra tan gentil.

“A veces creo que es esta casa que me enferma, jamás he sido una joven enfermiza, pero ella dice que es porque soy muy delgada y pequeña”.

Por supuesto, ella prefería a esa joven de cuello de pato y caderas redondas, la encantadora señorita Brittany Wellington. Pero a Kendall le desagradaba por ser tan redonda y, además, no la encontraba guapa para nada. Su madre en cambio la encontraba tan adorable y no dejaba de decir que Brittany acababa de dar a luz un robusto varón a su esposo y que él estaba muy contento con ella. Quizás pensara que Craven estaría lleno de niños gordos si se hubiera casado con la esposa correcta.

Él me ama, sé que me ama, pero... solo cuando mis suegros se marchan me siento a salvo.

Pero esta casa tiene algo maligno, puedo sentirlo. Algo perverso.

Cuando le pregunté a lady Catherine en un momento de estúpida debilidad ella se rio en mi cara. Le encanta reírse de las cosas que digo. Supongo que piensa que soy una esposa tonta y debilucha y que su hijo escogió mal....

Pero algo hizo que hablara y dijera algo de la maldición.

“Tal vez sea la novia de Craven” me confesó lady Catherine y se puso seria. Como si todo ese asunto no le hiciera gracia. La vi ponerse tensa en un momento lo que despertó mi curiosidad.

—Quién es la novia de Craven? —le pregunté enseguida.

Lady Catherine apartó la mirada y guardó silencio.

—No es bueno que hable de ella, trae mala suerte a las novias de Craven... además son tonterías. Leyendas que inventan los criados y campesinos del lugar. Hubo un hombre en mi familia que inventaba cuentos, escribía cuentos y luego todos dijeron que esas historias eran de fantasmas de la mansión... qué tontería.

Me di cuenta de que mi suegra intentaba tranquilizarme porque sabe que sufro de los

nervios y que cualquier cosa me altera. Pero no descansaré hasta saber quién es la novia de Craven”.

De pronto sintió pasos y guardó el diario al instante.

Pero el asunto de la novia la hizo pensar que algo sucedía en Craven.

¿O era la propia suegra que odiaba a su nuera y trataba de asustarla contándole historias de antiguas novias que fallecieron de forma trágica?

De pronto recordó que Lisbeth le había contado algo de una novia que se había tirado desde lo alto de la mansión.

La susodicha entró para avisarle que el señor la esperaba para almorzar pues había visitas.

—¿Visitas?

Tembló al pensar que tenían visitas. Eso no era bueno...

—Oh ¿qué le sucede señorita Davenport? Parece que ha visto al diablo.

—¿Qué visitas son esas, Lisbeth? ¿Quiénes son?

—Son parientes del conde, señorita, un primo y su esposa y la señorita Rosalie con su marido. Quiero decir, la señora Rosalie.

—¿Te refieres a la hermana del conde?

—Así es.

—Pero he ocupado su habitación y usé sus vestidos.

—Eso no tiene importancia, lady Rosalie es muy alegre y nada mezquina. Además, ella vive en un lugar hermoso con su esposo, ¿por qué le importaría que usted usara su habitación?

—Pero tal vez le moleste mi presencia.

—A nadie le molestará, pero lo correcto es que sea presentada. No le parece.? O creerán que hay un fantasma escondido aquí. Por favor, señorita, venga conmigo, la ayudaré a cambiarse.

No puede ir a un almuerzo con un vestido de media mañana.

Melody dejó que la ayudara a cambiarse y a escoger un vestido bonito, elegante pero luego al verse al espejo sintió su mirada.

—¿Señorita Davenport, se siente bien?

Siempre le hacía halagos luego de cepillar su larga cabellera castaña con reflejos cobrizos, pero en esos momentos se dio cuenta que algo le pasaba.

—Estoy mareada, Beth... me duele mucho aquí...

Lisbeth la había mirado antes cuando la ayudó a desnudarse y comprendió que algo le pasaba.

—¿Señorita, está usted esperando un bebé?

Melody se puso como la grana.

—No... eso no es posible. No tengo esposo.

La doncella sonrió.

—Pero sí ha tenido un amante, una vez sola alcanza y no crea que estoy retándola por eso.... Los hombres tienen lo que desea de una mujer por las buenas o por las malas. Son unos malditos cerdos.

Melody tragó saliva.

—No es lo que crees... nunca he dejado que un hombre... pero me duele aquí. Creo que tengo la regla ahora... es horrible cuando me pasa. Me duele mucho.

—Bueno, si es la regla no está preñada. Eso es bueno—le dijo la doncella con impertinencia.

—Por favor, traedme compresas...

La doncella obedeció y ella sintió que su amiga de todos los meses no podía llegar en mejor hora.

Le dolía la cabeza y se sentía enferma. Quizás exageraba un poco, pero insistió en que debía descansar y no podía presentarse al almuerzo.

—Pero señorita Melody, no puedo decirle eso a sir Kendall. Es vergonzoso.

—No tienes que decirle la verdad, Lisbeth, solo dile que me encuentro indispuesta y con eso entenderá que no puedo estar presente. Pero intentaré acompañarlos en la cena.

La doncella obedeció nada contenta.

No pensó que los nuevos huéspedes tenían intención de quedarse días.

Esperaba que se fueran en menos de una semana.

Pero no fue así y finalmente tuvo que salir de su escondite y presentarse para que todos conocieran a la huésped fantasma.

Ese día entró en el comedor nerviosa, con los nervios a flor de piel, pero vestida con mucha elegancia un vestido color pastel que resaltaba su cabello y sus ojos.

Sus ojos la buscaron, hacía días que no la veía y verla de repente... el conde le sonrió y la miró con intensidad. Estaba muy guapo con su traje gris oscuro y la impecable camisa blanca con el chaleco y el pañuelo de seda atado al cuello, los pantalones justos de montar y las botas de caña negras. Era un hombre elegante y alto, fuerte, y su rostro irradiaba tanta fuerza, virilidad, tanta vida... no era un hombre para estar solo, sin los cuidados de una esposa.

Tan atontada estaba mirándolo que no notó que se le había acercado una joven alta y pelirroja para saludarla.

—Vaya. tú debes ser Melody Davenport—dijo y le sonrió.

Alta, delgada y pelirroja era lady Rosalie Templaron, la hermana del conde y a su lado estaba su esposo. Sir Edward, un hombre callado y de cabello espeso, con una poblada barba oscura. Sonrió amable.

El conde se acercó para hacer las presentaciones, pero Melody saludó a todos sintiéndose insegura y nerviosa. Tuvo además la sensación de que los presentes estaban sorprendidos y molestos de que ella estuviera allí.

—Señorita Davenport... su apellido me es familiar pero no logro recordar—dijo Rosalie.

Eso la puso tensa. Luego la mirada de los primos del conde sobre ella, todo el tiempo. Eran tres y habían ido porque su carruaje se había atascado en la nieve. Así que todos allí podrían quedarse por tiempo indefinido.

Pero tenía que conversar y mostrar modales. No tenía otra opción y aceptó dar un paseo con Rosalie luego del almuerzo.

Parecía una dama simpática, más alta de lo que había imaginado y no se parecía en nada a su hermano. Habló de trivialidades mientras se alejaban del comedor hasta que al llegar al invernadero se detuvo y la miró con fijeza.

—Entonces tuvo usted un accidente en navidad? —le preguntó.

—Así es...

Tuvo que contarle, porque la joven quería saber.

—Pero ya ha pasado un mes desde navidad. ¿Por qué no ha vuelto a su casa, señorita? ¿Es que no ha recuperado la memoria?

Melody tragó saliva.

—He estado muy grave y a veces sufro dolores de cabeza.

Parecía estar diciéndole que era hora de que se fuera.

—Pero me iré en cuanto los caminos se despejen...

—Y dónde vive usted? Porque mi hermano evitó responder esa pregunta.

—Es que estaba de viaje cuando sufrí el accidente y debo ir a ver a mis tías de Cumbria.

Ella sonrió.

—Vaya, al parecer mi hermano ha encontrado una joven que le interesa... la felicito. Temía que mi hermano se convertiría en un solterón.

Melody se puso colorada.

—No entiendo por qué cree...

—Oh, claro que entiende. Es usted una joven bella y muy astuta. Una auténtica tentación para él. He notado cómo la mira, y cómo lo mira usted. ¿No soy tonta, sabe? Pero antes debemos conocerla un poco más y saber si es digna de convertirse en la dama de esta mansión. —dijo y ya no sonreía, la miraba con cierta desconfianza.

Luego dijo que quería recorrer la casa y de pronto quiso ir a su antigua habitación. Melody no pudo negarse, pues lady Rosalie se adelantó pues era larga y muy ágil y tuvo la sensación de que quería cerciorarse de que todo estuviera bien allí.

Pero nada más entrar lanzó una exclamación y la miró furiosa.

—¿Qué rayos ha pasado aquí? ¿Han cambiado los muebles... y mi ropa... dónde están mis vestidos?

—Su hermano me cedió su habitación, señorita, para que pudiera usar sus vestidos.

Al ver su cara pecosa adquirir una expresión de enfado supo que eso no le hacía ni pizca de gracia. Y notó que recorría la habitación revisando algunas cosas y de pronto se detuvo en un mueble antiguo y abrió todos los cajones como si buscara algo.

Luego lanzó un hondo suspiro.

—Olvidé llevarme mi diario y mis cartas. Qué horror... aunque en realidad no sé si deba llevármelas...

La miró con gesto torvo y luego vio cómo lanzaba todo al fuego.

—Tenía que hacerlo, es mejor así—dijo como disculpándose.

—Lady Rosalie, no tiene que pensar que... le juro que solo tomé prestado sus vestidos,

no he tocado nada de la habitación—dijo Melody.

Ella al miró y se rio.

—Eres muy inocente muchacha. No tienes ni idea... pero supongo que es porque nunca has tenido un marido. Los maridos son celosos y posesivos. Y no quiero que lea mis cartas ni mi diario. Es mi vida... en fin. Ya está. Mi vida de soltera ahora se ha convertido en cenizas al viento...

El grueso diario se quemó y luego las cartas y sí, todo quedó convertido en cenizas.

Luego de eso dijo que tenía cosas que hacer y se marchó.

Melody se sintió abandonada de repente y también reprendida. Una completa intrusa en una casa que no era suya y en una habitación cuya dueña estaba allí haciendo preguntas a tal punto que no sabía si le agradaba o, por el contrario, la encontraba inadecuada.

La presencia de visitas la dejó crispada durante días, molesta, incómoda.

Melody se había acostumbrado a estar a solas con el conde y se sentía irritable, tanto que siempre que podía fingía estar indispuesta para no participar de la cena o el almuerzo. Aunque fuera descortés.

Pero esa noche debía ir, Lisbeth le dio un mensaje del conde.

“Señorita le ruego que asista a la cena de esta noche, es especial para mi hermana pues es su cumpleaños”.

—¿Es el cumpleaños de Rosalie?

—Así es, señorita Davenport.

No estaba de humor para ir a fiestas.

—No le agrada lady Rosalie ¿verdad? —le preguntó Lisbeth.

—Ella me agrada, Beth, soy yo quien no le agrado.

—Bueno, es algo celosa de su hermano, siempre lo ha sido... tampoco trataba muy bien a mi pobre señora lady Annabelle. —Pero no es malvada, solo tiene la lengua algo mordaz.

Lisbeth decía lo que pensaba sin pensar si eso era correcto.

—¿Sabes hasta cuándo se quedarán todos?

—Oh no se preocupe señorita, se irán pronto. Están todos muy aburridos, no dejan de quejarse de que la casa es muy fría.

Eso fue un consuelo para Melody que sentía que no la miraban con buenos ojos, y que cada vez que aparecía se hacía un incómodo silencio.

Ahora debía ir a la fiesta de Rosalie.

—¿Harán una fiesta? —preguntó desalentada.

—No... solo una cena, un pequeño banquete y ella tocará el piano o será la esposa del primo Alfred, lady Anne...

La joven se acercó al placar y recordó la extraña escena de Rosalie del otro día al echar a la chimenea encendida las cartas y su diario. Tuvo la sensación de que escondía algo o que pensó que ella había estado leyendo sus cartas. Cuando éstas se encontraban en una caja en lo alto de ese mueble.

—Aguarde, la ayudaré a escoger un vestido bonito —dijo su doncella.

Mel aceptó pues no se sentía de ánimo para fiestas.

Pero no quería presentarse con un vestido común.

De pronto encontró uno color malva que era hermoso y que nunca había usado.

Lo había guardado para una ocasión especial.

Era una fiesta de cumpleaños y quería que él la viera guapa.

Fue a las cinco, era la hora en que debía estar allí con el cabello atado en un moño con un broche de perlas que quizás perteneciera a Lady Rosalie.

Pero al llegar al comedor notó que este se encontraba silencioso y vacío, como si todos se hubieran marchado o... quizás había ido antes de la hora señalada. ¿Se habría equivocado Beth?

Miró a su alrededor y solo notó la gran estufa del comedor encendida y la larga mesa puesta con la platería y las velas estaban encendidas, pero nadie había llegado.

Tampoco vio a ningún sirviente y se preguntó por qué hasta que escuchó voces...

A lo mejor se habían reunido en otra sala y estaban esperando la llegada de los demás huéspedes.

Se acercó intrigada sin hacer ruido pues escuchó una frase que la dejó crispada.

—¿Quién es la señorita Davenport, Kendall? Dímelo. ¿Es vuestra amiga especial? —dijo una voz femenina.

—Ya os conté su historia, ella está aquí como mi huésped y no es mi amiga especial, Rosie—respondió el conde molesto.

Era su hermana Rosalie, ¿quién más? Él la llamaba Rosie.

—Bueno, no te enfades, sé que te has vuelto un solitario y que necesitas una esposa... Una esposa que esté a la altura, no una chica pobre que seguramente habéis traído de Londres.

Melody sintió que se le subían los colores cuando dijo eso.

No podía verlos ni quería que notaran su presencia, pero esa conversación la hizo sentirse mal.

—Ya os dije que no es mi querida ni una huérfana que traje aquí por lástima.

—Oh vamos querido hermanito, vi como la miráis y cómo se pone ella al verte. Como una rosa. Pero no es decente, no es correcto que venga aquí, pudisteis llevarla al pabellón o a otro lugar.

—No tengo por qué esconder a la señorita Davenport, ella sufrió un accidente y se quedará el tiempo necesario. Creo que has olvidado que Craven me pertenece y soy el único que

puedo tomar las decisiones aquí.

—Pero le disteis mi habitación, mis vestidos... y nadie sabe nada de ella, nunca había oído su nombre, pero os aseguro que no es quien dice ser. Esconde algo. Pero como os tiene atrapado sois incapaz de verlo.

—¿Y qué esconde según tú?

—Pues nada bueno, eso es lo que pienso. Aunque te enfade te lo diré. ¿Acaso no has notado como se altera cada vez que alguien le hace una pregunta? Está nerviosa, asustada, como si temiera ser descubierta. Rayos, Ken, podría ser una ladrona y hay en esta propiedad infinidad de tesoros grandes y pequeños fáciles de robar.

—La señorita Melody no es una ladrona. Es una joven buena y educada, quizás no pertenezca a una familia importante, pero ...

—¿Y por qué está aquí? ¿Por qué no ha regresado con su familia? Ahora nuestros primos saben que hay una señorita aquí y sabes que eso no es decente, Kendall, no lo es. Pudisteis dejarla escondida, encerrada, sin que nadie supiera, pero vos... actuabais como si nada.

—Actué como debía hacerlo, con decencia. Déjame en paz. No hablaré más contigo de la señorita Rosalie.

—Vaya, os tiene muy atrapado... pero luego comenzarán los rumores y dirán que sois un libertino. Kendall, ¿cómo puedes estar tan ciego? Vas a arruinarte. ¿Es que no habéis pensado en nuestra familia? Todos murmuran sobre la misteriosa señorita y sacan conclusiones al respecto. Eso no es correcto. Todos están muy incómodos con esta situación.

Sir Kendall no respondió y escuchó pasos alejarse y Melody corrió a esconderse para que no la vieran, pero mientras lo hacía tropezó con el conde y deseó que la tierra la tragara. Él estaba furioso, pero al verla la atrapó y le dijo que no hiciera ruido con un gesto.

Rosalie pasó cerca echa una furia, pero no los vio.

—Lo siento milord, pasaba por aquí y oí voces...

Él la miró con intensidad.

—Soy yo quien debe disculparse por las palabras de mi hermana, no debió decir lo que dijo.

—No es su culpa, es que me avisaron del cumpleaños y... siento haberle causado vergüenza con sus familiares y que todos piensen que... creo que será mejor que regrese a mi habitación ahora.

—Aguarde por favor...

—Esto es vergonzoso para mí milord. Lo que dijo su hermana de mí... supongo que es lo que todos piensan de mí.

El caballero se puso muy serio y ella se deshizo lentamente de su abrazo.

—No es verdad... lo siento mucho. Nadie piensa eso de usted.

—Si hasta dijo que puedo ser una ladrona, milord. Dijo las peores cosas que pueden decirse de una desconocida. Al parecer no le he causado una buena impresión.

—Le pido mil disculpas señorita, lo siento mucho... yo no pienso eso de usted, lo juro.

Pero Melody se alejó con los ojos llenos de lágrimas y él no pudo detenerla.

Rosalie había dejado muy claro lo que pensaba de ella.

Estaba furiosa y se sentía horriblemente humillada al comprender que todos creían que era la amante del conde, su amiga especial, su querida... Y él tenía el descaro y ella también por supuesto, de vivir bajo el mismo techo.

Porque Craven era el hogar de la familia Gray y no era justo que le dieran cobijo a una desconocida que podía ser una ramera o una ladrona capaz de llevarse alguna cuchara de plata.

Pensó que debía irse al día siguiente. Tomar su maleta y buscar el dinero que había escondido en su maleta y buscar la manera de tomar un tren...

Buscó la bolsita de tela con las monedas que le quedaban, pero no la encontró por ningún lado.

Frunció el ceño y notó que algunos vestidos de la señorita Rosalie habían desaparecido y la ropa había sido cambiada de lugar. No podía creerlo. Eran sus vestidos, los que fueron confeccionados por la modista de la mansión, no eran suyos...

Vaya, ¿tanto la odiaba que pretendía que anduviera desnuda por la casa?

Tragó saliva y suspiró.

Molesta cerró su placar con llave y la guardó en la mesita que había cerca de su cama.

Más tarde escuchó la música y se fue a dormir hambrienta, sin haber cenado nada pues seguramente los criados pensaban que había estado en la fiesta y no era necesario servirla.

Se metió sola en la cama luego de desvestirse y llorando se quedó dormida. Nunca se había sentido tan desdichada como ese día. Nunca imaginó que hablaban a sus espaldas y la creían “la querida del señor de Craven”, una señorita oportunista que guardaba secretos.

Pero, aunque lloró se dio cuenta de que era normal que pensarán que había hecho algo para embrujar al conde, se había quedado demasiado tiempo y él no tenía apuro en que se marchara. Es que había mal tiempo.

Además, no tenía a dónde ir. Aunque rabiara y llorara, no tenía a dónde ir.

Melody se negó a abandonar su habitación los días siguientes y buscó una excusa para no presentarse a almorzar ni a cenar. No quería ver a los huéspedes ni hacer sentir incómodo a su anfitrión.

Dijo que tenía jaquecas y estaba enferma. Quizás gripe... hasta estornudó y se hizo la débil.

Lisbeth se preocupó y habló algo de una cataplasma con la partera, pero ella dijo que no

era para tanto.

—Solo es un resfriado, hace mucho frío aquí, nunca vienen a encender mi chimenea — les dijo.

La criada y la partera de la mansión se miraron.

Pero fue Beth quien respondió:

—Lo siento señorita Davenport, es que con tantos huéspedes... no tenemos tantos criados y debo ayudar a los demás...

Y lady Rosalie era una quejosa latosa, que exigía como si fuera la reina de la mansión, ya lo había notado.

—Aguarde, le prepararé un té caliente. Y le traeré más abrigo... mantas... ¿dónde están las mantas?

Mientras ella iba en busca de edredones la partera la examinaba como si fuera una doctora. Curaba dolores de cabeza, de barriga y también se encargaba de las parturientas de la mansión y los alrededores. Era una mujer amable y decían que sabía casi como un viejo doctor.

La observó revisó y vio que no era tan grave.

—No tiene fiebre y eso es bueno. Y además es fuerte como un toro... solo está un poco pálida—sentenció. —le prepararé una tizana para que se ponga buena.

Pero no le prestaron mayor atención.

Tenían mucho qué hacer atendiendo a huéspedes que eran parientes del conde, no como ella que era una arrimada, una huésped indeseada que llegó en navidad sin invitación y que tal vez fuera una ladrona o la amante del caballero...

Al menos tuvo una excusa perfecta para mantenerse alejada de los invitados.

Solo echaba de menos al conde... solo lo vio una vez los días siguientes, cuando fue a despedir a su hermana y a su cuñado. Lo vio desde la ventana de su habitación.

Fue un alivio saber que todos se habían marchado.

Pero no olvidaba lo que habían dicho de ella antes de irse.

Su hermana Rosalie era una harpía. Una mujer celosa de su hermano y además...

Estuvo días rabiando luego de esa conversación que escuchó por casualidad y también lloraba al recordarlo.

Hasta que comprendió que su presencia allí debía despertar esos rumores entre los criados y allegados al caballero.

Ella no era parienta de sir Kendall, ni amiga de su familia, no era más que una desconocida, una señorita misteriosa.

Quizás debía buscar la forma de irse.

Hasta los sirvientes la miraban raro y ni siquiera le llevaban la comida a veces o le enviaban sobras. No entendía por qué... pero todo empezó a ir mal después de que lady Rosalie le dijo esas cosas horribles a su hermano. Todo había cambiado, hasta el ambiente parecía enrarecido.

Luego de la partida de los huéspedes esperó unos días para avisar que ya se había recuperado solo porque estaba harta de estar encerrada.

El conde la invitó a almorzar al enterarse y quiso saber cómo estaba.

Tembló al verle.

Sabía que debía pedirle que la llevara lejos de allí pero no se atrevió. Sus ojos la miraron con tal intensidad y ella no pudo apartar la mirada. Se moría por verlo, esos días separados, habían sido un tormento para ella.

—¿Se siente mejor, señorita? —le preguntó él preocupado.

—Sí, milord, ya estoy mejor—respondió—gracias.

—Lamento mucho lo que pasó el día del cumpleaños de mi hermana, quisiera borrar ese momento... no sé cómo disculparme. Sé que eso la afectó mucho.

—No es su culpa, milord. Supongo que todos pensarán lo mismo de mí, aunque no se atrevan a decirlo en voz alta.

Él se puso serio.

—Eso no es verdad y no permitiría que nadie la ofendiera.

Se hizo un silencio luego de que sirvieron el almuerzo.

Hasta que ella rompió el silencio con su dulce voz:

—Creo que es mejor que me vaya de aquí, milord. No quiero perjudicar su reputación ni que haya rumores... sé que su hermana no es la única que cree que...

Sus palabras le provocaron un frío intenso, algo en él cambió, lo vio ponerse pálido y muy serio.

—Señorita Davenport, hace años que no me importan las habladurías, rara vez recibo visitas y odio el cotilleo y le aseguro que en estos momentos lo que me preocupa es su seguridad, es usted.

Ella lo miró.

—Pero todos se han marchado milord.

—Y siento alivio por ello. Fueron visitas inesperadas y algo molestas... perturbaron mi paz. Como mis amigos en navidad, aunque lo pasé mejor con estos últimos. Y luego llegó usted.

Melody se sonrojó.

—Pero su hermana dijo que... me siento avergonzada de que todos crean que...

No se atrevió a decirlo y él la miró consternado.

—No es verdad y lo sabe, señorita Davenport, deje de atormentarse por eso. Estuvo enferma y se ve algo pálida. Debe hacer reposo y tener algo de tranquilidad.

Pero mientras almorzaban él se quedó pensando en esa conversación.

—¿Acaso alguien le dijo algo? ¿Mi hermana habló con usted en privado?

Melody le habló de que parecía molesta de que usara su habitación y le contó su visita.

—Ella fue amable conmigo, solo parecía sentir curiosidad de saber por qué estaba aquí.

—Por supuesto, todo despierta su curiosidad. Es una cotilla y una entrometida. —dijo con gesto torvo—además... la presenté con mis familiares porque no tenía razón alguna para esconderla, señorita. Es mi invitada, mi huésped y eso basta. Le aseguro que solo mi hermana hizo conjeturas tan osadas y atrevidas, nadie más lo haría... Por favor, olvide lo que escuchó ese día. Nadie aquí piensa mal de usted. Se lo aseguro.

—Pero tal vez debería irme...

—Realmente quiere irse? Bueno, no la detendré, yo mismo la llevaré a casa de sus padres en Norfolk, señorita. Pero deje que pasen unos días porque la carretera a ese condado está cortada ahora.

Al mencionar que la llevaría a casa de sus padres ella tembló.

No podía volver a su casa y lo sabía, había cometido una grave falta y por eso la enviaron al norte, con sus tías. Pero no podía hablar de ello... todavía no.

La llegada del postre puso fin al difícil momento. Sin embargo, disfrutó de la compañía del conde y se quedaron un rato conversando. A su lado se sentía a salvo y en paz, pero sabía que todo llegaría a su fin cuando él quisiera llevarla a su casa.

Trató de no pensar en eso, no sabía qué le diría cuando llegara el momento de partir de Craven. No podía ni imaginar cómo sería su vida viviendo en otra casa, cómo sería su vida sin ese hombre... lo amaba. Y no quería irse. Pero él acababa de decirle que la llevaría a su casa cuando el paso a Norfolk dejara de estar cerrado.

Caminaba por la nieve tiritando envuelta en una capa cuando comenzó a sentir el relincho de caballos siguiéndola. Gimió de terror y comenzó a correr, pero la nieve se hacía cada vez más pesaba y a su alrededor todo era blanco... la tormenta arreciaba con fuerza y no podía ver nada más solo nieve y más nieve y una tímida luz de sol asomándose entre las nubes.

Pero los caballos eran veloces y la atraparían. Él la atraparía... debía esconderse, correr más veloz pero sus piernas no le obedecían. Estaban congeladas y sintió que le faltaba el aire.

De pronto él aparecía de repente y la atrapaba haciéndola gritar con todas sus fuerzas.

—Os he encontrado zorra traidora—le dijo. Y vio sus ojos azules inmensos, su rostro cuadrado y rústico mirándola con odio.

Iba a matarla, la había atrapado, él estaba allí.

Gritó con todas sus fuerzas, pero no podía moverse, él la tenía atrapada, inmovilizada.

—Señorita Melody, soy yo... tranquila. No hay nadie aquí.

Había sido una horrible pesadilla y él estaba allí con un candelabro.

Todavía llevaba el traje de esa noche, no se había ido a dormir y estaba a su lado abrazándola, tratando de tranquilizarla, pero en sueños creyó que era él y sintió terror. Ahora veía su rostro con nitidez, por la luz de las velas y porque acababa de despertarse y suspiró.

Él la miró consternado. Y luego le alcanzó un vaso con agua fresca que encontró en la habitación.

Melody lo tomó y comenzó a llorar.

—Creí que estaba aquí... me atraparé. Sabe que estoy aquí—balbuceó aterrada.

Él la miró muy serio.

—¿Quién está aquí? ¿Quién la estaba siguiendo señorita Melody? —le preguntó.

—El demonio—respondió ella temblando y volvió a llorar. —Va a matarme, cuando me encuentre me matará.

—No hay ningún demonio aquí, señorita, pero si quiere contarme su secreto estoy aquí para escucharla.

La joven negó con la cabeza mientras secaba sus lágrimas. Todavía lloraba y no podía calmarse. Mejor no decir nada, no podía decir nada...

Al ver que él planeaba marcharse lo detuvo.

—Aguarde, por favor no se vaya... quédese aquí. Tengo miedo.

Él se detuvo y la miró.

—No es correcto que me quede aquí, señorita. Pero no tema, le avisaré a una criada para que duerma en la habitación contigua esta noche. No hay nadie afuera. Se lo aseguro.

Su rechazo la hizo sentirse más desdichada. No esperaba que hiciera eso, realmente necesitaba que se quedara. Que la abrazara, pero él era un caballero, jamás se aprovecharía de una dama asustada.

—Aguarde... solo quédese aquí mientras avisa a las criadas. Esta habitación está helada.

El conde se detuvo cuando llegaba a la puerta y la miró. Parecía indeciso, pero comprendió que era tarde y que tal vez las criadas tardaran un poco en llegar. Así que se acercó y tiró del cordel.

Melody saltó de la cama y corrió a cerrar la puerta con cerrojos.

—Señorita, no entrará nadie... fue un sueño, un horrible sueño que tuvo.

—Estaba aquí, dijo que me mataría.

—¿Quién estaba aquí, señorita Davenport?

Ella se le acercó y lo miró y lloró, incapaz de pronunciar su nombre.

Estaba tan nerviosa, tan angustiada que él se acercó despacio y la abrazó... pero ella se aferró a su abrazo y buscó refugio en su pecho. Era un hombre fuerte, y tembló al sentir su olor, la fuerza que emanaba de su cuerpo. Lo miró suplicante y le hizo un beso con los labios que era

una invitación a ser besada.

Él la miró muy serio y se estremeció al notar que la damisela llevaba el cabello castaño suelto y un vestido ligero que mostraba las suaves curvas de su cuerpo. Luchó para controlarse, para no pensar ni sentir, pero de pronto sintió que ella apoyaba sus pechos llenos y le daba un beso suave. Tímido.

Pero ese beso fue como de fuego, fue dulce y de pronto sintió que era un tormento delicioso que quería probar. Hacía tanto que se moría por besar sus labios y por hacerle el amor a esa hermosa señorita...

Melody gimió cuando sintió que le daba un beso de amantes introduciendo su lengua por completo mientras la apretaba de la cintura y el beso se hacía más profundo. Le gustó el sabor de su boca, pero quería arrastrarlo a la cama, lo llevó despacio, sin que se diera cuenta y tembló cuando introdujo su mano en sus pechos y luego cayó sobre ella en la cama para besarla y acariciarla...

Parecía atrapado, embrujado como dijo lady Rosalie y era así como deseaba tenerlo.

—Señorita, lo siento esto no es correcto—le dijo al oído.

Pero ella lo atrapó con sus besos y se desnudó lentamente rogándole que la hiciera suya entre susurros.

Fue un horrible tormento para él. Se había quitado la chaqueta y la camisa, pero sentía que toda su piel ardía y su miembro pujaba por ser liberado y tomar a esa hermosa dama. No era una verdadera señorita, era una hermosa mujer que lo alentaba a tomarla...

De alguna forma él lo sabía, sabía que esa joven guardaba algunos secretos, pero cuando la vio desnuda perdió la cabeza y volvió a su lado para llenarla de besos. Besó sus pechos como un cachorro hambriento succionando de ellos y luego desesperado se abrazó a su cintura besó su rincón más íntimo. Algo que solo había hecho con su antigua amante hacía demasiados años, su esposa jamás lo habría permitido, ni siquiera la dejaba tocarla a veces... pero ella era lo más

dulce que había probado antes y notó que su vientre ardía como el fuego esperando ser tomada. Y por si pensaba escapar, cuando liberó su miembro supo que ya no podría hacerlo. Debía hacerla suya, debía invadirla y llenarla con su virilidad sin detenerse y sin pensar más que en el placer que eso le daría.

Su embestida fue tan feroz que ella se quejó, pero no pensó que fuera virgen, ninguna dama soltera y decente se habría comportado así, pero notó que su pubis era pequeño para su miembro grueso y largo. Su humedad ayudó a engullirlo y pronto pudo acomodarse y llenarla por completo.

Melody jamás imaginó que algo tan placentero podía ocasionarle dolor ni que su hombre tendría un miembro tan grande. Había deseado tanto ese momento, pero no así, no tan duro al comienzo...

—Ve más despacio por favor... solo más despacio...

Entonces algo sucedió en su interior, su himen cedió y sintió que se abría a él como una flor, se abría por completo y le recibía sintiendo como la llenaba con su inmensidad hasta el fondo. Sintió cada instante de esa embestida y luego notó cuando la mojó con su simiente hasta el fondo sin detenerse. Como si no le importara dejarla preñada... porque luego la haría su esposa.

Luego cayó sobre ella y la abrazó, con su miembro todavía erguido volvió a besarla y hacerla suya poco después.

Ya no dolía como al principio, pudo relajarse y disfrutarlo más...

Lo hicieron muchas veces hasta que él notó que tenía sangre en su miembro y que había manchado la sábana con su virginidad. Ella también sangraba y eso la asustó.

—No puede ser... Melody...

La miró enfadado.

Había notado que era estrecha, pero pensó que tal vez hacía tiempo que ella no tenía un

amante, algunas damas se habían quejado del tamaño de su miembro, pero ella no le dijo nada, no le avisó y de pronto notó que se quejaba y le dolía...

—Eras virgen preciosa, debisteis decirme antes. ¿Por qué no lo hicisteis? —le preguntó sorprendido y algo asustado.

—Quería ser suya milord, yo quería ser su esposa. Como su esposa. Si le hubiera dicho entonces... no me habría tocado.

Él la miró muy serio.

—No puede ser... me besabas como si tú... pensé que tenías esposo, preciosa. Que ese era vuestro secreto.

—No tengo esposo, milord y nunca he estado con un hombre ni pensé que fuera tan doloroso la primera vez, nadie me lo dijo—le confesó ella.

—Lo siento mucho, no lo sabía... os deseaba tanto preciosa... perdí la cabeza.

Melody lloró sin saber por qué, de pronto se sentía emocionada y triste a la vez. Su madre le había hablado de ello le dijo que no podía dejar que ningún hombre subiera su falda o estaría perdida y jamás tendría un esposo. Aunque perteneciera a una familia importante.

Él la abrazó y consoló besándola despacio, hasta que su abrazo se volvió fuerte, posesivo y le dijo al oído lo hermosa que era. Pero no dijo que la haría su esposa. Sin embargo, no se marchó como esperaba, sino que se quedó abrazado a ella. No tardó en quedarse profundamente dormida.

Nunca imaginó que se convertiría en su amante y que luego de llorar por haber cometido el desliz lo visitaría días después a su habitación, con su vestido de noche más bello y ligero para entregarse a él sin reservas. Sin hacer preguntas ni reclamarle que la hiciera su esposa.

Pero esa noche comprendió que todo era incierto y le pidió que no la dejara preñada. Se lo rogó mientras entraba con ella como un demonio y le brindaba tanto placer...

Esos juegos la volvían loca, él le enseñó cosas que solo había visto hacer a los campesinos y que pensó que nunca haría. Con sus besos y caricias sentía que tocaba el cielo, pero jamás pensó que ella llegaría a brindarle el mismo placer desnuda y arrodillada para engullir su miembro y lamerlo, besarlo y propinarle caricias que al comienzo la avergonzaron. Su miembro era grueso y no podía engullir más que una parte, pero quiso hacerlo, él la guio y no se resistió.

Pensaba que esas eran cosas de ramera, pero fue él quien le dijo que entre un hombre y una mujer que compartían la cama nada estaba prohibido. Todo era una fiesta de placer y goce...

Pero cuando le pidió que evitara dejarla preñada él se detuvo y la miró.

—Tú no eres mi amante preciosa, eres mi futura esposa... me casaré contigo en cuanto pueda salir de Craven, lo prometo.

Pero ella le temía a quedar encinta.

—Es muy pronto y soy tan joven...

—Como mi esposa deberás perder ese miedo preciosa, no debes evitarlo...

En esos momentos nadie pensaba en embarazos, solo ella quería evitar que la mojara, pero para él era casi imposible y se lo dijo.

—No quiero evitarlo, tú estás hecha para ser mía y también serás madre pronto... eres toda una mujer, preciosa y estoy seguro de que me darás muchos niños. No quiero que evites de ninguna manera quedara encinta, preciosa.

—Solo usted podría evitarlo, milord.

Él sonrió.

—Y no lo haré.

No, nunca lo evitó y una semana después ella se mudó a su habitación porque él se lo pidió.

No le gustaba que durmiera sola y, además, odiaba que tuviera que marcharse. Al diablo con las apariencias, pronto sería su esposa...

En cuanto la maldita nieve lo dejara salir.

Melody sintió que vivía un sueño cuando semanas después él le pidió matrimonio entregándole un anillo de oro y zafiros, del color de sus ojos. Ella aceptó emocionada, pero él le preguntó cuál era su verdadero nombre.

—Debes decirme la verdad pues no quiero que guardes secretos para mí ni ahora ni después.

Ella comprendió que tenía razón.

—¿No crees que es hora de que me digáis la verdad sobre lo que pasó ese día? ¿De quién huías preciosa?

Melody miró la sala y suspiró.

—Os lo diré en nuestra habitación esta noche, Kendall. Déjame disfrutar este momento.

Él no entendió por qué debía aplazar ese momento, pero no tardó en comprender que ella quería tenerlo a su merced, calmo y saciado antes de decirle la verdad.

Llevaba demasiado tiempo intrigado, esperando que ella le confesara lo que la impulsó a escapar. Si había plantado a su marido, a su prometido o algún tutor desgraciado que había intentado propasarse.

Sabía que no tuvo esposo, porque llegó virgen a sus brazos y eso le había sorprendido. ¿Entonces... acaso fueron sus padres, algún tutor miserable? ¿Quién había intentado hacerle daño para que huyera?

Pero fue ella quien le dijo que debía volver a sus aposentos esa noche mientras hacían el amor.

Había esperado ese momento con mucha ansiedad y deseo y apenas pudo desvestirla para

besarla y penetrarla con ferocidad y tantas ansias.

—Hermosa... me casaré contigo, lo prometo.

Se lo había pedido por segunda vez, pero sabía que eso no era posible y derramó unas lágrimas.

—Me encantaría milord, pero todavía no puedo casarme con usted. Antes debo decirle la verdad...

Sus palabras se mezclaron con gemidos de placer y luego estaba demasiado exhausta para hablar o pensar con claridad.

Era suya, era su mujer, su esposa, aunque no lo fuera de forma legal y eso era todo cuanto importaba.

—Debo volver milord, no deseo que los criados me vean aquí.

Él la miró aturdido, pero comprendió por qué la joven quería volver a su habitación.

La vio irse en sueños sin saber si era verdad o no y entonces pensó que debía casarse cuanto antes con ella para que no pudiera escapar de su cama. Era tan dulce, tan hermosa...

Pero recordó que seguía sin contarle su secreto, ese que le había prometido contar. Por qué había huido y si Melody Davenport era su verdadero nombre.

En su habitación Melody se sentía a salvo y en paz.

Echaba de menos al conde y se moría por volar a su lado.

No dejaba de pensar en que eran amantes y en esos momentos maravillosos que compartían juntos.

Pero a solas en su cuarto a veces se sentía atormentada.

Sabía que no estaría a salvo hasta que él cumpliera su promesa de convertirla en su esposa.

Podía estar esperando un hijo suyo en esos momentos y no quería ser su amante como lo eran algunas mujeres del servicio que estaban allí para complacer a sus amos.

Su padre había tenido una amante muchos años.

La eficiente ama de llaves que se sentía como la dama de la mansión solo porque visitaba a su padre en su habitación algunas veces.

Nunca entendió qué veía él en esa mujer tan vieja y fea y jamás le hizo preguntas al respecto pues todo le daba mucho asco, a decir verdad.

“Es la necesidad, querida, la necesidad que tienen los hombres” le dijo su tía con filosofía.

Ahora se preguntaba si ella estaba allí para satisfacer la necesidad de sir Kendall y se sintió furiosa.

Ella lo amaba. Maldición. Se había entregado a él como nunca había imaginado y había hecho cosas que... nunca pensó que haría eso con su esposo mucho menos con un hombre que no era su esposo. Pero se excitaba al recordar el sabor de su virilidad, su fuerza y las oleadas de placer que provocaban en su cuerpo tenerle allí.

Quizás fuera una ramera como le dijo su padre una vez luego de verla muy abrazada con ese guapo joven sin fortuna con quien planeaba huir y casarse a escondidas. Él que tenía como amante a una criada la trataba de ramera y hasta le dio una zurra y después... el ama de llaves que actuaba como si fuera su madrastra dijo que ella debía casarse. “Vuestra hija necesita un marido, Lawrence querido. Ha crecido muy deprisa”.

“Pero no se casará con Peter Clayton, no es más que un desheredado. Su familia está arruinada. No casaré a mi hija con un hombre pobre. Le buscaré yo mismo un marido”.

Y los amantes de la mansión decidieron su suerte.

Pero ahora ella sería la esposa de un caballero que ella misma había elegido.

Pensó que debía decirle la verdad, debía decirle todo era como su marido y, además,

había jurado que la haría su esposa. No era su amante, era mucho más que eso.... Pero se había entregado a él muchas veces y no sabía si luego cumpliría su promesa cuando supiera la verdad.

Cuando descubriera que ella... le había mentido.

El conde odiaba la mentira, lo había dicho muchas veces.

Él odiaba la mentira y ella odiaba regresar a dormir sola en su habitación lejos de su apasionado abrazo.

Pensó que fuera su esposa estarían todo el día en la cama y que viviría para darle hijos y amor, tanto amor...

Se acercó a la ventana para ver de nuevo el paisaje de nieve.

Había tomado el desayuno con apetito, los huevos duros, el queso y esos panecillos y dos lonchas de jamón. Estaba hambrienta y algo cansada luego de una noche de amor.

Pensó que debía juntar coraje y decirle la verdad.

Quería que se casaran cuanto antes y no tener que esconderse.

Abandonó la ventana y fue a asearse. El agua caliente iba a enfriarse y ella no quería intrusos.

Siempre evitaba que la vieran desnudarse por pudor y era demasiado ágil para resbalarse en la tina de losa. Además, sus baños eran rápidos. Ese día suspiró al sentir su perfume en su piel y sentir que todavía estaba húmeda luego de haber sido suya tantas veces. Suspiró y fue a vestirse y solo entonces pidió ayuda a su doncella.

Tenía que ayudarla con el vestido y con su cabello para estar presentable.

Siempre almorzaban juntos y ahora lo echaba de menos. No dejaba de pensar en sir Kendall. Era suyo, su hombre...

—Señorita, se ve muy contenta hoy—observó Lisbeth en el espejo.

Melody se sonrojó y pensó que esas palabras eran indiscretas, pero la expresión inocente

de la doncella la hicieron comprender que no hablaba con malicia.

—Es verdad, creo que he ganado peso. Es que no puedo dar paseos como antes...

—Oh no he dicho eso, solo noté que tenía las mejillas rosadas, señorita.

Pero Melody sabía que había ganado unos kilillos y que luego de convertirse en la amante del conde sus pechos habían crecido y estaba cambiada. Él decía que era toda una mujer y también que nunca había conocido a una mujer como ella, hermosa, dulce y apasionada... llevaban semanas siendo amantes y de pronto comprendió que luego de esa noche no había tenido la regla. Que su último sangrado había sido en su cama, en sus brazos luego de perder la virginidad.

Sabía que una mujer podía quedar preñada enseguida, especialmente cuando era joven y fértil.

Pero no tenía mucho atraso...

Tragó saliva y pensó que al menos si quedaba preñada él sabría que era suyo porque ningún hombre la había tocado antes, aunque él había pensado que tenía esposo. No entendía por qué lo había pensado, por qué vivía preguntándole eso.

—No podrá dar paseos ahora, señorita, el tiempo es muy malo. Y hace frío.

Cuando la doncella se marchó Melody vio el diario de Annabelle en su placar y corrió a esconderlo. Debió ser un descuido mientras buscaba ropa para cambiarse. Pero mientras volvía a esconderlo y lo tuvo en sus manos lo abrió y buscó entre las hojas algo que le dijera cómo era sir Kendall, su futuro marido.

Apenas leyó unas páginas comprendió que eso no estaba bien, que no debía inmiscuirse en asuntos de su pasado y que había secretos que era mejor no desvelar. ¿Qué ganaba sabiendo si ella lo había amado, si él era el marido perfecto como decían?

“Esta casa es maligna, Beth me dice que son tonterías, pero es que ella es demasiado joven para comprender. Era mi doncella antes de mudarme a Craven y por eso cree que todo es

un cuento de hadas. ES feliz aquí, Beth adora Craven como mi esposo me adora a mí...”

Vaya, al parecer ella sabía que su marido la adoraba.

Pero ella no hablaba de que fuera correspondido, hablaba de que Craven era un lugar antiguo y desagradable.

De pronto no se sintió una intrusa. Porque todo parecía girar en torno a Craven y sus fantasmas.

“¡Oh, soy tan desdichada...! No puedo ser la esposa que él necesita, ya lo he intentado, pero no soporto que me toque. Oh, dios mío, no debería escribir eso. Me avergüenza... debería quemar este diario, pero es que no tengo con quien hablar. Es la casa, la casa me asusta y tengo la sensación de que algo o alguien nos acecha. Nunca estoy tranquila, nunca me siento en paz... aunque él me diga que son tonterías está preocupado. Y no es por Craven que teme, es por mí... teme que haya heredado la triste enfermedad de mi madre que se hacía ideas extrañas con las casas y por eso tuvimos que mudarnos tantas veces. Ella sentía que la espiaban, que había alguien observándola y eso la alteraba mucho...”

Melody comprendió que ese matrimonio tenía serios problemas.

Y que la hermosa y angelical esposa no soportaba el acto carnal.

¿Entonces por qué se había casado? ¿Habría sido una boda concertada?

Siguió leyendo el diario. Devorándolo lentamente porque no podía dejar de leer y saber qué pasaba en ese matrimonio.

Craven y su horrible maldición, sus leyendas de espanto y su terror a compartir la cama con su marido y quedarse preñada.

Porque además de temerle a todo en esa casa, incluyendo a su marido, también temía quedarse encinta.

Pero había algo más.

“Mi prima Emily me ha dicho que hay una manera de evitar los embarazos y es saltando a la cuerda... el viejo juego infantil. Que su madre lo hacía y ella también para evitar los embarazos que arruinan nuestra figura. Pero que debía saltar desde lo alto”.

Melody pensó que eso era horrible.

Sabía que solo el hombre podía evitar dejar preñada a una mujer expulsando su simiente fuera de su matriz durante el acto. Una amiga se lo había contado. Pero que ellos lo hacían cuando querían evitar embarazar a sus amantes, a sus rameritas”.

Pensó que sir Kendall no lo había hecho, no había evitado mojarla con su simiente. Desde la primera noche lo hizo... entonces no la consideraba su amante... él había caído embozado en sus brazos, estaba bajo su hechizo. Él mismo se lo dijo. Y ella se habría sentido muy feliz de llevar a su bebé en su vientre, aunque todavía no fuera su esposa. Porque lo amaba y esa joven...

Sintió tanta rabia entonces.

Porque de pronto se dio cuenta que lady Annabelle de Gray no amaba a su esposo para nada, porque no solo no soportaba la intimidad, sino que evitaba los embarazos saltando a la cuerda por consejo de su prima. Eso era cruel... malograr una vida, hacer daño a un inocente...

¿Qué clase de esposa hacía eso?

Continuó leyendo hasta las últimas páginas tratando de saber qué había pasado con el asunto de evitar los bebés hasta que leyó:

“He estado enferma... por eso dejé de escribir. El médico me ha dicho que debo permanecer en cama. No puedo creerlo, lo que tanto temía ha ocurrido: estoy esperando un bebé. Solo mi esposo es feliz, pero yo no dejo de pensar en el horrible parto y no puedo conciliar el sueño.”

Y luego nada.

Todo terminaba de repente.

No había más páginas como si el disgusto que le provocaba el embarazo, su terror a morir

en el parto como decía en otra parte le impidieran seguir escribiendo una línea.

Era triste. Ese matrimonio no había sido feliz.

La sombra de Craven

Un sonido la hizo estremecerse.

Alguien intentaba abrir la puerta con las llaves.

Mejor sería que ocultara el diario cuanto antes.

Volvió a esconderlo mientras se daba cuenta que la esposa perfecta, tan bella como un ángel, era una loca maniática asustadiza. Tan cobarde que le temía a su sombra.

Pero el conde la amaba, todavía la amaba y tenía su retrato en su habitación. Pasaba horas del día venerando a su esposa muerta.

A una esposa que nunca lo había amado y que le temía.

¿Acaso nunca se había dado cuenta?

Dio un respingo al ver que el diario estaba bien escondido. Diantres. Nunca debió leer ese diario.

El sonido en la puerta se hizo más fuerte y de pronto escuchó un grito de una criada y todo sucedió demasiado rápido.

La puerta se abrió de un golpe haciendo estallar los cerrojos porque era como si alguien la abriera a golpes. ¿Qué rayos? Quién estaba haciendo eso.

—Señorita Melody, señorita, corra, corra—sintió la voz de Lisbeth instantes antes de que la puerta se abriera.

Todo ocurrió tan rápido que no pudo hacer nada más que quedarse allí petrificada y ver cómo ese demonio alto y fornido entraba en la habitación buscándola con su mirada azul brillante pero fría.

—Entonces era verdad, estás aquí malvada zorra embustera. Eras tú. cómo demonios has llegado aquí? ¿Quién os ayudó? ¿O acaso erais la querida de un conde viudo insignificante de Cumbria?

Fue como si entrara el demonio en persona. Alto, corpulento y con cara de demente, con las cejas gruesas y la mirada encendida, inyectada en sangre.

Y por si fuera poco lucía la cara cuadrada sucia y el cabello desgredado y ropa que no era la apropiada para un caballero, no era así como se vestía él además... era feo, pero lucía trajes caros de Londres. Pero ahora estaba vestido como un granjero o un mozo de los establos.

Era él... sir Clemens. El demonio de Kenwood en persona y estaba como cubierto de nieve, la cara pálida y por un momento pensó que era un fantasma, una visión horrible pero no, por desgracia era él y la había encontrado.

Él no estaba sorprendido, tuvo la sensación de que ya la había visto antes y seguramente permaneció escondido como una horrible rata en un rincón de Craven.

—Vaya, al fin te he encontrado Madeleine Bristol. Maldita zorra embustera del demonio, habéis hecho creer a todos que habíais muerto... pero yo sabía que estabais viva, lo sabía, lo sentía... alguien os vio escapar ese día vestida de sirvienta.

Lisbeth la miró con horror, mientras se tocaba la mejilla enrojecida por el golpe de ese salvaje y quería correr, pero él le advirtió que no se moviera.

—Quieta tú... no he venido solo, muchacha. Y esa mujer que ves os ha engañado. No es ninguna señorita Davenport, es mi esposa y se llama Madeleine Bristol—le dijo.

La doncella miró a uno y a otro, aterrada, incapaz de decir nada.

Melody gritó con todas sus fuerzas pidiendo ayuda mientras corría al otro lado de la habitación y él la acusaba de ser una embustera.

—Hicisteis creer a todos que habíais muerto, pero aquí estáis sana y salva. Bruja mentirosa... has dejado a vuestra familia sin consuelo. Ven aquí maldita sea, no escaparéis.

Al ver que intentaba escaparse corrió tras ella mientras la joven chillaba y Lisbeth iba por ayuda. Aterrada y malherida pensó que debía avisarle a los demás de lo que estaba pasando. Ese hombre había entrado en la mansión sin ser visto y decía ser el esposo de la señorita Davenport y

también dijo que...

Pensó que todo era tan confuso, pero solo pensó en el peligro que corrían todos con ese hombre y especialmente la señorita sin memoria. Casi podía entender por qué había guardado silencio... ¿ese horrible hombre era su marido? ¡Pobre señorita!

El hombre corrió hasta la habitación en busca de su mujer desperdigando barro y nieve por doquier.

—Ven aquí malvada zorra, os encontraré y os daré vuestro merecido—gritó y tiró todo a su alrededor, lanzó sillas, adornos y destrozó todo como un malvado, todo lo que se interpusiera en su camino terminaba hecho añicos.

Melody quiso abrir la puerta de la habitación de vestir, pero como la encontró cerrada decidió esconderse en un placar mientras temblaba y sentía su corazón latir sin parar.

Pero ese escondite no le sirvió de mucho y cuando él la sacó del placar no pudo escapar, apretó sus brazos y la miró con odio.

—Esta vez no escaparéis, os he encontrado malvada mujer y vendréis conmigo, pero antes me diréis ¿por qué habéis venido aquí? ¿Por qué de todos los lugares escogisteis uno tan decadente y horrible?

Ella se quedó mirándolo atontada, mientras él la regresaba a la habitación y les exigía explicaciones a gritos.

Pero ella no diría una palabra, tenía que lograr que alguien fuera a rescatarla y la librara de ese malvado...

—Lisbeth... Lisbeth—gritó.

Su doncella había desaparecido y ella comenzó a gritar con todas sus fuerzas y a pedir ayuda mientras ese malvado le decía cosas horribles sobre que había matado a su pobre sirvienta para escaparse con su amante.

—Sois un demonio... pero quiero saber la verdad de todo esto, ¿cuándo lo planeasteis? ¿Desde cuándo sois la amante de ese hombre? Vaya... un caballero decadente como ese y viudo... vive demasiado lejos.

Ahora creía que sir Kendall era su amante. Estaba loco.

—Sir Kendall no es mi amante, nunca había visto al conde... no lo conocía solo me ayudó a esconderme de ti. Me fugué antes de navidad, pero envié a mi doncella por el lugar opuesto para que no pudieras encontrarme.

—Vuestro padre murió, murió del disgusto por vuestra culpa al saber que habías abandonado a tu prometido. Pero supongo que eso no te afecta.

—¿Mi padre murió? —preguntó con un hilo de voz.

Clemens asintió.

—Y todos creen que tú también te has muerto en ese accidente. Fui a vuestro funeral y sin embargo lo presentía, sabía que no podía ser... Esa mujer tenía vuestra ropa, se os parecía... ¿cómo pudisteis ser tan macabra? Os juro que debía venir para veros porque me negaba a creer que fuerais tú. Que fuerais capaz de tanta maldad solo porque querías venir aquí...

—Solo quería escapar de ti, malvado hombre... sabes que no quería esa boda.

—¿Malvado hombre? Tú eres la villana aquí. ¿Cómo tienes el descaro de decir que soy malvado? ¿Y por eso tienes que matar a una pobre sirvienta? ¿Es que no tenéis remordimientos? ¿No os pesa lo que hicisteis? Eres una mujer perversa, Madeleine Bristol... pero el conde lo sabrá todo ahora. Sabrá cómo fue que escapasteis y lo que me habéis hecho. Soy tu marido y me abandonasteis. Os hicisteis pasar por loca y arrastrasteis a vuestra criada a la muerte... pero pagaréis por ello.

Quería darle una paliza y no podría escapar, la tenía atrapada del cabello y por más que gritara y se resistiera no podría escapar. Era un demonio demasiado corpulento y fuerte como un toro. Le daría una paliza y no podría soportarlo.

Pero todavía la deseaba y al verla allí a su merced, algo se despertó en él, algo primitivo y salvaje.

—¿Ese hombre os ha tocado? —preguntó.

—No...

—No os creo. Os mataré si descubro que... ven aquí. Soy tu marido y tengo derecho a tomarte las veces que quiera...

Melody descubrió sus intenciones cuando la llevó a la cama y comenzó a desnudarla, a besarla, a tocarla... sus manos cuadradas y sucias atraparon sus pechos mientras su boca grande y pulposa y siempre húmeda le robó un beso ardiente. Durante años la había acechado como un buitre hasta que su padre decidió que debía casarse con él porque pertenecía a una de las familias más importantes del condado. No esperaba que ella diera su consentimiento, si se negaba la quitaría del testamento, eso le dijo su padre.

La obligaron a casarse con ese salvaje, pero no la tendría, no la tocaría... moriría antes de caer en sus manos. Por eso había escapado, de solo pensar que debía yacer en su cama y darle hijos sentía horror y náuseas.

Y no la tocaría ahora, odiaba a ese hombre, lo aborrecía.

Furiosa lo golpeó y comenzó a gritar de nuevo, a forcejear con todas sus fuerzas.

Hasta que la puerta se abrió de un golpe, aunque él la hubiera trancado, llegaron criados y se abalanzaron sobre el intruso.

Una voz más fuerte que la de Clemens irrumpió en el recinto esa mañana y Melody vio con alivio que era el conde con un vendaje seguido de otros criados. Todos atraparon a ese malvado que se resistió y comenzó a golpear a todos.

—Es mi esposa, no puede apartarme de ella. ¿Cómo se atreve?

—¿Su esposa? ¿Quién es usted que ha entrado con violencia a Craven golpeando a todo el mundo? Pero si parece un mendigo.

Clemens no podía moverse, lo tenían maniatado, pero sí intentó acercarse.

—Mi nombre es sir Clemens conde de Kent. Y la señora es Madeleine de Kent, mi esposa. Mi esposa fugitiva en realidad.

Melody lloró y chilló que no era cierto. Lo negó de plano.

—Claro que es verdad y si me ve vestido así señor es porque estuve días escondido en los establos para poder entrar aquí—respondió Clemens indignado.

—Bueno, ¿tiene usted manera de probar de que es el marido de la señorita Melody Davenport?

—¿Señorita Davenport? Ella no es la señorita Davenport. ¿Acaso le dijo que se llamaba así? Pues le mintió. Madeleine es hermosa y bandida. Miente, siempre miente... su padre me lo dijo.

Sir Kendall miró a Melody furioso, pero no estaba dispuesto a entregarla a ese malnacido. Nunca lo haría.

—Cállese y enséñeme las pruebas de que es su esposa—le dijo al intruso.

—Las llevo en mi abrigo que está en manos de su mayordomo, supongo que era un mayordomo. ¿Acaso cree que miento? Soy un caballero ¿sabe? Soy hijo del conde de Kent y si no me entrega ahora a mi esposa lo llevaré a las autoridades.

—Pues yo lo llevaré ante al alguacil por invadir mi propiedad como un bandido y golpear a mis criados y causar desorden y destrozos por doquier. Menudos modales tiene usted, hijo del duque de Kent. Pues parece usted un lacayo, un sirviente que vino aquí a robarse a una muchacha guapa y soltera.

Esas acusaciones indignaron al caballero.

—Cómo se atreve? Por supuesto que soy el conde de Kent y señor de Kentwood. Y esa joven es mi esposa. Lady Madeleine Bristol su nombre de soltera. Le ha mentido. Es mentirosa y artera. Quería escapar de mí y lo hizo... deshonró sus promesas... ella prometió casarse

conmigo.

—Bueno, ha dicho que prometió casarse con usted. Era su prometida, no su esposa.

—Es una manera de hablar hombre. Déjese de tonterías. Es mi esposa. Tengo un documento que firmó su padre para autorizar la boda. Dijo que me la entregaría y firmó el acta, autorizó la boda. Pero la infeliz se escapó. Se casó conmigo y huyó luego de sobornar a los sirvientes.

La verdad salió a la luz y horas después el conde vio el documento arrugado el acta de bodas de la señorita con un tal sir Clemens de Kent. La autorización de su padre era un papel roto, lleno de manchas, y el acta debía ser una copia. La fecha decía 23 de diciembre del año pasado. Así que al día siguiente la joven huyó y por lo tanto podía aducirse que ese matrimonio no se había consumado. Él lo sabía... sabía que ese hombre no era en realidad su marido porque ella había sido suya, solo suya desde el principio.

Tenía que actuar con rapidez y lo hizo.

Quemó ambos documentos en la chimenea más cercana.

—No hubo tal boda, la joven lo abandonó y su boda no fue consumada. La señorita me lo contó todo. Además, era una boda forzada.

—Boda forzada? ES mi esposa... maldito hombre. Cree que puede quemar esos documentos y hacer que la boda desaparezca. Hablaré con mis abogados. Lo haré. Es usted un ladrón de novias. Malnacido...

—¿Y cómo sé que es quien dice ser y no es un sirviente de un gitano poderoso? Señorita Davenport, ¿conoce usted a este hombre?

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—No... creo que está loco. Piensa que soy su esposa, pero nunca lo he visto en mi vida—
mintió.

Estaba mintiendo, pero no le importó, solo quería librarse de ese malvado. Luego le diría

la verdad a sir Kendall.

—Miente, es una descarada—chilló el prisionero.

—Escuche bien lo que le diré, señor, no sé nada de usted, pero conozco a la señorita y ella jamás ha mentido y si dice que no lo conoce, pues temo que no podrá llevársela—declaró.

Eso enfureció a sir Clemens.

—¿Cómo se atreve? Iré a las autoridades y lo denunciaré por robarse a mi esposa. Usted es un raptor, un seductor. No sé cómo lo hizo, pero convenció a mi esposa de que me abandonara y viniera aquí. Porque ahora sospecho que la conocía de antes.

—Pues no hice nada de eso, está confundido y le aseguro que tengo pruebas de que nunca vi a esta señorita antes. Y todos dirán lo que pasó y cómo llegó aquí luego de sufrir un accidente en carruaje.

—Pero le digo que es mi esposa. ¿Es que no conoce la pena por robarse la esposa de un hombre? Vaya, pensé que era usted un caballero, pero ya veo que ha caído bajo su hechizo. Es un tonto...

—Usted es un tonto si cree que puede venir aquí a proferir amenazas. Primero demuestre que es su esposa, que la señorita Davenport es su mujer y entonces...

—¿Es que no me ha oído, sir? Su nombre verdadero es Madeleine Bristol, es lady Madeleine Bristol. Y el nombre que le dio es falso. La joven que está aquí no se llama Melody Davenport.

—Bueno, primero deberá probar que la joven aquí presente se llama ...

—Madeleine Bristol. Es su verdadero nombre. Le ha mentado caballero.

El conde miró furioso al intruso y escuchó de sus labios la historia extraña y siniestra.

—Esta joven es la hija de James Bristol, un magnate de Londres. Un millonario que vivía en Devon y en Londres. Supongo que no conoce su historia. ¿Qué le dijo ella? ¿Qué es una pobre

huérfana llamada Melody Davenport?

Estaba atrapado y lo sabía, el caballero de Gray lo había sospechado, sabía que ella escondía algún secreto, pero no imaginó que ese secreto fuera ese hombre grotesco y horrible. ¿Su marido?

—Y cómo sé que lo dice es verdad? Usted no se ve como el hijo del duque. Se ve como un gitano, un bandido.

—Pero no soy un bandido. Soy sir Clemens de Kent. Marido de la joven aquí presente. Y puedo probarlo. Mis sirvientes están cerca, ellos vendrán por mí.

—Bueno, espero su llegada. Necesitaré testigos y pruebas de que lo que dice es verdad. Luego que pruebe que es la joven en cuestión deberá presentar un acta de matrimonio o un certificado que diga que ella es su esposa. Si lo hace por supuesto que le entregaré a la dama. Jamás retendría en mi poder a la esposa de otro hombre. Pero como no me fío de que sea usted quien dice ser... más parece usted un ladrón de muchachas, uno de esos personajes repugnantes que abundan en Londres, que raptan señoritas y luego las venden en lugares infames.

Sir Clemens enrojeció y sus ojos se volvieron casi negros de la ira.

—¿Cómo se atreve a llamarme rufián? ¿Está loco o qué? Soy el conde de Kent y usted no es más que un pobre señor de Cumbria, con una casa helada vetusta y decadente. Y sin embargo convenció a mi esposa de fugarse con usted... no puedo creer que ella que nació en una cuna de oro prefiera vivir en este mausoleo decadente como este.

Kendall no se sintió ofendido por el desprecio de sir Clemens, al contrario, sonrió al ver la rabia dominar por completo a ese hombre. Era un malvado, un tipo rudo y grotesco y le costaba creer que fuera en verdad un caballero y si lo era pues su conducta dejaba mucho que desear.

—Por favor, llevaos a este hombre lejos de la habitación, llevadle a una habitación de huéspedes del ala norte, y vigíladle bien. No le perdáis de vista. Es peligroso y no sabemos sus

intenciones.

—¿Cómo se atreve a retenerme como si fuera un bandido? Le aseguro que lo lamentaré sir Kendall. Si no me entrega a mi esposa ahora, juro que se arrepentirá. Irá a dar con sus huesos a la cárcel por robarme a mi esposa.

—No estoy enviándolo a un calabozo hombre, pero debo esperar a que se tranquilice para que podamos conversar este asunto con más calma.

El conde miró a Melody un momento y le dijo que aguardara allí.

Parecía calmado, mucho más que Clemens que chillaba furioso porque iba con las manos atadas por detrás y sujeto por dos robustos criados.

Pero ella no se quedaría encerrada en su habitación, tenía que saber de qué iban a hablar.

Cuando Clemens se alejó el conde volvió sobre sus pasos y se le acercó con rapidez, cerrando la puerta tras de sí con llave.

—Señorita Davenport, quédese aquí. Es por su bien. Ese hombre no vino solo, ¿sabe? Hay un grupo de rústicos campesinos rodeando Craven desde hace días. Están allí todavía y esperan cualquier contratiempo para entrar... él mismo se disfrazó de mozo para entrar. Es muy astuto.

La joven secó sus lágrimas y lo miró. Estaba aterrada y temblaba de solo pensar que la obligarían a volver junto a ese hombre.

—No iré a ningún lado, milord, se lo aseguro, pero él vino aquí y pudo hacerme mucho daño. Volverá por mí, no me dejará en paz.

Él la miró de forma enigmática. Estaban solos y no era necesario mentir.

—Entonces sí tenía esposo. Y se llama Madeleine Bristol.

—No es lo que cree, se lo juro.

—Vaya, he oído esa frase demasiadas veces, señorita. Es una mentirosa, una embustera y

me he metido en un gran lío por su culpa. ¿Sabe que puedo ir a prisión por retener a una dama casada? O raptarla. Convencerla de que huya conmigo.

—Sir Kendall, eso no es verdad. Sabe que no...

Los ojos del conde echaban chispas.

—Pero es lo que él dirá cuando tenga oportunidad. Dirá a todos que yo rapté a su esposa. Ahora le ruego que deje de mentir y diga la verdad una vez en su vida.

Era necesario que ella confesara la verdad. No toleraría que siguiera mintiendo.

Estaba loco por ella, maldita sea, pero si tenía esposo, si era hija de un magnate...

Se hizo un incómodo silencio hasta que ella vio que el conde se marchaba y lo detuvo.

—Aguarde por favor.... Él no era mi esposo, esa boda fue forzada por mi padre. Escapé luego de que me obligaran a casarme con ese hombre. Por eso hui. Es la verdad. Pero no hubo un matrimonio. Mi boda no se consumó.

El conde estaba enfadado, pero al parecer eso no hacía que dejara de pensar con rapidez.

—Pero ya estaba casada con él, ese hombre asegura que se casaron. ¿Quién le creerá eso señora? Usted deberá volver con su marido. No puedo creerlo... me engañó. ¿Acaso era tan difícil para usted decirme la verdad?

—Lo lamento mucho, milord. No quise... pensé que me enviaría de regreso con mi esposo. Es un hombre rudo y malvado que solo quería mi herencia. La dote que le daría mi padre luego de la boda.

—Está bien, hablaremos luego de ese asunto, ahora debo escuchar por gentileza a ese malvado. Creo que mientras hablo con él deberé llevarla a otra habitación. A una más segura. Venga conmigo...

Y sin más la llevó a la habitación contigua, la habitación de vestir que tenía dos puertas, eso era extraño, y él abrió una que estaba cerrada con llaves luego de cerciorarse de que la otra

estaba trancada.

—Sígame por favor...

No conocía ese escondrijo, ni esos lugares mal iluminados que atravesaron, pero tuvo la sensación de que se dirigían al ala sur. A las habitaciones secretas que un día mencionó el ama de llaves. “Nunca vaya a ese lugar, al conde no le agrada” le dijo una de las pocas veces que salió sola a dar un paseo.

Pero no podía decir nada al respecto, confiaba en el conde y si pensó que era más prudente esconderla sabía que era por su propio bien.

Cuando de pronto entraron en una habitación él se lo dio a entender.

—Aquí estará a salvo, es una habitación secreta cuya existencia pocos criados conocen. Ni que decir los forasteros... aunque si ese hombre trae consigo un acta de matrimonio y demuestra que usted es su esposa... No podré hacer nada para ayudarla, señora. La esconderé unos días, pero dudo que pueda hacer más que eso.

Melody lo vio irse con tristeza. Todavía temblaba por el ataque de ese desalmado, y rezaba para que no lo convenciera de su horrible historia de que había puesto otro cadáver en su ataúd, que mató a su doncella y despistó a todos fugándose al otro lado del país.

Ahora hasta decía que sir Kendall era su amante.

¿Cómo se atrevía?

Miró la habitación mientras secaba sus lágrimas, había vivido un momento espantoso y de no haber intervenido el conde... maldito hombre, ¿cómo pudo encontrarla? ¿Quién le avisó que estaba allí? Porque alguien debió decirle. Pero ¿quién lo había hecho? ¿Quién pudo ser capaz...?

Porque estaba muy lejos de Craven.

Melody sintió que nunca más volvería a dormir tranquila sabiendo que ese hombre estaba en Craven, pero lo que más la inquietaba era que pudiera enredar al conde con sus mentiras y

amenazas.

Tragó saliva y comprendió que era su culpa.

Debió decirle la verdad desde el principio, debió avisarle mucho antes sobre ese hombre. Explicarle por qué había huido y lo malvado que era.

Pensó que pasaría el resto de su vida odiando a ese hombre y tratando de escapar de él como esa absurda leyenda que le había contado su padre una vez sobre cierto cuento salido de un clásico en el cual luego de que el hombre matara a su esposa por infiel ella renacía, y él la perseguía y volvía a matarla, y ella resucitaba, se reía en su cara y volvía a escapar, y corría y corría y él nunca dejaba de atraparla, matarla y ella revivir, reírse en su cara y volver a escapar...

Su padre había muerto.

Pero no le sorprendió, llevaba mucho tiempo enfermo y débil.

Su recuerdo se volvió tan distante y extraño, era como si fuera otra vida, como si la joven que vivió entonces y se llamó Madeleine Bristol ya no existiera.

Por primera vez vio una imagen distinta en el espejo y comprendió que Craven la había cambiado. Craven y sir Kendall.

Lloró al pensar que él se sentía engañado y nunca la perdonaría y que solo la escondía allí para que intentara escapar de nuevo pero que finalmente la entregaría a su marido porque ya no soportaba verla. No la amaba, solo habían sido amantes y eso no sería suficiente para retenerlo.

Tenía que esconderse, escapar... pero estaba demasiado cansada para intentarlo.

La historia de Madeleine

En la sala de la biblioteca no volaba una mosca, al menos en esos instantes en que sir Clemens le contaba una endiablada historia de una boda pactada a sir Kendall.

—Fue una boda apresurada porque el padre de lady Madeleine estaba muriendo, no tengo aquí ningún documento porque no creí que fuera necesario. La palabra de un caballero vale más —dijo en un momento.

—Una boda forzada querrá decir—dijo el conde sombrío.

Para el conde resultaba desconcertante que ese hombre grande como un oso y de aspecto casi grotesco fuera heredero de un soberbio linaje: los condes de Kent y que le hablara con educación cuando lucía como un mozo. Hasta tenía el cabello desgreñado y la cara sucia.

Era un disfraz. Había entrado a su mansión usando esas argucias, fingiendo estar necesitado luego de sufrir un accidente.

Jamás imaginó que ese desgraciado que hasta dijo que moriría si no recibía atención resultaría ser el prometido o el esposo de su protegida.

No. Nunca lo habría creído.

—¿Y por qué no vino a verme a mí en vez de tratar de llevarse a mi huésped como un bandido? —le preguntó de pronto—Si es realmente quien dice ser se habría manejado con otros modales, con más mesura. Realmente me cuesta creer su historia. Y no tiene pruebas supongo.

Estaban enfrentados y ninguno cedió ni un ápice.

—Mi palabra alcanza, pero hay un acta en Dover, un acta firmada de la que puedo traerle una copia. Esa joven es mi esposa y está viva. Pero si me he comportado así es porque estaba desesperado. Supe que ella estaba viva, estaba aquí. Y no tenía tiempo, la nieve me congelaba y estuve a punto de morir de frío maldita sea, soy del sur ¿sabe? No estoy acostumbrado a esta horrible nieve helada que se cuela por los huesos.

—Sí, lo imagino. Pero el problema aquí no es que, si le creo o no, es que mi protegida la señorita Davenport no quiere irse con usted, ¿comprende?

—Ya le dije que no se llama Melody Davenport, ha mentido, es una mentirosa y no me sorprende que no quiera venir, nunca quiso ser mi esposa, pero lo es ¿comprende? Y si usted no me la devuelve se verá en problemas. Sabe que podría aplastarlo como a un gusano si se niega.

Sus modales eran toscos, usaba expresiones malsonantes y maldecía con frecuencia tanto que llegó a dudar de que fuera realmente el conde de Kent.

—Habla usted como un campesino maleducado, señor. Y no le temo a sus amenazas, ¿cómo es que vino aquí y quién le avisó que su “esposa” está aquí? Es de Dover y eso queda muy lejos, en la otra punta del país. Hizo un largo viaje y se presenta así con esas fachas. ¿Realmente espera que le crea su historia?

—OH cálese sir de la nieve, yo no miento, traje a mis parientes, no vine solo. Ellos me informaron que aquí había una joven muy guapa parecida a mi Madeleine. A mi esposa. Por eso vine. Hubo un rumor de un accidente en navidad, una historia que un pastor le contó a otro y así llegó a Dover. Fue bastante raro, pero me pareció familiar y envié a mis hombres a investigar.

—Es verdad, la joven tuvo un accidente y sus criados fallecieron. Yo cuidé de ella, pero nunca la había visto en mi vida y no puede acusarme de rapto.

—Y se lo agradezco por cuidar tan bien a mi esposa. Pero temo que ahora deberá entregármela, si no me la entrega deberé regresar con un juez, un abogado, mis parientes encontrarán la forma de demostrar que ella es mi esposa. Y luego usted irá a la cárcel por secuestro. Por rapto y seducción porque supongo que se la llevó ese día, dudo que ella pudiera planear algo tan sofisticado como fingir su propia muerte. La pobre es guapa pero muy tonta. Jamás tendría la astucia ni la ayuda para tramar algo tan retorcido. Eso es lo que realmente me tiene desconcertado—declaró.

—Yo no conocía a la señorita de antes, soy un caballero respetable y no tengo la

costumbre raptar mujeres. Está tratando de inventar una historia para culparme de lo sucedido y, además, está siendo muy grosero con la mujer que dice que es su esposa. No me extraña que huyera de usted y viniera aquí, al último confín del país. Huía de usted, marido o no, ella le teme y por su causa prefirió encerrarse aquí y hasta quiso hacerse pasar por la hija de un granjero para que le diera trabajo. Esa es la verdad. Pero no la culpo, es un sujeto bruto y grosero y dudo mucho que sea el hijo del duque de Kent. Me asombraría que lo fuera... pienso que es un sirviente de su señor, y que él lo envió para asustarme y llevarse a la señora en su nombre o tal vez ni siquiera sea eso y no sea más que un gitano.

La mirada azul del intruso cambió, se volvió fría y en su boca grande apareció un gesto de desprecio, de ira.

Y antes de que pudiera decir nada más golpeó la mesa con ambos puños.

—¿Cómo se atreve a insinuar eso? Claro que soy el conde de Kent. He viajado con mis sirvientes y parientes en mi carruaje, pero maldita sea, con esta nieve tuve que conseguir caballos y andar, y andar hasta casi quedar congelado. Eso no me hace menos noble.

—Eso no es prueba suficiente. Sirvientes, parientes, carruaje... ¿dónde están todos ellos, señor del sur? Ni siquiera trae un acta de bodas, o un acuerdo nupcial.

—Mis parientes y criados se quedaron en un hostel del camino, una casucha en ruinas esperando a que yo viniera a investigar pues no sabía si la historia era cierta, tuve que verlo con mis ojos.

—Bueno, entonces mis criados irán a investigar todo esto. ¿Cómo se llama la posada que mencionó?

—No tenía nombre, pero es la única a millas de aquí. Además, ella sabe bien quién soy, sabe que soy su marido y usted también debe imaginarlo. Pero prefiere dudar y engañarse. Quiere a la señora Madeleine para usted y por eso intenta poner en duda no solo mis palabras sino diciendo que parezco un bruto y un gitano, dirá cualquier cosa para salirse con la suya

porque es su amante, no lo niegue... ella lo ha segado, lo ha engatusado con sus promesas de que será una buena esposa... le ha mentido.

—Señor de Kent, si ese es su nombre, su esposa está muerta y todos pensarán que ha perdido el juicio. Madeleine Bristol está enterrada y todos han celebrado su funeral, usted mismo lo dijo. Nadie le creerá que está viva. Si realmente se casó con ella ahora no tendrá forma de probar que está viva y nadie querrá darle ni un penique de su herencia.

—¿Eso cree? Pues vaya si demostraré que está viva.

—No podrá, pensarán que está loco. Porque sé que se trata de una rica heredera, pero al ser mujer sus parientes querrán arrebatarle todo. Veremos si logra conservar la dote que le fue entregada.

—No es por el dinero, no estoy aquí por su fortuna. ¿Qué clase de hombre pobre y desalmado cree que soy? Estoy aquí por ella, maldita sea, es mi esposa. Y aunque estoy furioso y anhelo darle una zurra en algún momento, yo la amo, ¿sabe? Siempre he amado a esa coqueta mentirosa y no puedo soportar vivir sin ella.

—Oh qué románticas palabras, sir. Pero dudo mucho que esté aquí solo para recuperar a quien cree es su esposa. En realidad, solo quiere pelear por su herencia. Una herencia que sus parientes no le darán porque la joven ha sido declarada muerta luego de navidad, ¿no es así?

El hombre enrojeció de ira. Y el conde tuvo la sensación de que había dado en el clavo. Había recordado que cierta rama de los de Kent estaban arruinados y pensó que esa boda había sido arreglada por un padre moribundo que solo quería emparentar a su hija con una familia de linaje a cambio de una dote importante.

—Su familia está arruinada pero ahora es viudo, puede encontrar una señorita con una dote en Londres o donde quiera. No le entregaré a la señorita Davenport. Creo que usted miente, quizás se parezca a la verdadera Madeleine Bristol y ese parecido lo ayude a usted a urdir un plan para apoderarse de su herencia.

El hombre retrocedió y lo miró horrorizado.

—Está loco, vaya, tiene una imaginación muy exaltada y retorcida tiene usted. ¿Cree que había atravesado este infierno helado solo porque buscaba a una joven que se pareciera a mi esposa? Ella es mi esposa.

—Bueno, la señorita Davenport niega conocerle, dice que está usted loco y se niega a acompañarle. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Miente, por supuesto, quiere quedarse con usted. Pero escuche, no podrá ser su esposa. Solo será su amante...es una estúpida si se niega a venir conmigo. Deje que hable con ella a solas, yo la convenceré.

—No. No dejaré que hable a solas con ella, ya he visto cómo la trata en privado y no voy a permitir que haga más daño a la señorita. La ha tratado peor que a un perro apareciendo así de repente. Olvide eso, no se la llevará y si regresa a esta casa juro que lo lamentará. Márchese ahora. Mis criados lo escoltarán para que pueda reunirse con sus sirvientes. No quiero que se quede aquí y me acuse de retenerlo.

—Pues se equivoca, no me iré sin mi esposa.

—Pero no tiene nada que pruebe que es su esposa, ¿lo olvida?

—Eso lo veremos. Hablaré con el alguacil de estas heladas y horribles tierras. Lo haré de inmediato.

—Pues es libre de hacer lo que le plazca lejos de aquí, señor de Kent o como se llame. Pero no pisará de nuevo Craven, nunca más. Su esposa está muerta y debe aceptarlo o enloquecerá. La señorita Davenport no es su esposa.

El hombre estaba furioso, pero antes de que pudiera desquitarse o golpear a su anfitrión dos criados lo atraparon y se lo llevaron lejos.

—Vigilad bien a este hombre y escoltadle hasta la posada.

—Así lo haremos, sir Kendall.

Y así el malvado y horrible hombre salió de su vista y él tuvo la sensación de que no volverían a verse.

Con prisa fue a buscar a la señorita Davenport pues antes de tomar cualquier decisión debía hablar con ella y saber la verdad.

El caballero abandonó la biblioteca y dirigió sus pasos a la habitación secreta. Había sido astuto de su parte al dejarla allí, pues sabía que ese hombre podía intentar llevarse a la joven por la fuerza. Podía tener a sus criados escondidos en la mansión todavía, aunque sus criados no habían encontrado a ninguno... debía estar alerta.

Melody dio un paso atrás al ver entrar al señor de Craven. No traía buena cara y, además, no dejaba de temblar al pensar en Clemens. Estaba allí y había ido a buscarla, y ahora sabría qué había pasado en esa conversación.

—Siento haberla asustado, señorita Davenport, es que tenía prisa en hablar con usted—le dijo.

—Está bien, no estoy asustada solo muy nerviosa... Clemens...

El conde miró a su alrededor y no se paró frente a ella sino lejos sin dejar de mirarla.

—No tema señorita, ese hombre no volverá a importunarla, pero debemos actuar rápido ahora. Lo han llevado lejos de la mansión, escoltado por mis sirvientes para que regrese con sus parientes.

—¿Se ha ido? —su alivio era evidente.

—Pero volverá, asegura que es usted su esposa y dijo que traerá una copia del acta de matrimonio.

—Fue una boda forzada milord, mi padre se moría y...

—Y supongo que le dejó una gran herencia.

Melody asintió.

—Lamento haberle ocultado eso, haberle mentido... usted parecía saber que tenía esposo, pero le aseguro que no fue un verdadero matrimonio. Fue una boda forzada, ese hombre bebe y se ponía muy loco, milord, es muy peligroso. Pero sé que él quería mi dote y también la herencia que mi padre me había dejado por testamento. Eran unas propiedades, tierras... Él quería esas tierras, las reclamaba como mi esposo, pero yo odiaba estar atrapada en Kentwood. Odiaba el sonido del mar porque todos los días... por eso escapé. Pensar que debía estar atada a ese hombre por el resto de mi vida me empujó a tramar una huida... hablé con mis primos, ellos querían una de las propiedades, la reclamaban por ser los sobrinos de mi padre. Pero sabían que esa boda arruinaba sus planes por completo. Entonces les pedí que me ayudaran a anular la boda, les dije que a cambio renunciaría a mi herencia. Estaba desesperada...

—Y ellos la ayudaron a escapar, supongo.

—Pero jamás pensé que sería tan peligroso, estuve a punto de morir y él dijo que ahora todos me creen muerta. Que alguien ocupó mi lugar... supongo que fue la joven a quien pedí que me acompañara en otro carruaje para despistar. Llevaba uno de mis vestidos y supongo que sufrió un accidente y todos pensaron que era yo.... Solo vestía como por si la encontraban y distraer su atención. El plan era esconderme en Cumbria, en casa de unos parientes de mi madre a quienes no veía desde niña. Eran dos ancianas solteras, milord, pero al llegar descubrí que habían muerto hacía años—la joven tragó saliva. —No supe qué hacer, pues no me dejaron quedarme allí, unos familiares lejanos se habían adueñado de la propiedad y se mostraron hostiles. Solo me dejaron quedarme un rato hasta el almuerzo, pero luego debía irme. Y no tenía a dónde ir, no podía volver a casa. Sabía que me buscaban y debía permanecer escondida un tiempo. Mi nana estaba muy preocupada, y no hacía más que decirme que debía volver con mi esposo pues era mejor tener un marido bruto que ninguno y que corría peligro en esos lugares solitarios. Traté de ganar tiempo, y nos detuvimos en un hostel. Todo había salido mal y estaba triste. Era navidad y debía volver a casa. Debía regresar a Kentwood y eso me deprimía. Lloré

mucho durante el viaje, pero mi nana decía que era la mejor decisión y que todo había salido mal. Entonces ocurrió lo del accidente. Algo salió mal, algo se atravesó en el camino creo que fue un animal y llegué aquí y entonces pensé que estaba a salvo. Que había vuelto a casa, aunque no podía recordar nada... hasta que comencé a sufrir pesadillas.

—Las pesadillas del hombre malvado.

La joven asintió.

—Ese hombre es el diablo, milord, es maligno y de alguna manera debió conocer el plan de mis parientes o quizás supo que había llegado aquí en busca de ayuda de esas tías. ¿Acaso le dijo cómo se enteró?

—Alguien le avisó, pero no fue muy claro al respecto, supongo que debió enterarse que sus familiares la ayudaron a escapar y habrá sabido de sus tías en Cumbria... Intenté convencerlo de que no era usted su esposa, pero él se enfadó y dijo que iría por sus familiares a una posada.

—Lo siento mucho, milord. Pero mi libertad valía más que una herencia, porque toda mi vida lo tuve todo y fui feliz, lo era hasta que mi padre me obligó a casarme con ese hombre bruto y malvado. Entonces supe lo que era el sufrimiento. Pero el litigio de la herencia y una conversación con mi prima que sabía que no era feliz con Clemens me dio esperanzas. Ellos me ayudaron a escapar y ahora...

—Ahora no sé qué pasará preciosa. Intentaré esconderla un tiempo, pero si él regresa con un alguacil con un acta de bodas...

—Oh no me entregue a él. Se lo ruego, milord.

Él estaba molesto, se sentía enfadado, engañado.

—Si me hubiera dicho la verdad desde un principio habría podido solicitar la anulación.

—Oh sabe que no se conceden los divorcios en este país y que las anulaciones son casi imposibles milord.

Tenía razón.

—Pero usted se entregó a mí, fue mi mujer y esperaba poder casarme con usted, darle mi nombre. Soñaba con convertirla en mi esposa Madeleine Bristol, pero ahora no podré. Usted lo ha arruinado. Ha arruinado mi vida de nuevo y deberé entregarla a ese hombre pues no quiero ir a prisión.

Ella lloró cuando le dijo eso y pensó que prefería morir a regresar con ese hombre.

¿Cómo pudo encontrarla? ¿Qué siniestro poder lo había guiado hasta Cumbria?

—Escuche, solo le pido que al menos aguarde aquí y espere. No sé qué pasará ahora, pero debo cerciorarme de que no hay intrusos en Craven. Quédese aquí. Estará a salvo. Puedo esconderla un tiempo...

Estaba furioso, pero no podía evitar pensar en que había tomado a una mujer casada y ella podía estar ahora esperando un hijo suyo. Demasiado tarde se daba cuenta de sus mentiras, del error que había cometido. La hermosa damisela lo había enredado y atrapado. Pero era demasiado tarde para lamentarse. Había pecado y si estaba preñada...

Ella lo miró con tristeza y lloró.

—Lo siento mucho, milord... siento haberle mentado, pero le ruego que... no me entregue a él. Debe haber alguna manera...

El conde permaneció callado, alejado de ella hasta que de pronto preguntó:

—¿Y quién rayos es Melody Davenport? ¿De dónde sacó usted ese nombre? Porque sé que inventó una historia. Usted que decía no leer libros ni haber oído hablar nunca de Charles Dickens.

La joven secó sus lágrimas y lo miró apenada y triste.

—Y por favor, le ruego que no me mienta porque ese nombre también debe pertenecer a alguien ¿no es así? Y no es su nombre verdadero.

Melody suspiró.

—Así se llamaba mi institutriz, milord. Era la señorita Melody Davenport. Fue mi niñera y luego mi institutriz.

—Y está viva?

—No lo sé... tal vez. Ella intentaba que aprendiera francés, pero yo no era aplicada en mis estudios. Prefería tocar el piano o dibujar, no me gustaba leer y el francés era una pesadilla para mí.

—Vaya... su niñera.

—Era quien me cuidaba cuando llegué a la edad difícil, pero me crio luego de morir mi madre. Una mujer muy estudiosa e inteligente. Hasta que enloqueció... o eso dijo mi padre molesto cuando supo que ella tenía amoríos con un joven doctor. Sé que se casaron y se mudaron a Londres. Me escribió una carta y yo pensaba que era demasiado vieja para usar un traje de novia o pensar en bodas, es que tenía cuarenta años. Para mí era una anciana.

Al fin tenía una historia decente que contar. Una historia que no era inventada. La historia de la verdadera Melody Davenport.

—Vaya, no se parece en nada a usted esa señora Melody Davenport. Pero ¿por qué decidió inventar esa historia y robarle el nombre?

—Porque era mi niñera, fue como una madre para mí y lloré mucho cuando se casó con ese doctor, cuando enloqueció de amor y se fue a Londres. Me sentí abandonada. Pero yo la quería y admiraba, era muy lista, muy inteligente. Hasta que se enamoró.

El conde la miró en silencio. Ahora entendía muchas cosas.

Él tampoco había creído demasiado la historia que le contó de la joven, pero sabía que había algo de cierto en su mentira. Que algo había asustado a la joven y la impulsó a escapar dejando atrás una vida de lujos.

Y tuvo la astucia de borrar toda huella no portando anillos ni medallas en su cuello que delatara que pertenecía a una familia acomodada.

Pero al pensar en la historia de la verdadera Melody Davenport se le ocurrió una idea para librarse de ir a prisión.

—Es extraño señorita, pero el nombre le queda que ni pintado.

—Diré a todos que soy Melody Davenport, milord. Haré lo que sea para estar a su lado... yo lo amo—su voz se quebró y él tembló cuando ella dijo eso y lo miró con tanto amor y desesperación.

Porque tampoco quería perderla, pero tenía orgullo, y estaba furioso. No podía desposar a la esposa de otro hombre. Y ella era Madeleine Bristol, tenía otro nombre y otra vida. Y él había soñado con convertirla en su esposa y llenar su vientre con un bebé, un hijo suyo... habían sido amantes por semanas sin evitar la concepción de alguna manera.

Él sabía cómo evitar la concepción, no era un santo, pero no lo hizo y de pronto sin darse cuenta la tomó entre sus brazos y le dio un beso ardiente y desesperado. Era suya, era su mujer, mentirosa o no, le pertenecía. Jamás habría soportado la mentira en una dama, no debía perdonar una mentira, eso no era decente, pero en esos momentos se moría por besarla por abrazarla muy fuerte al ver que lloraba y le rogaba perdón y sabía que estaba triste porque él sentía lo mismo.

Y mirándola en silencio la llevó a la cama y le quitó el vestido para tomarla, para sentirse cerca de ella...

Pero estaba furioso, no la había perdonado y solo pensaba cómo rayos haría para solucionar ese maldito embrollo. Terminaría en prisión por culpa de esa mujer, por esa debilidad. Y ahora solo quería hundir su miembro y tener placer, sentir que era suya, solo suya para siempre....

Era suya como no lo había sido jamás su esposa ni ninguna otra mujer y solo en su cuerpo podía encontrar consuelo y bienestar, solo a su lado podía sentirse saciado y en paz...

Pero nada era como había soñado, nada era ahora como debía ser y luego de hacerle el amor se vistió con prisa y se marchó.

Debía estar alerta. Saber qué haría ahora su enemigo.

Melody estaba llorando cuando su doncella le llevó el desayuno días después. Lisbeth la miró con pena y le dijo que debía alimentarse.

En sus ojos había pena y algo más.

Su fiel doncella quería saber quién era ese horrible hombre que había llegado a Craven y que casi le había roto el cuello con su brutalidad.

Melody no lo sabía, pero la pobre Lisbeth había estado días sin atreverse a salir de su habitación.

—Señorita... ese hombre era su marido? Ese horrible hombre...

Melody la miró aturdida sin saber de qué hablaba.

Llevaba días encerrada en la habitación secreta como si fuera la cautiva del conde, pero eso no la entristecía, era su futuro lo que la llenaba de angustia.

—No era mi esposo era mi prometido, Beth... mi padre quería que me casara con él y como me negué tuve que escapar. Y vine aquí.

Era mejor que los criados no supieran que se había casado forzada con ese hombre, ella planeaba ser la nueva dama de la mansión y para lograrlo tenía que mentir. No le importaba. Si decía que tenía un esposo vivo nunca la aceptarían como la nueva condesa de Gray.

—OH pobre señorita... ese hombre se veía terrible.

Melody asintió.

—¿Y por qué su padre la obligaba a casarse con él?

—Porque era el hijo del duque de Kent, Beth. Una familia de antiguo linaje... mi padre quería arreglar una boda rimbombante.

Melody quería hacerle preguntas sobre el conde, sobre el intruso, pero no se animó.

Sabía que debía ser paciente y que el conde buscaría la forma de desposarla, de convertirla en su esposa.

Pero sabía que ese hombre siempre sería una sombra en su vida.

—Pensé que ese hombre nos mataría a todos señorita, nunca había visto de cerca el mal como ese día... he tenido pesadillas desde entonces.

—Lo lamento mucho Beth, pero no regresará. El conde no lo permitirá. Ahora por favor, tráeme agua caliente. Necesito asearme.

Su doncella no entendía por qué tenía que bañarse tan a menudo cuando vivía encerrada su habitación y sin ir a ningún lado. Hacía tanto frío... pero no dijo nada y obedeció.

Pero ese día necesitó de su ayuda para el aseo. Melody se sentía débil y algo mareada, pero quería lucir perfumada y con un vestido bonito para su esposo. Pensaba que el conde era su marido, aunque no estuvieran casados y se lo dijo.

Por primera vez Beth vio a la joven desnuda y se puso colorada.

Nunca había visto a una mujer tan hermosa y desnuda y turbada apartó la mirada mientras la ayudaba en el aseo. La suave curva de sus caderas, su monte estrecho y sus pechos hinchados y redondos fueron liberados y ella notó que eran muy grandes. Por eso usaba tanto el corsé... siempre había usado sujetador suponía que para que nadie se diera cuenta.

Ella también tenía pechos grandes por eso lo entendía.

Pero no tenía una figura armónica como la señorita.

Melody sí era hermosa y perfecta.

Algo había cambiado, la señorita se veía distinta y no podía entender qué era.

Hasta que comprendió que la señorita ya no era una señorita. Era una mujer...

y tenía algo en el vientre. Una redondez nueva pues recordaba que ella solía tener el vientre plano y delicado.

—Señorita Melody... usted...

Ella asintió.

—Estoy esperando un bebé, es de sir Kendall... pero no digas nada. Os pedí ayuda porque he comenzado a sentirme mareada en las mañanas.

La doncella la ayudó a salir de la tina, la ayudó a secarla, y a vestirla con rapidez asustada por esa revelación.

No podía creer lo que había pasado.

El señor no era un seductor. Era un caballero.

—¿Sir Kendall lo sabe? —preguntó al fin.

Ella no contestó.

—No puedo creerlo. Mi señor nunca...

—Vamos a casarnos Beth, me pidió que fuera su esposa por eso... dijo que se casaría conmigo—su voz se quebró y lloró mientras se metía en la cama mareada y helada. Tenía frío y pensó que debió calentar primero la habitación.

—Oh señorita. Esto no está bien... no debió pasar. Jamás creí que mi amo...

Lisbeth estaba indignada y furiosa.

Ella había pensado que su amo era un caballero. Todo un caballero que no tenía amantes y veneraba a su esposa en sus aposentos porque era la mujer a quien había amado desde siempre. Aunque estuviera muerta...

Eso no coincidía con lo que acababa de ver.

No podía ni imaginar a su señor haciéndole un bebé a la señorita sin memoria. Era una joven sin familia, sola, desvalida y le había prometido matrimonio.

¿Cómo pudo hacerle eso?

Nerviosa la arrojó y luego encendió sola la chimenea mientras pensaba qué pasaría con

esa joven y el bebé que esperaba.

No era tonta. sabía que a veces los caballeros hacían esas cosas.

Dejaban preñada a una sirvienta porque era guapa y tenían ganas de copular. Eran unos demonios salvajes cuando querían eso. Lo había visto en la otra casa en que trabajaba.

Pero no podía creer que su señor hiciera eso. Él no era así, era todo un caballero.

Y esa joven estaba mareada y no se sentía bien y tal vez esperaba que él se casara con ella, pero él no podía casarse con la esposa de otro hombre.

En Craven sabían la historia de Madeleine Bristol.

Las paredes tenían oídos.

Algo se habló al respecto, pero como el prepotente y peligroso hombre no había regresado como amenazó no sabían qué pensar.

Lo cierto era que ningún caballero podía casarse con la esposa de otro hombre.

Y tal vez ese niño no fuera suyo sino del bruto que había ido.

Porque si se había casado con él entonces... no habría escapado de sus garras.

Pero ella aseguraba ser Melody Davenport.

Y su preñez era reciente. Apenas se notaba y la señorita había llegado...

Comenzó a contar los dedos mientras buscaba desesperada a la partera.

¿Pero qué haría la partera?

La señorita se sentía mareada y enferma, tenía que darle algo para eso. La señora Stuart conocía mucho de plantas...

La joven había llegado en navidad y de eso hacía ya tres meses.

La nieve había cesado y comenzaba a verse el sol. Eso debía ponerlos a todos felices, pero...

Entonces volvió a sacar las cuentas desde cuando hacía que la señorita no tenía la regla y tembló.

Porque siempre sabían cuándo una señorita tenía la regla y esa joven solo había tenido la regla una vez desde diciembre.

Así que según sus cuentas tenía más de dos meses de retraso. Más de dos meses...

Mientras corría en busca de la partera pensó que no podía decir nada.

Era un secreto.

Si el señor dijo que se casaría con ella nadie debía saber que estaba esperando un bebé porque si luego no se casaba...

Pero si le decía a la partera todos lo sabrían.

Beth decidió regresar a la habitación de la señorita y cuidar de ella. Estaba esperando un bebé y su estado era delicado. Luego hablaría con la partera para que le diera un tónico, o brebaje si los malestares se hacían muy evidentes.

Lo principal era que nadie lo supiera.

Pero cuando llegó a la habitación descubrió al conde en los aposentos de la joven, y se alejó espantada.

La forma en que la besaba y le hablaba no le dejó lugar a dudas.

Eran amantes, desde hacía tiempo. Qué vergüenza... jamás habría creído que...

Kendall cerró la puerta con cerrojos para no ser molestados.

Quería estar a solas con su mujer.

Se moría por abrazarla, besarla y conversar con ella.

Los caminos se habían abiertos y el horrible invierno quedaba atrás.

Le quitó el vestido con prisa y la besó hasta llegar a su vientre perfumado y húmedo por

el baño, era tan dulce y delicado...

Ella cerró los ojos y se olvidó de los mareos cuando sintió su lengua húmeda recorrer sus rincones.

Acarició sus cabellos y se retorció de placer mientras le quitaba la ropa y buscaba su miembro para responderle a sus caricias.

Cada vez era más descuidado y lo sabía.

Cualquiera podía haberle visto entrar allí y quedarse horas en su cama, pero no le importó. Estaba loco por esa mujer y era suya, solo suya y desesperado no estuvo satisfecho hasta que hundió su miembro en lo más profundo de su vientre.

Pero sabía que eso no podía continuar.

Amaba a esa mujer, la adoraba, era tan hermosa pero no era correcto...

Y de pronto vio algo que no había visto antes.

Ese día notó que había algo en su vientre y tembló.

Debió imaginarlo.

Llevaban semanas siendo amantes, día tras día, últimamente la visita a diario y ahora allí estaba el fruto de su pasión.

—Preciosa, tú... tienes un bebé en tu vientre.

Ella sonrió emocionada y lloró.

—Es vuestro hijo, Kendall... es el fruto de nuestra primera noche de amor.

Nunca más tuve la regla desde esa noche—le confesó ella.

Él la miró asustado.

—Por qué no me lo has dicho?

—No estaba segura, ahora sé que está firme aquí...

Y lo estaba, su bebé podía palparse en su vientre que comenzaba a tomar forma oval. Estaba allí, él se lo había hecho. Y ella era una hermosa mujer fértil... su primera noche había quedado encinta. Era maravilloso. Pensó que él lo había deseado, que había deseado hacerle un bebé esa noche y las siguientes por eso no había evitado derramarse en su interior.

—Preciosa... no temas. Me casaré contigo... no sé cómo lo haré, pero...

A pesar de su enfado, de sus silencios, él no quería perderla menos ahora que iba a darle un hijo.

No era un miserable.

Nunca quiso aprovecharse de la señorita. Había perdido la cabeza, pero ahora ella era mucho más que su amante, su mujer, iba a ser la madre de su hijo. Su esposa.

—Quiero ser tu esposa, Kendall, por favor, pronto todos notarán que llevo un bebé en mi barriga. Debisteis cumplir vuestra palabra antes.

Él sonrió ante su rezongo.

—Tienes razón... debí hacerlo. Pero ahora no sé cuándo vendrá ese infeliz a buscarte. Si demuestra que eres su esposa no veo cómo podremos casarnos.

Ella lo miró ceñuda.

—Pues busca la forma tú me hiciste este bebé, pudiste evitarlo.

Tenía razón, había sido un desconsiderado, pero con esa dama hermosa que lo volvía loco en la intimidad, ¿cómo habría evitado contenerse? Jamás lo habría conseguido.

—Lo haré, buscaré la forma. Cumpliré mi promesa; Madeleine.

Ella lo miró molesta de que la llamara así, lo hacía para hacerla rabiar. Lo extraño era que fuera su nombre verdadero y ella lo rechazara.

Tenía que hablar con el capellán y pedirle ayuda.

Los días habían pasado y nada supo de sir Clemens. No sabía si se había marchado o si

nunca había encontrado a sus parientes.

Tampoco se animaba a hablar con su amigo Andrew que era abogado sobre ese asunto, pero si realmente Madeleine Bristol estaba muerta en Dover no veía manera de que pudiera casarse con ella usando su verdadero nombre.

Debía hacer averiguaciones primero, pero eso le demandaría tiempo.

Y el tiempo corría en su contra pues sabía que en siete meses Melody daría a luz, quizás antes no lo sabía y no podría esperar tanto tiempo para casarse.

Entonces comprendió que debía casarse con Melody Davenport, que sería Melody de Gray luego de su boda.

Habló con el capellán ese día y le contó la verdad.

Había dejado preñada a la señorita Davenport y necesitaba casarse con ella de inmediato.

El capellán pensó que eso era lo correcto, aunque se mostró muy sorprendido de que el conde hiciera esa confesión pues siempre había sido un hombre serio y mesurado.

—La amo, padre, no sé qué pasó. Creo que perdí la cabeza, pero la amo y quiero que sea mi esposa.

—Sir Kendall, lo ayudaré... por supuesto que debió casarse mucho antes. No es correcto arrebatarse la virtud a una señorita y no cumplir.

—Es verdad, me he comportado como un bribón... pero le ruego que me ayude y que sea una boda rápida. No hay tiempo que perder.

No solo se casaría porque estaba esperando un hijo suyo, se casaría con ella para evitar que ese malvado regresara y quisiera arrebatársela. Como su esposa no podría hacer nada. Ella se convertiría en Melody de Grey. Pero sabía que eso no alcanzaría, que si ese infeliz decidía armar un escándalo nada lo impediría.

—El señor le ha dado una nueva oportunidad para ser feliz, sir Kendall—dijo—Y nada

debéis temer, os casaré de inmediato.

El conde se alejó feliz y fue a hablar con los sirvientes para que organizaran un pequeño banquete y sirvieran de testigos para su boda con la señorita Davenport.

Fue una ceremonia sencilla, pero a ella no le importó. Todavía pensaba que era un sueño lo que estaba pasándole y miraba a su alrededor temiendo que nada de eso fuera real y algo la hiciera despertar.

Tanto tiempo había huido, tanto miedo había tenido y ahora no podía ser más feliz que con un anillo en su dedo como esposa de sir Kendall y un bebé suyo en su vientre. Nada la podía hacer más feliz.

Acababa de olvidar su antigua vida, su antiguo nombre, ahora era finalmente la esposa del conde. El hombre que amaba y que siempre amaría.

Era extraño. Quizás fuera la boda más extraña que existiera en el país porque todavía era la esposa de otro hombre, pero en la vida real estaba muerta.

Nadie lo habría creído, pero él le aseguró que solo debía importarle su nuevo nombre.

Le pareció un sueño abandonar la capilla de la mansión convertida en su esposa. Sabía que luego deberían anotar la boda en el registro del templo del pueblo, pero al menos si Clemens regresaba ya no podría llevársela porque ahora era legalmente la esposa del conde de Craven.

Abandonaron juntos el recinto y hasta lograron tener un agasajo de los criados que prepararon un pequeño banquete nupcial.

Estaba esperando un hijo, pero apenas se notaba, pero él fue más delicado esa noche, temía hacerle daño al bebé.

Se estremeció al sentir sus besos y su vestido cayó al suelo de repente y él la llenó de caricias suaves, de besos en los pliegues de su vientre que la volvieron loca de placer, solo entonces se introdujo en su interior con suavidad para no malograr el fruto de su amor. Pero ella era una dama tan ardiente como él y buscó la forma de alentarle a hacerlo de nuevo, era su noche

de bodas y debía quedar para el recuerdo.

Y cuando ambos estuvieron satisfechos, abrazados y desnudos se miraron en silencio. Él acarició su cabello y luego su rostro y sus labios y los besó con suavidad.

—Eres tan hermosa Melody, tan mujer... nunca había sentido tanto placer ni tampoco pensé que... creo que deseé hacerte mía desde el instante en que te vi preciosa... verte encendía mi deseo. Quería que fueras mía, no quería que te marcharas de Craven... ahora eres mía al fin, perteneces aquí y me perteneces a mí por completo... eres mi mujer... Parece un sueño, temo que lo sea.

—No es un sueño, es real y nada va a separarnos jamás, Kendall. Te amo—le dijo ella.

Él la miró con tanto amor y deseo, la visión de su cuerpo desnudo, al recordar ese abrazo apasionado y los momentos que habían compartido hizo que la tomara entre sus brazos y la acariciara y besara sintiendo que su miembro se erguía de nuevo y se ponía en pie de guerra como hacía mucho tiempo que no le pasaba. Esa mujer despertaba en él al hombre ansioso de amar, poseer, tomar y no tardó en llenarla con su inmensidad, en rozarla una y otra vez pues se moría por sentirla, por sentirse atrapado en su hermoso cuerpo de mujer, dulce, suave y lleno de redondeces. Se moría por poseerla, por tenerla por completo...

De pronto entendió la furia de ese hombre de viajar hasta el último confín del país para recuperar a su esposa, y su ira al pensar que se había fugado con su amante. Él habría enloquecido al pensar que ella había podido marcharse un día y abandonarlo. Pero no quería pensar en eso, se sintió tan feliz en los brazos de su nueva esposa, qué distinta a Annabelle, qué ardiente y enamorada. Sabía que la querría mucho más con el tiempo y que por primera vez tendría la oportunidad de amar y adorar a una mujer que también lo amara.

Su estado era avanzado, pero todo había ido bien en su embarazo.

Melody pasaba los días de verano tumbada en sus aposentos o al fresco de un comfortable

banco de los jardines.

Craven había cambiado.

Ya no era esa fortaleza helada que había conocido en navidad.

La primavera y el verano habían llenado sus jardines de flores, arbustos y todo florecía por doquier. Hasta el bebé que llevaba en su vientre y que todos creían sería inmenso.

La comadrona le advirtió que podían ser gemelos y eso la asustó.

Nadie sabía que se había casado preñada, excepto Beth, pero ella la cuidaba y estaba feliz con la boda y la llegada de un bebé a la casa. Todo se preparaba para recibirlo ella también pero no tenía miedo al parto. Había presenciado partos en el pasado y para ella era algo natural. Todas sus primas habían dado a luz como conejas un hijo tras otro y lo habían hecho sin dificultad.

Solo su marido estaba algo preocupado.

A veces lo veía serio y esos días habían dejado de tener intimidad.

Temía hacerle daño al niño o provocar su parto antes de tiempo.

Eran tonterías, pero ella no dijo nada.

Esos días tenía mucho sueño y estaba cansada.

Pero era tan feliz.

La horrible nieve se había ido y ahora era tan feliz sabiendo que en semanas tendría a su niño en brazos...

Solo algo la preocupaba e inquietaba.

El silencio de Clemens.

Luego de llegar y armar tanto alboroto y amenazar a sir Kendall con enviarlo a prisión de repente parecía que la tierra se lo había tragado.

¿Por qué? ¿Qué había hecho ese día luego de partir de Craven?

¿Habría vuelto a Dover y había decidido continuar con su vida?

De pronto pensó que era una tonta por preocuparse.

Era mejor así.

Pero era una conversación que ofendería a su esposo o le haría sentirse incómodo.

Por eso prefería no decir nada.

Hasta ese día.

Vio el periódico en la sala mientras iba a su habitación a dormir una siesta.

Su esposo recibiría visitas ese día y ella no quería estar presente. Esas tertulias de hombres hablando de historia o de hallazgos macabros en las tumbas le ponían los pelos de punta. Se impacientaba y le daba más sueño.

A veces hasta tenía pesadillas.

Pero le alegraba saber que ahora su marido recibía a sus amistades y había dejado de ser tan solitario como antes.

Era distinto al hombre que había conocido, ahora se había vuelto alegre y sociable. No había silencios, no había secretos...

Ella juró que nunca más diría mentiras y él prometió que nunca tendría una amante.

Fue un momento muy solemne y él se rio cuando le hizo hacer esa promesa pues él no era hombre de tener amantes y se lo dijo al instante.

Pero para él sí era importante que ella no volviera a mentir y se lo hizo jurar antes de la boda.

“No me casaré contigo si no prometes que nunca más volverás a mentirme, Madeleine Bristol. “le dijo muy serio tomando sus manos mirándola con fijeza.

Que dijera su verdadero nombre la asustó.

—Por favor, no me llaméis así—le susurró.

—¿Le temes al pasado querida?

Ella asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Esos días además de mareos por el embarazo lloraba por todo hasta por cosas verdaderamente importantes como oír su antiguo nombre.

—Y yo le temo a tus mentiras.

—No mentiré más, milord, nunca más... solo mentí porque estaba asustada y quería quedarme aquí. Quería ser su esposa.

Esa respuesta lo sorprendió.

Porque él había pensado que era una criatura hermosa y tentadora pero jamás imaginó que se convertiría en su amante y pronto en su esposa. En esos momentos la señorita misteriosa era un estorbo, y devolverla con su familia una prioridad.

—Promete que no volverás a mentir y que me diréis la verdad por cruel que sea. Siempre.

—Lo prometo, milord.

Y ella lo había prometido y nunca más mintió, pero luego de la boda él la obligó a estar en la casa reclusa descansando por su estado y luego sin decirle por qué.

Los primeros meses de su boda se sintió como una prisionera en Craven.

Entonces se preguntó por qué él la escondía y su marido le dijo que era por su bien.

—Si ese hombre regresa por ti deberé matarlo—le confesó su marido una noche luego de hacerle el amor.

Esas palabras la asustaron, pero sabía que decía la verdad.

Su matrimonio podía ser considerado ilegal y su hijo ilegítimo si alguien de su familia averiguaba su verdadera identidad y él se lo dijo.

Era su secreto. Y así debía quedarse. En silencio.

La escondía de Clemens y también de su familia.

Por eso su boda nunca apareció en los diarios ni hubo una fiesta para celebrarlo con sus

amigos. Solo se les envió un aviso de que se habían casado el dos de marzo.

Clemens nunca apareció, era como si la tierra se lo hubiera tragado y resultaba extraño que luego de proferir amenazas todo quedara en nada.

Él no era así, lo conocía bien.

Y todavía temía a ese hombre.

Temía que le hiciera daño a su marido o a ella.

Era una maldita sombra en su felicidad y el pensamiento sombrío que la asaltaba a veces.

Hasta ese día.

Cuando encontró un periódico sobre la sala y lo llevó para leerlo antes de dormirse y vio los titulares y una foto antigua y mucho más favorecedora de Clemens de Kent.

Tembló al ver su rostro ancho y su mirada oscura y maligna.

“Misteriosa desaparición del hijo mayor del duque de Kent, sir Clemens” su familia sigue su rastro en Cumbria”.

Leyó temblando el resto de la nota que decía que el joven había desaparecido luego de la muerte de su esposa en navidad. Decían que no aceptaba su muerte y había comunicado a sus amigos que iría a buscarla. No parecía resignarse a la muerte prematura de lady Madeleine Bristol...

Tembló al ver mencionado su nombre y luego cuando supo que había ido en el mes de febrero a recorrer el país siguiendo el rastro de una joven que al parecer se parecía a su esposa, pero no era. Como una quimera. Temían que entonces hubiera perdido el juicio o hubiera sido herido por bandidos. Sus amigos y criados lo acompañaron durante días en la travesía, pero el frío del norte los hizo retroceder. Decían que no habían encontrado nada y estaban cansados, exhaustos de tanto buscar y que en realidad sabían que su esposa estaba muerta. Pero que lo acompañaron por amistad y lealtad.

Suspiró y siguió leyendo.

“Su fiel criado Joseph Adams lo vio con vida cerca de Norfolk, pero luego él habló con un campesino y siguió otro camino sin avisar a nadie. Marchó con su caballo como un endemoniado.”

Tragó saliva y lloró al comprender que Clemens había muerto ese día y no era que le importara, pero sabía lo que había pasado.

Llegó a Craven y trató de llevársela por la fuerza, amenazó con ir con sus abogados y buscar a sus hombres. Pero al parecer sus lacayos estaban lejos, en Norfolk. El frío los detuvo y pudo imaginar que un campesino le dijo que había oído de un accidente de carruaje en el que buscaban a la familia de una joven muy guapa en Craven. Eso lo guio hasta Craven... siguió un impulso y al parecer no le dijo a nadie a dónde iría.

Y al regresar desapareció en la nieve.

Y desde entonces su familia lo había buscado por toda Inglaterra y llegaron hasta Escocia porque alguien decía haber visto a un joven vagando por las calles con la cabeza perdida. Sin juicio.”

Melody lloró al recordar la última vez que vio a Clemens porque estaba fuera de sí, cubierto de lodo y nieve, con el cabello revuelto y los ojos inyectados en sangre como cuando bebía. No habría soportado vivir con ese hombre, era muy malo cuando bebía y la había golpeado en su noche de bodas cuando se negó a convertirse en su mujer. Habría muerto si ese hombre bruto le hubiera puesto un dedo encima.

No era que sintiera pena por él, diantres, pero era como si la maldita sombra regresara en forma de fantasma para atormentarla de nuevo cuando era tan feliz porque se acercaba el nacimiento de su hijo.

¿Pero por qué nunca lo vio en el periódico?

Es que no solía leer periódicos. Ni los veía en realidad. Su esposo era quien leía diarios

que llegaban de Londres con cierto retraso.

Cuando su esposo llegó esa tarde para ver cómo estaba supo que algo pasaba y simplemente miró en la cama el diario con la fotografía de Clemens.

Ella sostuvo su mirada y se incorporó.

—Está desaparecido... ¿acaso tú lo sabías, Kendall?

Él no dijo nada, pero no dejó de mirarla.

—Está muerto preciosa. Murió en la nieve el mismo día que huyó, pero no lo supe hasta el mes siguiente cuando mis hombres encontraron el cuerpo. Nos habíamos casado y tú estabas esperando un bebé, no quise decírtelo. Lo haría luego, más adelante.

—Está muerto?

—Lo enterramos en el pueblo, dijimos que era un gitano que estaba merodeando. Nadie hizo preguntas.

—Pero su familia lo busca.

—Melody yo no lo hice... no hice nada. Escapó cuando mis hombres lo quisieron acompañar hasta la posada. Supongo que tuvo miedo así que espoleó su caballo y debió errar el camino. La nieve era densa y era peligroso andar sin luz. Desapareció en la nieve. Eso me dijeron, pero no es mi culpa. Mis hombres lo perdieron de vista ese día, no pudieron hacer nada y lo buscaron durante días, lo hicieron. Hasta que su cuerpo apareció congelado semanas después.

—Debisteis avisar a su familia—su voz se quebró.

—No, no podía hacerlo. Me habrían culpado. Me habrían enviado a la horca. Porque yo tenía a su esposa cautiva, en mi poder. Os dais cuenta.

Melody comprendió que tenía razón. Nadie le habría creído. El importante hijo de un lord con influencias en Londres frente a un caballero de Cumbria, y ella era la manzana de la discordia, y una razón suficiente para matar eso habría pensado los jueces.

—Es verdad... no volveré a mencionar esto. Es mi culpa—confesó la joven y secó las lágrimas.

—No entiendo por qué no dejan en paz este asunto, lleva meses desaparecido ¿por qué quieren encontrar a ese tunante? —se quejó y lanzó el diario lejos.

—Fue un descuido—dijo luego—he estado escondiendo los diarios para que no los vierais. Quise evitarte el disgusto. Pero os doy mi palabra de que jamás habría hecho nada para ... no es mi culpa preciosa. Soy inocente. Y sabes por qué no he dicho nada a su familia. Jamás nos habría dejado en paz, me habría matado de tener oportunidad luego de saber que esperabais un hijo mío—le confesó.

—Está bien, os creo. No es vuestra culpa... lamento haberte mentido, haberte hecho creer que había perdido la memoria... cuando recordé todo me asusté mucho. Sabía que él me buscaría, temía que me encontrara. Estaba muy asustada... por eso os mentí.

Él se acercó y la abrazó y le dio un beso apasionado.

—Y me atrapasteis preciosa... pero nada de esto debe ser mencionado a nadie. No soy un hombre rico, ni mi familia es tan encumbrada como los de Kent, pero os daré todo mi amor y os cuidaré siempre Melody. Por el resto de mis días. Lo prometí el día de nuestra boda y lo cumpliré—le dijo y volvió a besarla, consolándola pues sabía que estaba nerviosa y asustada por las revelaciones de ese día. Habría deseado que nunca se enterara, pero eso ya no podía ser.

Ella se quedó dormida en sus brazos sin decir más y él la dejó descansar y la observó mientras dormía. Todos decían que tendría un hermoso y robusto varón y el rezaba para que fuera sano, no le importaba si era niña, solo que todo estuviera bien. Por momentos temía que algo le pasara por eso la había dejado confinada los primeros meses, porque temía que su preñez se malograra. Ahora el doctor dijo que el bebé era fuerte y vigoroso, sus latidos se oían fuertes y eso lo hizo muy feliz. Pero los cuidados debían continuar.

Acarició su vientre redondo y tembló, se moría por hacerle el amor a su esposa, llevaba

semanas sin tocarla y acarició su vientre y su cuerpo con creciente deseo.

Ella despertó y lo miró y en su mirada vio esa chispa de amor y deseo y le dio un beso ardiente y apasionado.

—Hazme tuya, Kendall, por favor... —le suplicó ella abriendo su corsé para liberarse de ese vestido de verano fresco pero que en esos momentos la asfixiaba.

Él también estaba hirviendo de deseo, tanto que no pudo resistirlo. Ella se lo había rogado, se moría por estar con él por sentirle cerca. Pero él lo hizo con mucha delicadeza y suavidad, primero besó sus pechos y todo su cuerpo hasta hacerla temblar de placer. Y luego ese abrazo ardiente que le dio tanto placer y consuelo en esos momentos, más que nunca necesitaba sentirle cerca, lo había extrañado tanto.

Pero el momento más feliz llegó a mediado de otoño, siete meses después de la boda, cuando Melody dio a luz un hermoso y robusto varón que no tenía nada de prematuro y sí de saludable.

La partera vio en el acto que el niño había sido engendrado antes de la boda y comprendió que sus vaticinios de que eran gemelos se vinieron abajo. Ahora entendía por qué su vientre crecía tan deprisa...

Pero nadie dijo nada.

Nacían niños prematuros muy saludables a veces y nadie hubiera cometido el desatino de hablar al respecto.

Kendall sostuvo a su heredero en brazos y se sintió tan feliz.

Había pasado muchos nervios mientras duraba el parto y rezó para que nada malo le pasara a su esposa ni a su hijo. Solo pedía que fuera sano y allí estaba, un robusto varón que llenó Craven de alegría con sus berridos. Sus ojos azules eran de su esposa, pero el rostro y hasta su pequeño cuerpo era de su padre. Idéntico a él, con la sangre de los Gray. Su primogénito.

Una nueva vida comenzaba y su esposa lo había hecho posible.

La joven que llegó en navidad y de quien quería librarse pronto lo había hecho el hombre más feliz del mundo.